

La prosa

Los humanistas

Al enfrentarse con el estudio de la prosa del siglo XVI, hemos de tener presentes ciertos fenómenos que, si bien algunas veces se dan aislados, otras se presentan unidos o en contacto inevitable. Desde el comienzo del siglo se tiende a la renovación no sólo de la cultura profana (humanismo y renacimiento) sino también de la vida religiosa (erasmismo, Reforma y Contrarreforma). La crítica contra la corrupción del clero, sobre todo por su avaricia, es frecuente en la literatura medieval, y el deseo de renovación y de perfección evangélica

se generaliza desde finales del siglo XV. Precisamente en estas fechas algunas órdenes religiosas (franciscanos, benedictinos y carmelitas) son ya reformadas por iniciativa del cardenal Cisneros.


Se entiende que la naturaleza es perfecta en tanto que es la imagen del Creador, de modo que resulta el medio más apropiado para la contemplación de Dios, pero también se concibe al mismo ser humano como reflejo de la divinidad, en tanto que encierra la imagen del universo (microcosmos).

En el *Diálogo de la dignidad del hombre*, Fernán Pérez de Oliva (por boca del optimista Antonio) razonaba su creencia en la excelsa condición humana partiendo de la certeza de que "ninguna cosa hay que tan bien represente a otra como a Dios representa el hombre". Pues el alma, "simplicísimas", por más que dotada de tres potencias, ¿no es acaso imagen sin mácula del Dios uno y, a la vez, de la Trinidad? "Imagen" es, ciertamente, por lo que se refiere a su esencia; pero, además, como atestigua todavía el Génesis, actúa "a semejanza" del Creador.

(F. RICO, *El pequeño mundo del hombre*)

En el afán de perfección intelectual y religiosa hay una tendencia hacia la autenticidad. En cambio, los modelos de educación tratan de cubrir las apariencias a través del refinamiento de las buenas maneras, porque se entiende que el hombre no debe dejarse arrastrar por las pasiones, sino mantener un estado anímico caracterizado por la contención expresiva. Al mismo tiempo, pro-

cure seguir el adagio *mens sana in corpore sano*, atendiendo equilibradamente al desarrollo de sus cualidades físicas y morales, para mostrarse dueño de sí mismo. Garcilaso de la Vega será un magnífico ejemplo del caballero que cuida por igual su afición intelectual y su deber militar, una encarnación del perfecto cortesano según el modelo que ofreciera Baldassare Castiglione en su



El Greco:
*San Hortensio
Felix Panaciano*
(h. 1609-1613).
Museum of Fine Arts,
Boston.

célebre tratado de *Il cortegiano* (1528), pronto traducido por Boscán al español (Barcelona, 1534), precisamente a solicitud de su amigo Garcilaso.

El humanismo se afianzó en España desde fechas muy tempranas; la vincu-

lación de la corona de Aragón con los territorios italianos resultó un canal de comunicación a través del cual se conocieron en buena medida las ideas renovadoras:

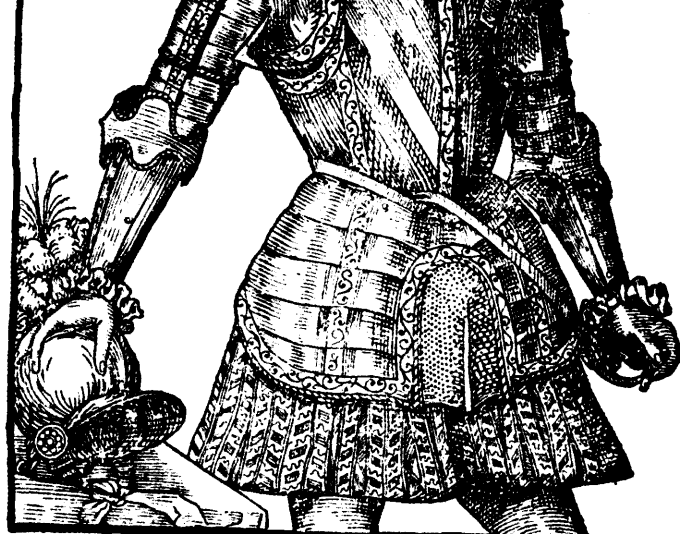
El humanismo, en el sentido limitado de resurgimiento de los estudios clásicos, es la principal característica innovadora de la educación española durante el reinado de los Reyes Católicos. Pero la influencia de los clásicos no comienza aquí: existe un largo período de preparación que hace que, por lo que respecta a la literatura española —castellana o catalana—, resulte imposible separar un siglo xvi “renacentista” de un siglo xv “medieval”. [En ese período, por ejemplo,] declinó el predominio cultural del clero. Los aristócratas feudales dejaron de ser guerreros para convertirse en caballeros ociosos, muchos de los cuales coleccionaron manuscritos, formaron bibliotecas particulares y cultivaron la literatura. El marqués de Santillana, poeta de singular distinción, es un notable ejemplo de este patrocinio de la erudición literaria. La secularización de la cultura, emparejada con el creciente interés por los clásicos —más como causa que como efecto—, fue el resultado natural de estas modificaciones.

Este interés por los clásicos, aunque muy real, no se puede denominar erudito hasta el reinado de los Reyes Católicos. La fama de la reina Isabel como protectora del saber atrajo a España a los humanistas italianos, y a uno de ellos, Pedro Mártir, a la corte misma. El primer nombre importante de la erudición clásica es el de Antonio de Nebrija (1442-1522), que ocupó varias cátedras en Salamanca desde 1476 hasta 1513, cuando se trasladó a la cátedra de Retórica en la nueva universidad de Alcalá. Consideraba como objetivo de su obra “desterrar la barbarie de España”, con lo cual se refería al propósito de elevar el conocimiento y uso del latín al nivel de la pureza clásica. Su *Gramática latina* y su *Diccionario latino* se convirtieron en instrumentos básicos. [...] Arias Barbosa (fallecido en 1540), desde su cátedra de Salamanca, hizo por el griego lo que Nebrija había hecho por el latín. La primera gramática griega se publicó en 1538, y otras siete, obra de distintos eruditos, se sucedieron a intervalos hasta 1600: al contrario de lo que solía creerse, no declinó el estudio del griego durante el reinado de Felipe II. Los principales sucesores de Nebrija y Barbosa fueron Hernán Núñez de Guzmán (1475-1553) y Francisco Sánchez “el Brocense” (1523-1601). Ambos ocuparon cátedras de griego en Salamanca, y ambos editaron muchos textos latinos y griegos; el último fue, además, teórico y crítico literario, y también publicó muchos tratados eruditos tales como *Minerva, sirve de causis linguae latinae* (1587), que se consideró como obra básica en Europa durante dos siglos, siendo reeditada constantemente con nuevos comentarios.

El gran mecenas del humanismo durante el reinado de los Reyes Católicos fue el arzobispo de Toledo y primado de España, cardenal Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517). Presenta éste un notable contraste con los grandes prelados del Renacimiento italiano, pues antes de que la Reina lo llamara a ocupar un alto puesto, era un fraile franciscano observante, de humilde origen, hombre santo y austero, y reformador práctico de la vida eclesiástica. Una vez nombrado primado, puso su mayor empeño en reformar las costumbres de indisciplina y relajación que, en este campo —especialmente entre las órdenes religiosas—, abundaban tanto en España como en otras partes. Isabel había adoptado enérgicas medidas para acabar con la



Arriba:
Patio de la Universidad de
Alcalá de Henares,
diseño de
Pedro de la Cotera.



Izquierda:
Grabado en *El Perfecto capitán
instruido en la disciplina militar
y nueva ciencia de la Artillería*,
de Diego de Álava
y Viamont.
Pedro Madrigal ed.,
Madrid, 1590.

anarquía social, y Cisneros las emuló en el ambiente de su propa jurisdicción. [...] Cisneros comprendió que estas medidas no llegaban a la raíz del problema y que, en última instancia, la reforma religiosa tenía que ser fruto de una reforma en la educación. Así, aunque no era un erudito, se convirtió en el máximo protector individual de los nuevos estudios. En este aspecto siguió los pasos de su predecesor en Toledo, el cardenal Mendoza, el cual, en 1479, había fundado el Colegio de Santa Cruz en Valladolid. Este colegio es uno de los primeros edificios renacentistas (1486-1493) de España y, en este caso, el estilo se importó de Italia por el arquitecto Lorenzo Vázquez de Segovia. Originariamente era de tipo gótico, pero cuando Mendoza visitó el lugar quedó tan decepcionado por la falta de grandeza del edificio, que volvió a diseñarse y se reconstruyó. Por su parte, Cisneros fundó, en 1498, la universidad de Alcalá de Henares, la cual superó inmediatamente en prestigio e influencia a todas las demás universidades excepto la de Salamanca, que se convirtió en su mayor rival. El plan de Alcalá se orientaba hacia la filosofía y la teología, pero dando especial importancia a las lenguas y literaturas clásicas. En cuanto a los profesores, Cisneros deseaba lo mejor. Ofreció cátedras a Erasmo y Luis Vives, pero ninguno de los dos aceptó. [Pero convenció a Nebrija de que se trasladara desde Salamanca.]

Ya desde sus comienzos, la nueva universidad se asociaría con uno de los monumentos de la erudición renacentista, la *Biblia Poliglota Complutense*, llamada así por el nombre romano de la ciudad, *Complutum*, que los moros cambiaron por el de Alcalá. La orientación humanística de la mentalidad reformadora de Cisneros resulta evidente en su convicción de que la Escritura era la base de la teología, y de que la Escritura no se podía estudiar con propiedad sin la restauración de los textos auténticos. Por ello, encargó a un grupo de eruditos la preparación de los textos del Antiguo Testamento en hebreo, griego (Versión de los Setenta), latín (Vulgata) y, en cuanto al Pentateuco, también en arameo (Tárgum); y para el Nuevo Testamento, los textos en griego y latín. La impresión se comenzó en 1502 y se terminó en 1517, en seis grandes volúmenes, el último de los cuales contenía los vocabularios. Cisneros vivió bastante para ver terminada esta gran empresa, que bendecía como "un poderoso medio para la resurrección de la teología". Medio siglo después, Felipe II alentaría, y la erudición española llevaría a cabo, una empresa similar, la gran *Biblia Poliglota Antuerpiense* (de Amberes), de 1569-1572, bajo la dirección del exegeta y orientalista Benito Arias Montano (1527-1598); como era de esperar, ésta superó a la Biblia complutense en su *apparatus criticus*, mucho más extenso.

(A. A. PARKER, "Una Edad de Oro: expansión y erudición en España")

Dado que el latín, según los humanistas, era la lengua perfecta, se buscaban razones que asemejasen con la lengua de Roma la vulgar propia. Pero la exaltación del latín cesa pronto, y terminan por utilizarse las lenguas vernáculas tanto como el latín y aun ocupan su

puesto como vehículo de cultura. El cardenal italiano Pietro Bembo es el primero en defender teóricamente los derechos de la lengua toscana frente al latín. Rápidamente cunde el ejemplo y se escriben en lengua vulgar tratados literarios, científicos y aun teológicos.

☛ Por lo cual, como quiera que siempre haya sido provechoso y loable el escribir sanas doctrinas que despierten las almas o las encaminen a la virtud, en este tiempo es así necesario que, a mi juicio, todos los buenos ingenios en quien

puso Dios partes y facultad para semejante negocio tienen obligación a ocuparse en él, componiendo en nuestra lengua, para el uso común de todos, algunas cosas que, o como nascidas de las sagradas letras, o como allegadas y conformes a ellas, suplan por ellas cuanto es posible con el común menester de los hombres, y juntamente les quiten de las manos, sucediendo en su lugar dellos, los libros dañosos y de vanidad.

Y aunque es verdad que algunas personas doctas y muy religiosas han trabajado en aquesto bien felizmente en muchas escripturas que nos han dado llenas de utilidad y pureza, mas no por eso los demás que pueden emplearse en lo mismo se deben tener por desobligados, ni deben por eso alanzar de las manos la pluma; pues en caso que todos los que pueden escribir escribiesen, todo ello sería mucho menos, no sólo de lo que se puede escribir en semejantes materias, sino de aquello que, conforme a nuestra necesidad, es menester que se escriba, así por ser los gustos de los hombres y sus inclinaciones tan diferentes, como por ser tantas ya y tan recibidas las escripturas malas, contra quien se ordenan las buenas. Y lo que en las baterías y cercos de los lugares fuertes se hace en la guerra, que los tientan por todas partes y con todos los ingenios que nos enseña la facultad militar, eso mismo es necesario que hagan los buenos agora, sin que uno se descuide con otro, en un mal uso tan torreado y fortificado como es este de que vamos hablando.

(FR. LUIS DE LEÓN, *De los nombres de Cristo*)

En España abundan las apologías de la lengua castellana, pero destaca tempranamente el elogio de Ambrosio de

Morales que antecede al *Diálogo de la dignidad del hombre* de Fernán Pérez de Oliva:

☛ Una buena parte de la prudencia en los hombres es saber bien el lenguaje en que nacieron; y el principal ornamento con que el hombre sabio ha de arrear su persona y en que debe señalarse entre los otros, es en el hablar ordinario que todos entienden, y todos se sirven dél para manifestar lo que sienten, gozando asimismo todo lo que en él se les comunica. Esta es la primera cosa a que el entendimiento se aplica en la vida; y en ella tenemos por maestro a la misma naturaleza, la cual, poco después de nacido el hombre, juntamente con el movimiento del cuerpo, a que luego lo acostumbra, le muestra también a moverse con el alma y dar señal della con hablar en su lenguaje. Pasados algunos años, cuando ya naturaleza nos ha enseñado lo que basta para formar bien las voces y pronunciar enteramente y sin fealdad las palabras, entonces sucede en su lugar el uso, de quien aprendemos la propiedad de nuestra habla natural. Sobre ésta se funda después la elocuencia y cuidado de bien decir, que aunque es común en todos los lenguajes, cada uno debe ponerlo en el suyo, donde la ventaja será más conocida y estimada, y resultará della en público más provecho; y al contrario, la falta y el error será notorio y de todos en general notado, pues no hay cuasi ninguno que no pueda ser juez para condenarla.

(F. PÉREZ DE OLIVA, *Diálogo de la dignidad del hombre*)



LA LENGUA
 de Erasmo nueva-
 mente romançada por muy elegante
 estilo. Impresa en çaragoça a
 costa de Miguel de çapila mercader
 de libros.
 Año M. D. L. I. J.

LIBRO DE
APOTHEGMAS

QUE SON DICHS GRACIOSOS
 y notables de muchos reyes y principes illustres,
 y de algunos philosophos insignes y memorables
 y de otros varones antiguos que bien hablaron
 para nuestra doctrina y exemplo: agora nueua-
 mente traduzidos y recopilados en nuestra lègua
 castellana, y dirigidos al illustrissimo señor Don
 Perafán de Ribera, Marques de Tarifa, Conde
 de los Molares, Adelantado ma-
 yor del Andaluzia. &c.



En Enuers en la enseña del unicornio dorado
 en casa de Martin Nuncio
 1549.
 CON PRIVILEGIO

Desde comienzos del siglo XVI se suaviza la sintaxis latinizante y se abandona el hipébaton excesivo, tan frecuentes en el siglo anterior, en busca de la naturalidad expresiva, que impone asimismo un proceso de selección estilística aplicado tanto al léxico popular como al neologismo culto.

Diálogos erasmistas

Erasmus de Rotterdam alcanzó en España tal fama entre la élite intelectual que en 1527 se celebró en Valladolid una junta de teólogos para dirimir si las doctrinas erasmistas se atenían al dogma católico y a la disciplina de la Iglesia. La junta no llegó a conclusiones definitivas, al verse interrumpida por una epi-

demia en la ciudad, pero no hubiera sido fácil que en aquel momento se hubieran tomado medidas contra Erasmo, porque contaba en la junta con no pocos partidarios y aun el propio presidente, el arzobispo e inquisidor general Manrique, simpatizaba con las ideas del humanista holandés.

Tampoco esto era novedad en Castilla, donde Cisneros planeaba ya una universidad con enseñanzas de este tipo desde 1502, y donde la crítica bíblica de Nebrija, uno de los colaboradores de la Complutense, fue tan temprana como la de Erasmo, y quizás anterior. La exigencia de una religión más interior y menos formalista era una aspiración generalizada entre nuestros medios más cultos. Pero Erasmo unía cualidades que rara vez se dan juntas, especialmente la de presentar verdades profundas bajo formas atractivas y asequibles al gran público. Fue a la vez un gran erudito, un gran pedagogo, un pensador y un crítico de acerada pluma y terrible fuerza irónica. En España no había ningún escritor de esta talla, y este es uno de los secretos de su éxito. [...] La lista de seguidores es egregia; la encabeza el propio emperador Carlos V con varios de los elementos de su corte, como el canciller Gattinara y los hermanos Valdés. Hernando Colón aprovechó una de sus excursiones bibliográficas para visitarlo en su retiro de Brujas. Cisneros lo invitó, sin éxito, a trasladarse a España. El Inquisidor General, D. Alonso de Manrique, aliviaba los dolores de la gota haciéndose leer los cuentos sobre frailes del *Elogio de la locura*. Huellas claras del pensamiento erasmiano hay en el *Pastor Bonus*, de Maldonado, en las obras de Luis Vives, compañero inseparable del sabio holandés; en los grandes místicos y ascéticos (fray Luis de Granada, fray Diego de Estella, fray Luis de León); en el *Lazarillo de Tormes*, en el curioso *Viaje de Turquía*, obra probable del médico segoviano Andrés Laguna, y en otros muchos. Sus últimos reflejos pueden detectarse en las obras cervantinas.

(DOMÍNGUEZ ORTIZ, *El Antiguo Régimen*)

Sin embargo, las obras de Erasmo, que al mismo tiempo eran consideradas sospechosas de filorreformistas y heréticas, fueron pronto prohibidas, y perseguidos los erasmistas.

La tormenta tardó varios años en gestarse y en estallar sobre la cabeza de los erasmistas españoles. El comienzo de las persecuciones decisivas coincide, en términos

Las obras de Erasmo en castellano.

Arriba:
 Izquierda: *La lengua de Erasmo nuevamente romançada por muy elegante estilo.* Miguel de Capila, Zaragoza, 1541. Portada.
 Derecha: *Libro de Apothegmas que son dichos graciosos y notables...* Martin Nuncio, Amberes, 1549. Portada.

Debajo:
Enquiridío, o Manual del Cavallero Christiano. Juan Ferrer, Toledo, 1556. Última página y colofón.

Para el sero exortacion de Erasmo.
 nos representando verdaderamente a Christo que ninguna ymagen: porque la ymagen ninguna otra cosa nos muestra: si empero algo muestra, mas que la figura del cuerpo de Jesus Christo. Pero estas escripturas sanctas, nos representan la viva ymagen de su sacratissima anima: y al mismo Jesus Christo hablando: quando enfermos: muertos resuscitado: y en fin assi le ponen a el todo en presencia de todos que aun te digo, que mucho menos le verias con los ojos corporales, aun que del arte te tuvieses, que alli le puedes ver. plega a su inmensa bondad abrirnos de tal manera los ojos de nras animas: que puea todas las cosas nos manifestan su summa bondad en todas ellas le veamos, y viendole le creamos: y creyendole le amemos tan entrañablemente: que ninguna otra cosa queramos: ni deseeamos sino a solo el: pues solo el es vida del anima el sea gloria por siempre. Amen.

Que impresso el presente tractado intitulado Enquiridío, o Manual del Cavallero Christiano. En la Imperial Ciudad de Toledo, en casa de Juan Ferrer. Acabose a doce dias del mes de diciembre. Año del nascimiento de nuestro Saluador Jesus Christo: de mil y quinquenta y seys años.

generales, con la partida de la Corte para la coronación de Bolonia, y las persecuciones mismas se escalonan en un periodo de diez años más o menos. Pero [...] éstas no fueron resultado de una condena lanzada por la Inquisición contra el pensamiento de Erasmo. Para hacer peligrosa la posición de los erasmistas no hacía falta, por otra parte, semejante condena. Cada uno de ellos estaba a merced de una denuncia por iluminismo o por luteranismo, pues no era difícil recoger alguna palabra imprudente dicha por ellos y hacerla coincidir con esas herejías ya condenadas, inscritas con todas sus letras en el Edicto de la fe entre los delitos cuyos reos debían ser denunciados al Santo Oficio. Es seguro que más de un español experimentó esto en carne propia a partir de 1526, año en que el pensamiento de Erasmo se hizo bruscamente popular.

(M. BATAILLON, *Erasmus y España*)

El diálogo era uno de los géneros más utilizados en la enseñanza escolar y que gozó de mayor predicamento en el renacimiento español. La organización dialógica contaba, además, con antecedentes ilustres de la Antigüedad (Platón, Jenofonte, Plutarco, el satírico Luciano de Samosata, Cicerón, Séneca, etc.). Además, la influencia de Erasmo, que los utilizó con frecuencia y eficacia en algunas de sus obras más conocidas, fue decisiva para que el género se popularizase.

En una obra reciente J. Gómez, *El diálogo en el Renacimiento español*, ha distinguido tres tipos de diálogo a partir de los modelos clásicos grecolatinos: el *diálogo platónico*, de tema filosófico y

organizado sobre el esquema retórico-didáctico de la mayéutica socrática; el *diálogo ciceroniano*, donde el discurso del maestro alterna con breves intervenciones de los discípulos, que permiten sobre todo aclaraciones, y el *diálogo lucianesco*, semejante al platónico, pero con elementos críticos y humorísticos, en especial satíricos.

Marcel Bataillon, en su imprescindible estudio de *Erasmus y España*, hace un repaso exhaustivo de los escritores españoles que redactaron diálogos erasmistas, ya influidos por las doctrinas del maestro, ya tomándolo como modelo y utilizando los esquemas ciceroniano y lucianesco, de los que se había servido el humanista holandés.

La producción humanística de que España es deudora a los erasmistas sería literariamente desdeñable si no se tuviera el derecho de incluir en ella una abundantísima floración de diálogos.

No quiere decir esto que Erasmo haya sido el maestro único del diálogo para los hombres de la época. Al lado de sus *Coloquios*, ellos tenían en su biblioteca los modelos antiguos en que Erasmo se había inspirado, y también algunos diálogos "renacentes" que no debían nada a Erasmo. [...]

Tal vez haya que ver en esto la confluencia de una corriente erasmista con la tradición de los *debates* contradictorios. Pero el coloquio erasmiano, a pesar de todo lo que debe a la Antigüedad, era creación esencialmente moderna. En parte recibió este carácter de su modesto punto de partida: el coloquio escolar. [...] Los calcos erasmianos de la conversación familiar invitaron y casi obligaron a sus traductores y a sus imitadores españoles expresar en su lengua esa misma naturalidad de la conversación, con todo lo que tiene el juego y de atención a la vida. Pero todo esto no es sino el marco. El coloquio típicamente erasmiano se creó el día en que Erasmo se propuso dar

como materia de estas conversaciones algo distinto de las acciones de la vida diaria, algo distinto también de simples discusiones de ideas que se levantan por encima de las contingencias del momento, es decir, el día en que introdujo en ellos observaciones sobre las costumbres, alusiones a los acontecimientos políticos, dardos satíricos apuntados contra individuos o contra categorías de hombres, confidencias o recuerdos personales, debates acerca de las cuestiones religiosas más candentes.

(M. BATAILLON, *Erasmus y España*)

Partiendo de los hermanos Valdés, de quienes se dará cuenta detallada a continuación, Bataillon comenta los diálogos latinos de Juan Maldonado (h. 1485), los coloquios y diálogos (1547) de Pero Mexía, los *Coloquios matrimoniales* (1550) del sevillano Pedro de Luxán, los *Coloquios satíricos* (1553) y el *Jardín de flores curiosas* (1570) de Antonio de Torquemada, el *Diálogo de las mujeres* de Cristóbal de Castillejo, el *Diálogo de la vida del soldado* (1552) de Diego Núñez Alba, el *Scholástico* (h. 1539) de Cristóbal de Villalón, a quien se atribuyó la autoría de otros dos famosos diálogos, el *Crotalón* y el *Viaje de Turquía*. Los últimos reflejos del diálogo erasmista llegaron a fray Luis de León (*De los nombres de Cristo*) y a Cervantes (*Coloquio de los perros*).

Bataillon conjetura que el autor del *Crotalón* era un italiano (en la obra abundan los italianismos), probablemente residente en Valladolid, que lo escribió en

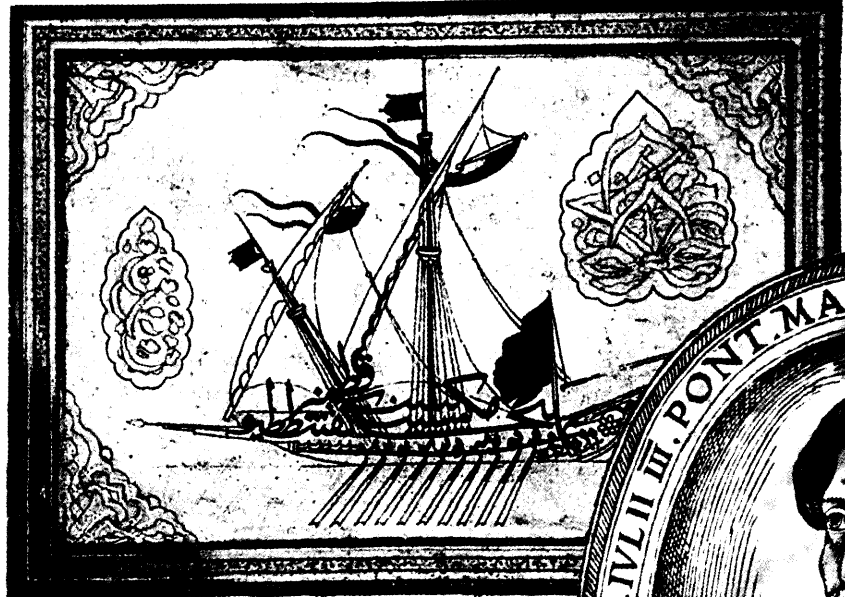
1552-1553. Inédito hasta comienzos del siglo XX, aparece firmado con el seudónimo "Christóphoro Gnophoso, natural de la ínsula Eutrapelia, una de las ínsulas Fortunadas". Es un diálogo lucianesco, que sigue indudablemente a Erasmo, pero también a Ariosto, Boccaccio y Aretino, y aun reproduce en ocasiones pasajes enteros de otros autores, como Alfonso de Valdés. Se ha considerado, además, al *Crotalón* como precedente del *Coloquio de los perros* cervantino. Su argumento está tramado sobre el diálogo entre un zapatero llamado Micilo y un Gallo, que narra los avatares de su vida y su metamorfosis en diferentes estados (fraile, clérigo, monja, etc.), los cuales son aprovechados por el autor para ejercer una crítica primordialmente anticlerical. Cuando el Gallo relata su encarnación en monja y la corrupción de las costumbres en los conventos femeninos, el zapatero Micilo responde:

☛ Parece que tenía el demonio un censo cada año sobre todas vosotras: la mitad pagado por las unas por Navidad y la otra mitad a pagar por las otras a San Juan de Junio. ¿Qué liviandad tan grande era la vuestra que, siendo ellos en el cielo tan iguales y tan conformes, haya entre sus devotas acá tanta desconformidad y disensión? Antes me parece que como verdaderas y buenas religiosas debierades preciaros ser más devotas del santo cuanto más trabajábades en su imitación. Las baptistas procurar exceder a las otras en el ayuno continuo, en el vestido poco, en la penitencia y sanctidad, y las evangelistas procurar llevar ventaja a las otras en el recogimiento, en la oración, en el amor que tuvo a su Maestro, en aquella virginidad santa por la cual le encomendó Dios su madre virgen. Pero como toda vuestra religión era palabra y vanidad, así vuestras obras eran profanas y de mundo, y así ellas tenían tal premio y fin mundano.

(*El Crotalón*)



Arriba:
Portugueses en Ormuz
(miniatura, s. XVI).
Códice 1889,
Biblioteca Casanatense,
Roma.



Debajo:
Caligrafía otomana
(s. XVI).
Museo Topkapi,
Estambul.



Retrato del médico Andrés Laguna,
el más probable de los autores a quienes se ha atribuido
el *Viaje de Turquía*.
Xilografía en *Pedacio Dioscorides Anazarbeo*.
M. Juárez y C. Velázquez, Segovia, 1565.

El *Viaje de Turquía* es la cumbre de los diálogos erasmistas, junto con los de los hermanos Valdés. También permaneció inédito como el *Crotalón* hasta hace aproximadamente un siglo y durante años se atribuyó su autoría a Cristóbal de Villalón; según Bataillon, sin embargo, el verdadero autor fue el doctor segoviano Andrés Laguna, que fuera médico del emperador y del Papa. Investigaciones más recientes, no obstante, han puesto en duda la atribución de Bataillon, pero tampoco han llegado a resultados definitivos.

En el diálogo intervienen tres personajes cuyos nombres proceden de la tradición folclórica hispánica: Juan de Voto a Dios, Mátalas Callando y Pedro

de Urdemalas. Urdemalas, a quien Bataillon identifica con el doctor Laguna, es una especie de Ulises español, que relata las vicisitudes de su viaje a sus interlocutores, un predicador hipócrita (Juan de Voto a Dios) y su socio en ganancias, el cínico Mátalas Callando. Pero la verdadera finalidad de la obra es la crítica incisiva de la sociedad, de la forma de ser de los españoles, de la corrupción del clero y de la misma curia romana. Al comienzo de la obra, inmediatamente antes de su encuentro con Urdemalas, Juan de Voto a Dios y Mátalas Callando dialogan y reflexionan a propósito de las personas que van encontrándose en el camino:

☛ MATA. Digo que es gran trabajo que por todo el camino a cada paso no abéis de hablar otra palabra sino "Dios te ayude". Verdaderamente, como soi corto de bista, aquel árbol grueso y sin ramas qu'esta en medio del camino todas las vezes que paso junto a él, pensando que me pide, le digo "Dios te ayude".

JUAN. Buen remedio.

MATA. Eso es lo que deseo saver.

JUAN. Darles limosna y callar.

MATA. A sólo vos es posible tal remedio, que, como sois de la compañía de Juan devoto a Dios, no pueden faltar, por más que se dé, las cinco blancas en la bolsa, pero a mí, que soi pobre, mejor m'está demandar que dar.

JUAN. Nadie es tan pobre que alguna vez no tenga que dar una blanca o un poco de pan o al menos un pedazo de compasión de no tener qué dar y dolerse del pobre; pero vos sois amigo de beber la tarja que sobra¹ y no acordar que ai mañana.

MATA. La mayor verdad es que al propósito se puede dezir y por tal no la contradigo. Y pues jugamos el juego de dezirlas, quiero también yo salir con la mía.

JUAN. No de manera que muerda ni quemé.

MATA. No dexará señal más que un rayo. Veinte y más años á que nos conosco y andamos por el mundo juntos y en todos ellos, por más que lo é advertido, me acuerdo haberos visto dar tres vezes limosna, sino al uno: "¿Por

¹ *Beber sobre tarja*: "del que come y bebe y saca de la tienda fiado, y algunos a nunca pagar" (Covarrubias).

qué no sirves un amo?", al otro: "Gran neçesidad tenía Santiago de ti", al otro: "En el ospital te darán de çenar", y a bueltas d'esto mil consejos airadamente, porque piensen que con buen zelo se les dize. Pues el "Dios te ayude", yo ¿de quién lo aprendí sino de vos?, que en mi tierra a solos los que esternudan se les dize esa salutaçión. Creo que pensáis que por ser de la casa de Voto a Dios sois libres de hazer bien como quien tiene ya ganado lo que spera. Pues mándoos yo que a fe no estáis más çerca que los que somos del mundo, aunque más ospitales andéis fabricando. Mas dexado esto aparte, en todo el año podíamos salir a tiempo más a vuestro propósito: ¿no miráis cuánto bordón y calabaza?² ¿Cómo campean las plumas de los chapeos?³ Para mí tengo que se podría hazer un buen cabezal de las plumas del gallo del señor Sancto Domingo.⁴ ¿Bien aya gallo que tanto fructo de sí da! Si como es gallo fuera oveja yo fiador que los paños vaxaran de su preçio.⁵ ¿Pensáis que, si el clérigo que tiene cargo de repartirlas ubiera querido tratar en ellas, que⁶ no pudiera aver embiado muchas sacas a Flandes?

JUAN. Mirad aquel otro bellaco tullido, ¡qué regozijado va en su caballo y qué gordo lo lleba el vellaco!, y esta fiesta pasada, quando andaba por las calles a gatas, ¡qué bozes tan dolorosas y qué lamentaciones hazía! El intento del ospital que hago en Granada es por meter todos estos y que no salgan de allí, sino que se les den sus razones. Para estos son propios los ospitales y no los abían de dexar salir d'ellos sino como casa por cárzel, dándoles sus razones suficientes como se pudiesen substentar.

MATA. Si eso así fuese, presto abría pocos pobres aplagados.

JUAN. Claro es que no quedaría ninguno.

MATA. No lo digo por eso sino porque, en viéndose enzerrados todos, se ahorcarían y buscarían maneras cómo se matar. ¿Luego pensáis que los más, si quisiesen, no ternían sanas las llagas?

JUAN. ¿Por qué no lo hazen?

MATA. Porque ternían enfermas las bolsas, las cuales agora están bien aforradas. No ai hombre d'estos que en un librico no traiga por memoria todas las cofradías, memorias, proçesiones, ledanías⁷ y fiestas particulares de pueblos para acudir a todo por su orden. Dezid, por amor de mí, cuántas ferias abéis visto que en la çiudad ni sus derredores se hagan sin ellos.

JUAN. Opinión es de algunos de nuestros theólogos que son obligados a restituçión de todo lo que demandan más de para el substentamiento de aquel día so pena de malos christianos.

² Alusión a los peregrinos, que llevan bordón (bastón) y calabaza: "El bordón y la calabaza son insignias de los romeros, porque llevan en ella la bebida y algunas veces la cuelgan del bordón" (Covarrubias).

³ *Chapeo*: sombrero.

⁴ Alude al milagro del gallo que cantó cuando lo asaban, para demostrar la inocencia de un niño condenado a muerte por hurto.

⁵ La produçión lanera era entonces de enorme importancia para la economía española. Pero como se exportaba a Flandes para su manufacturación, al volver a España, los paños se habían encarecido mucho.

⁶ Esta conjunción *que* es pleonástica: ya aparecía detrás de *pensáis*.

⁷ *Ledanías*: letanias.

MATA. Mejor me ayude Dios que yo los tengo por christianos, quanto más por buenos. Ni preçpto de todos los de la lei ellos guardan; si no, dezidme cuántas vezes los habéis visto confessar y oír missa; pues en lo de la restituçión n'os quiero preguntar cuánto os han restituido, porque no tienen qué, pues tampoco les habéis dado; pero cuánto les habéis visto o oído.

JUAN. Restituir no les he visto, pero vender muchas camisas y pañizuelos que mugeres devotas les dan infinitas vezes, entre las quales, sin ir más lexos, esta semana vendió uno tres y se andaba, con todo el frío que hazía, en carnes.

MATA. El medio camino tenía andado si la justiçia supiera hazer su ofiçio.

JUAN. ¿Cómo?, porque para darle los çiento azotes que mereçía no hará menester desnudas. ¿Son tan ipócritas los jueces que pensarían que pecaban en ello?

MATA. ¡Cuántas vezes se deben para esas ipocresías de descuidar en hazer su ofiçio! Y estos otros bordoneros, ¿pensáis que no saben en las aldeas zepar las gallinas con el pan del zurrón y tomarles la cabeza debajo el pie?

JUAN. Eso es mal juzgar sin más saber.

MATA. Ellos primeramente no son naturales de ningún pueblo y jamás los vi confesar ni oír misa, antes sus boçes ordinarias son a la puerta de la iglesia en la misa mayor y en las menores de persona en persona que aun de la devoçión que quitan tienen bien que restituir, y no m'espantan estos tanto como el no advertir en ellos los que tienen cargo, que jamás ubo obispo, ni probisor, ni visitador, ni cura, ni gobernador, ni corregidor que cayese en la quenta de ver cómo nunca estos que piden por las iglesias oyen misa y, si la oyen, cuándo. Al menos yo en todas las horas que se dizen, mirando en ello todo lo posible, no lo é podido descubrir. Aun quando alzan,⁸ apenas se ponen de rodillas ni miran allá. [...] Bien podéis creer que no se dexan morir de hambre ni se cansan de las jornadas muy largas. No hai despensa de señor mejor probeída que su zurrón, ni se come pan con mayor livertad en el mundo. No dexan, como los más son gascones y gabachos, si topan alguna cosa a mal recado, ponerla en cobro quando entran en las casas a pedir limosna y quando buelven a sus tierras, no van tan pobres que les falten seis piezas de oro y mantenidos.

JUAN. Gran devoçión tienen todas estas naçiones estrangeras, bien en cargo⁹ les es Santiago.

MATA. Más que a los españoles, prinçipalmente a los vezinos de Orense y toda Galiçia, que en verdad que tengo por çierto que de mil ánimas no va allá una ni aun creo que de diez mil.

JUAN. ¿Qué es la causa d'eso?

MATA. Que piensan que por ser su vezino que ya se le tienen ganado por amigo, como vos, que, por tener el nombre que tenéis, no es menester creer en Dios ni hazer cosa que lo parezca.

⁸ Se refiere al momento crucial de la misa en que el sacerdote eleva la sagrada forma hacia el cielo.

⁹ *Ser en cargo*: estar agradecido.

JUAN. Mirá lo que dezís y reportaos, porque salís del punto que a ser yo christiano devéis.

MATA. No por injuriaros ni pensar que no lo soys, pero, como dizen, una palabra saca otra. Dexémonos de metrificar;¹⁰ aora sepamos.

JUAN. Estos clérigos que aquí ban en sus tierras no deben de tener beneficios, que de otra manera no irían pidiendo.

MATA. También a vueltas d'estos suele haber algunos vellacos españoles que hazen de las suyas y se juntan con ellos, entre los quales vi una vez que andaban seis confesando y tomaban el nombre del penitente y escribían algunos de los pecados y comunicábselos uno a otro. Después venía uno de los compañeros, que se trocaban, y tomábale en secreto, diziendo que por qué no se emendaba, que Dios le había rebelado que tenía tal y tal viçio, de lo qual quedaban el pobre penitente muy espantado y lo creía. Y con esto les sacaban dineros en cantidad.

JUAN. Y a esos, ¿que les hizieron, que dignos heran de grande pena?

MATA. No nada, porque no los pudieron coger, que, si pudieran, ellos fueran a remar con Iesú Christo y sus apóstoles y el nunçio que están en las galeras.

JUAN. También fue la de aquellos solemne vellaquería.

MATA. Bien solenemente la pagan. Ansí la pagaran estos otros, y quizás no ubiera tantos vellacos.

JUAN. Mas, ¿quién se va a confesar con romeros ni forasteros, teniendo sus propios curas y confesores?

MATA. Las bulas de la Cruzada lo permiten, que antes a todos los forzaban que tubiesen quenta con sus curas; mas ai algunos idiotas y malos christianos que no an tenido vergüenza de peccar contra Dios, ni de que Dios lo sepa y lo vea, y temen descubrirse al confesor que conosçen, paresciéndoles que, quando le encontraren, los ha de mirar de mal ojo, no mirando que es hombre como ellos. Y buscan estos tales personas que los confiesen, que nunca más las ayan de ver de sus ojos, pues las oras canónicas¹¹ que estos clérigos rezan, de como salen de sus tierras fasta que buelvan, se vayan por sus ánimas, que yo les veo traer sino unas oras pequeñas françesas en la letra y portuguesas por de fuera con tanta grosura.

JUAN. Pues la mejor invención de toda la comedia está por ver. Ya me marabillava que ubiese camino en el mundo sin fraires. ¿Vistes nunca al diablo pintado con ávito de monje?¹²

¹⁰ *Metrificar* ya aparece en Covarrubias como "componer versos", pero aquí se emplea metafóricamente como imaginar o fantasear, contrastado inmediatamente por el personaje con *saber*.

¹¹ *Horas canónicas*: "Las partes en que se divide el oficio divino que rezan los clérigos, los religiosos y los que gozan de renta eclesiástica, compuestas de salmos y preces instituidos por la Iglesia, y se llaman: maitines, laudes, prima, tercia, sexta, nona, vísperas y completas" (*Autoridades*). También se denominaban *horas*, como vemos más adelante, a los devocionarios.

¹² Se refiere al tercer personaje del diálogo, Pedro de Urdemalas, al que no reconocen "el ávito de fraire peregrino", como dice él mismo más adelante.

MATA. Hartas vezes, y quasi todas las que le pintan es en ese hábito, pero vibo, esta es la primera. ¡Maldiga Dios tan mal gesto! ¡Valdarriedo saltarás, Iesus mil veces! El mesmo hábito y barba que en el infierno se tenía debe de aver traído acá, que esto en ninguna orden del mundo se usa.

JUAN. Si ubiese andado tantas partes del mundo como yo, no harías esos milagros. Hágotte saber que hai mil quentos de invenciones de fraires fuera d'España, y este es fraire extranjero. Bien puedes aparejar un "Dios te ayude", que hazia nosotros endereça su camino.

MATA. Siempre os holgáis de sacar las castañas con la mano ajena. Si sacáis ansí las ánimas del Purgatorio, buenas están. A vuestra huçia.¹³

(Viaje de Turquía)

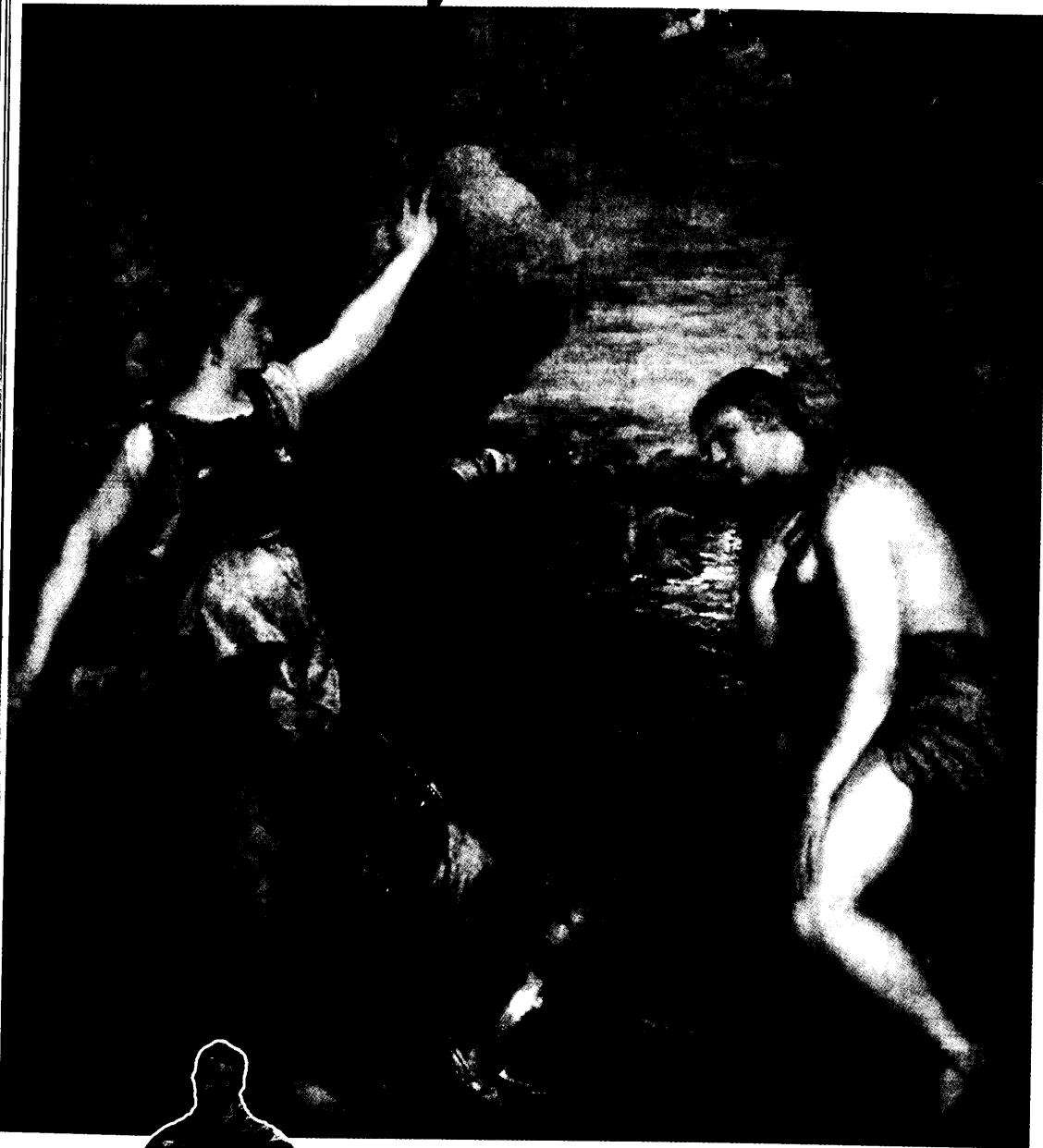
Los hermanos Valdés

Los primeros años de Alfonso y Juan de Valdés son todavía un misterio. No hay seguridad sobre la fecha y el lugar de nacimiento; como su familia residía en Cuenca, donde el padre era regidor, como ha sido posible documentar los años de su actuación pública, de los que tenemos noticias fidedignas, se ha pensado que nacieron ambos en Cuenca hacia 1490. A partir de una alusión de Erasmo de Rotterdam en su correspondencia con Alfonso, donde los llama *gemelli*, hay quien lo ha interpretado de modo literal, como Marcel Bataillon y José F. Montesinos, y quien, por el contrario, ha estimado que Erasmo se refería a su identidad espiritual o moral, tomando la palabra "gemelos" en un sentido ideológico.

No tenemos apenas noticias de Alfonso de Valdés (1490?-1532) hasta 1520. Tampoco sabemos nada de su formación intelectual, salvo que estuvo relacionado, tal vez en calidad de discí-

pulo, con Pedro Mártir de Anglería (1447-1526), el humanista italiano a quien los Reyes Católicos encomendaron la educación de los príncipes. Criado en Cuenca con sus cuatro hermanos (Andrés, Diego, María y Juan), figura desde 1520 como empleado en la corte de Carlos I; se sabe de su carrera administrativa que en 1522 era escribiente de la cancillería imperial, registrador y contrarrelator dos años después y, al cabo de otros dos años, latinista oficial y secretario del emperador. Viajó con el séquito imperial en dos ocasiones: en 1520-21 y en 1529-30. La primera vez estuvo en los Países Bajos, pero la segunda comenzó el periplo en Italia, donde asistió a la coronación del emperador por el Papa, y luego continuó por Alemania y los Países Bajos. En 1530 participó en la Dieta de Worms en el intento de reconciliar a los protestantes alemanes con Roma, y se cree que también intervino en la Dieta de Ratisbona.

¹³ *Huçia*: fianza, aval, confianza. La expresión "a vuestra huçia" vendría a equivaler a "confiadas a vos". Covarrubias recoge la voz *fuzia*: "Vale confianza" y la relaciona con *desafuciar*, definido como "desconfiar de la salud del enfermo", y *desafuciado*; para *desafuciar* también señala el significado de "perder la confianza de lo que se pretendía", y remite por último a una entrada inexistente *hucia*. La palabra aparece definida, no obstante, en *afuciar*, "dar fucia, esperanza, confianza, poner buen ánimo; y así se dijo de fucia, quasi *fiducia*".



Izquierda:
Sebastiano del Piombo: *Retrato de Clemente VII*.
Museo Nacional de Capodimonte, Nápoles.

Arriba:
Tiziano: *La Religión socorrida por España*
(óleo, 1572-1574).
Museo Nacional del Prado, Madrid.

Perseguido por la Inquisición en España, se vio obligado a emigrar a Nápoles y luego a Viena, donde enfermó de peste y falleció en octubre de 1532, sin haber tomado posesión del cargo de archivero, para el que había sido nombrado poco antes por el emperador.

Se ha conjeturado que, al ser un hombre de confianza de Carlos V, es probable que influyera en la política imperial, como luego fray Antonio de Guevara e incluso que, desde su posición de privilegio, actuase como cabeza y protector de los erasmistas españoles; su amparo alcanzó al propio Erasmo, cuando, gracias a su mediación, el emperador presionó al claustro de la universidad de Lovaina, que se oponía al humanista holandés, y más tarde le concedió una subvención económica.

La difusión manuscrita en 1528 de su *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* le acarreó problemas con el nuncio del Papa, a la sazón Baldassare Castiglione, quien, como no pudo impedir la impresión de la obra, recurrió oficialmente a Carlos V. El libro fue remitido para su examen al inquisidor general Manrique, de inclinaciones erasmistas, y éste, a su vez, al arzobispo de Santiago. Alfonso de Valdés fue absuelto y obtuvo del Papa, además, una bula de absolución general para él y su familia, pero no evitó la pertinaz enemiga de sus perseguidores ni la ojeriza del Santo Oficio.

El motivo argumental del *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* es el llamado

“saco de Roma”, acaecido en 1527. El autor se vale de las relaciones de los sucesos enviadas desde Roma por Francisco de Salazar, más adelante beneficiado de Sigüenza, transfigurado en el texto como un arcediano que, vestido de soldado y recién llegado de Roma, se encuentra en Valladolid con Lactancio, un caballero, con el que entabla un diálogo sobre acontecimientos políticos de plena actualidad. Hay en el diálogo dos partes bien diferenciadas: la primera, de apología del emperador e inculpación del Papa, es más descriptiva y viva; la segunda parte, en cambio, basada en los *Colloquia* de Erasmo, resulta más grave y desabrida. El emperador aparece como brazo de Dios para una reforma necesaria de la Iglesia, en la que su propia cabeza, el papa Clemente VII, preside la corrupción institucional. El pontífice es inculpado por negarse a convocar un concilio reformador, encastillarse en sus privilegios políticos y resistirse a apoyar la política imperial. Valdés interpreta el saco de Roma como un castigo providencial de las injerencias papales en ámbitos ajenos a la espiritualidad, como su intervención en la política internacional. Tampoco sale bien librado, por el pillaje y los desmanes cometidos, el ejército imperial —en especial, los soldados alemanes—, que tomó la ciudad bajo el mando del duque de Borbón, muerto en el asalto.

Dios da tal victoria al Emperador para que, sosegada la cristiandad, pueda luchar contra turcos y moros en sus propias tierras. La figura de Carlos V, humilde, piadoso, elegido por Dios, se alza primero con el contrapunto del soberbio Rey francés (como en el *Mercurio y Carón*), luego en solitario erigiéndose como la cabeza de la monarquía universal cristiana. [...]

La exaltación del Emperador siempre estará presente en la obra de Alfonso. El nuevo orden aparece como una esperanza al final del *Diálogo de las cosas acaecidas en*

Roma. "Vos querriades, según eso, hacer un mundo de nuevo", le dice a Lactancia el Arcediano, y ése contesta: "Vívame a mí el Emperador don Carlos y veréis vos si saldré con ello". Esperanza que parece haberse esfumado en el *Diálogo de Mercurio y Carón*, pero en él se refuerza la imagen del Emperador, hombre de palabra, generoso, al que cuadran todos los adjetivos positivos. Su modestia y su bondad son las cualidades que subraya Mercurio en su última referencia al Monarca.

(R. NAVARRO, Introducción a su ed. del *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*)

En la primera parte Lactancio se lamenta por la conducta del Papa y se pregunta si es cristiana:

☛ Llamámonos cristianos y vivimos peor que turcos y que brutos animales. Si nos parece que esta doctrina cristiana es alguna burlería,¹⁴ ¿por qué no la dejamos del todo? Que, a lo menos, no haríamos tantas injurias a Aquel de quien tantas mercedes hemos recibido. Mas pues conocemos ser verdadera y nos preciamos de llamarnos cristianos e nos burlamos de los que no lo son, ¿por qué no lo queremos ser nosotros? ¿Por qué vivimos como si entre nosotros no hobiese fe ni ley? Los filósofos y sabios antiguos, siendo gentiles, menospreciaron las riquezas, ¿y agora queréis vos quel Vicario de Jesucristo haga guerra por lo que aquellos ciegos paganos no tenían en nada? ¿Qué dirá la gente que de Jesucristo no sabe más de lo que ve en su Vicario, sino que mucho mejores fueron aquellos filósofos que por alcanzar el verdadero bien, que ellos ponían en la virtud, menospreciaron las cosas mundanas, que no Jesucristo, pues ven que su Vicario anda hambreado¹⁵ y haciendo guerra por adquirir lo que aquellos menospreciaron? Veis aquí la honra que hacen a Jesucristo sus vicarios; veis aquí la honra que le hacen sus ministros; veis aquí la honra que le hacen aquellos que se mantienen de su sangre. ¡Oh sangre de Jesucristo, tan mal de tus vicarios empleada! ¡Que de ti saque dineros éste para matar hombres, para matar cristianos, para destruir ciudades, para quemar villas, para deshonorar doncellas, para hacer tantas viudas, tantas huérfanas, tanta muchedumbre de males como la guerra trae consigo! ¿Quién vido aquella Lombardía, y aun toda la cristiandad los años pasados en tanta prosperidad! ¡Tantas e tan hermosas ciudades, tantos edificios fuera dellas, tantos jardines, tantas alegrías, tantos placeres, tantos pasatiempos! Los labradores cogían sus panes, apacentaban sus ganados, labraban sus casas; los ciudadanos y caballeros, cada uno en su estado, gozaban libremente de sus bienes, gozaban de sus heredades, acrecentaban sus rentas, y muchos dellos las repartían entre los pobres. Y después que esta maldita guerra se comenzó, ¡cuántas ciudades vemos destruidas, cuántos lugares y edificios quemados y despoblados, cuántas viñas y huertas taladas, cuántos caballeros, ciudadanos y labradores venidos en suma pobreza! ¡Cuán-

¹⁴ Burlería: cuento fabuloso.

¹⁵ Hambrear: mendigar pidiendo para comer.

tas mujeres habrán perdido sus maridos, cuántos padres y madres sus amados hijos, cuántas doncellas sus esposos, cuántas vírgines su virginidad! ¡Cuántas mujeres forzadas en presencia de sus maridos, cuántos maridos muertos en presencia de sus mujeres, cuántas monjas deshonoradas e cuánta multitud de hombres faltan en la cristiandad! Y, lo que peor es, ¡cuánta multitud de ánimas se habrán ido al infierno, e disimulámoslo, como si fuese una cosa de burla! Y aun no contento con todo esto, el Vicario de Jesucristo, ya que teníamos paz, nos viene a mover nueva guerra, al tiempo que teníamos los enemigos de la fe a la puerta, para que perdiésemos, como perdimos, el reino de Hungría, para que se acabase de destruir lo que en la cristiandad quedaba. Y aun no contentándose su gente con hacer la guerra, como los otros, buscan nuevos géneros de crueldad. ¿Qué tiene que hacer el emperador Nero, ni Dionisio Siracusano,¹⁶ ni cuantos crueles tiranos han hasta hoy reinado en el mundo, para inventar tales crueldades como el ejército del Papa, después de haber rompido la tregua hecha con don Hugo de Moncada, hizo en tierras de coloneses?¹⁷ ¿Que dos cristianos tomasen por las piernas una noble doncella virgen, y teniéndola desnuda, la cabeza baja, viniese otro, y así viva, la partiese por medio con una alabarda!... ¡Oh crueldad! ¡Oh impiedad! ¡Oh execrable maldad! ¡Oh execrable maldad! Y ¿qué había hecho aquella pobre doncella? Y ¿qué habían hecho las mujeres preñadas que, en presencia de sus maridos, les abrían los vientres con las crueles espadas, y, sacada la criatura, así caliente, la ponían a asar ante los ojos de la desventurada madre? ¡Oh maravilloso Dios, que tal consientes! ¡Oh orejas de hombres, que tal cosa podéis oír! ¡Oh sumo Pontífice, que tal cosa sufres hacer en tu nombre! ¿Qué merecían aquellas inocentes criaturas? Maldecimos a Herodes, que hizo matar los niños recién nacidos, ¿y tú consientes matarlos antes que nazcan? ¡Dejáraslos siquiera nacer! ¡Dejáraslos siquiera recibir el agua del bautismo; no les hicieras perder las ánimas juntamente con las vidas! ¿Qué merecían aquellas mujeres, porque debiesen morir con tanto dolor, y verse abiertos sus vientres, e sus hijos gemir en los asadores? ¿Qué merecían los desdichados padres, que morían con el dolor de los malogrados hijos y de las desventuradas madres? ¿Cuál judío, turco, moro o infiel querrá ya venir a la fe de Jesucristo, pues tales obras recibimos de sus vicarios? ¿Cuál dellos lo querrá servir ni honrar? Y los cristianos que no entienden la doctrina cristiana, ¿qué han de hacer sino seguir a su pastor? Y si cada uno lo quiere seguir, ¿quién querrá vivir entre cristianos? ¿Paréceos, Señor, que se imita así Jesucristo? ¿Paréceos que se enseña así el pueblo cristiano? ¿Paréceos que se interpreta así la Sagrada Escritura? ¿Paréceos que ruega así el pastor por sus ovejas? ¿Paréceos que son estas obras de Vicario de Jesucristo? ¿Paréceos que fue para esto instituida esta dignidad, para que con ella se destruyese el pueblo cristiano?

(A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*)

¹⁶ Dionisio I, tirano de Siracusa.

¹⁷ Que habitan en las tierras de la familia Colonna.

El *Diálogo de Mercurio y Carón* se difundió anónimo y fue atribuido en un principio a su hermano Juan, aunque después Bataillon demostró que lo había escrito Alfonso. Alcanzó muy pronto difusión manuscrita, desde 1528, al menos parcial, y entre 1529 y 1530 se imprimió en Italia; se reeditó casi al ritmo de una vez por año hasta

1540; en 1546 fue traducido al italiano y también repetidamente reimpresso. Al año de su aparición aproximadamente (1531) la censura inquisitorial se le echó encima, quizá por imprudencia de su hermano Diego, canónigo en Murcia, que había dejado circular algún manuscrito del *Diálogo* que Alfonso le había confiado.

Valdés argumenta con mayor precisión, su crítica social, más vaga y generalizadora antes, se concreta. Ya no ataca la *política* de un papa, y, globalmente, la moral de la curia. Todos los *estados* van desfilando ante Carón y Mercurio, cada estado va descubriendo sus faltas, mostrando sus posibilidades de perfección.

Prudentemente, con una sagacidad aprendida en polémicas y persecuciones, Valdés va contraponiendo buenos y malos; esta vez, por lo menos, no se le acusará de tendencioso. [...] Su obra no es un poema medioeval, agriamente justiciero, una de esas danzas que la muerte convoca a la puerta del infierno. Frente a los infernales interlocutores se levanta la montaña que deben escalar los perfectos, procedentes de todos los *estados*.

[...]

La Iglesia, que para Valdés no es el clero, sino la comunidad de los fieles, necesitaba reforma que, a juzgar por lo que el diálogo dice —la actitud es clara, aunque sus palabras sean temerosamente prudentes—, debía consistir en disciplina severa y libertad interior. [...] Y es que Valdés siente que hay dos maneras de religiosidad: la de las muchedumbres, que no van más allá de las exterioridades, satisfecha con ceremonias y prácticas, y la de los perfectos, que adoran a Dios en espíritu y en verdad. Si, por no escandalizar a los pusilánimes, los verdaderos cristianos acatan el culto exterior, lo consideran innecesario para ellos mismos, pues el espíritu divino opera en sus almas obras mejores que cuantas pueda imponerles cualquier norma humana. Concomitante con otras de Erasmo, esta doctrina, difícil de coordinar con esa disciplina que Valdés mismo preconiza, se entrelaza con corrientes místicas heterodoxas muy difundidas en España en aquellos días, y los procesos de esos "iluminados" o "alumbrados" que por entonces se incoaron, nos permiten conocer algunos de los cristianos "perfectos" a que Valdés alude [...].

(J. F. MONTESINOS, Introducción a su ed. del *Diálogo de Mercurio y Carón*)

El *Diálogo de Mercurio y Carón* aparece organizado, igual que el otro, en dos partes, precedidas en esta ocasión de una introducción donde declara su intención y los modelos que han presidido su obra: Luciano, Pontano y Erasmo. Carón y Mercurio conversan a

orillas de la laguna Estigia durante la primera parte y critican acerbamente la corrupción de costumbres hasta el punto de considerar que no quedan verdaderos cristianos, salvo un grupo reducido de personas, que el censor identificó ya en 1531 con los iluminados.

☛ CARÓN. Soi contento. Pero mira también tú aquella ánima con cuánta soberbia viene. Algún sátrapa deve ser. Vamos a hablarla, que luego tornaremos a nuestra plática. Dime, ánima pecadora, ¿quién eres?

ÁNIMA. De los más nombrados predicadores que hovo en mis días. Nunca me puse a predicar que la iglesia no estuviese llena de gente.

CARÓN. ¿Qué arte tenías para esso?

ÁNIMA. Fingía en público sanctidad por ganar crédito con el pueblo y quando subía en el púlpito, procurava de endereçar mis reprehensiones de manera que no tocassen a los que estavan presentes, porque, como sabes, ninguno huelga que le digan las verdades.

CARÓN. Dessa manera no aprovechava tu sermón sino para que el malo perseverasse con mayor obstinación en sus vicios.

ÁNIMA. Ni aun yo quería otra cosa.

CARÓN. ¿Por qué?

ÁNIMA. Mira, hermano: si yo les dixera las verdades, quiza se quisieran convertir y vivir como christianos, y fuera menester que de pura vergüença hiziera yo otro tanto, y desto me quería yo bien guardar.

CARÓN. De manera que so color de predicar Jesu Christo predicavas Sathanás.

ÁNIMA. Yo no sé qué cosa es predicar Jesu Christo ni jamás aprendí otra arte sino ésta, y con ella he vivido más a mi sabor que un papa.

CARÓN. Pues paga el pasage, que allá te mostrarán a qué sabor has de vivir de aquí adelante.

ÁNIMA. ¿Yo passage? Como si no supieses tú que los frailes somos exemptos.

CARÓN. [Exentos] vosotros quanto quisierdes en el mundo, que aquí o me pagarás o me dexarás el ábito.

ÁNIMA. ¿El ábito? De muy buena voluntad. Oxalá me lo hovieras quitado en el mundo.

CARÓN. ¿Pesávate de traerlo?

ÁNIMA. Assí burlando.

CARÓN. ¿Por qué?

ÁNIMA. ¿Piensas que es poco trabajo haver [hombre] todavía de fingir sanctidad contra su voluntad?

CARÓN. Agora serás quito desse trabajo. ¿Qué te parece, Mercurio? Agora no me maravillo que vivan tan mal los christianos, pues tienes tales predicadores. Dime, ¿hay muchos semejantes a éste?

MERCURIO. Más que sería menester.

CARÓN. Acá les mostraremos cómo han de predicar.

(*Diálogo de Mercurio y Carón*)

En la segunda parte cambia la localización, esta vez situada en la montaña de subida al cielo; de las gentes que preten-

den subir, Valdés salva una por cada estado. En el siguiente fragmento Mercurio y Carón dialogan con el buen obispo:

☛ CARÓN. Cata, cata.

MERCURIO. Ya lo veo. Obispo parece en el hábito. Atajémosle el camino, que va muy apriessa.

CARÓN. Corre tú, pues eres más moço, que a la fe, a mi días ha que me nascieron canas.

MERCURIO. Hazia acá viene; esperemos, veamos lo que dirá.

ÁNIMA. Como conocí que me queríades hablar me vine hazia vosotros; por esso preguntad y decid lo que quisierdes.

MERCURIO. Tu resplandor nos ciega y espanta, y tu humildad y benigna habla nos combida a que no dexemos de rogarte que nos digas el estado que toviste en el mundo y de qué manera en él te governaste, pues tanta gloria mereces alcançar.

ÁNIMA. Lo uno será muy fácil de hacer y lo otro holgaré yo brevemente de contar, no por alabarme a mí, mas por divulgar la manera cómo tanto bien he alcançado, porque me puedan otros seguir y alcançar lo que yo alcanço. Havéis de saber que yo fuí obispo, y para tan alto grado y trabajoso lugar elegido de treinta años. Digo elegido, porque ni yo jamás le pedí, ni aun me pasó por pensamiento desearlo, conociéndome tan inábil y insuficiente para ello, que en ninguna manera lo osara dessear, antes, siéndome ofrecido, lo rehusé, diziéndoles que mirassen bien lo que hazían, que no se havían de proveer así los obispados [...]. Pues si miráis vosotros quán lexos están de mí estas virtudes y quán necessarias son a la dignidad y cargo que me queréis dar, soy cierto que no me lo daréis, especialmente que, dado que en mí las hoviesse, mi edad os las devría hazer tener por sospechosas. Con estos y otras semejantes razones me escusava quanto podía de tomar aquel cargo, nombrando personas que a mi ver mucho mejor que yo pudieran cumplir con un cargo tan importante. Pero quanto yo más me escusava de tomarlo, tanta más gana venía a todos de importunarme que lo tomasse, y a la fin lo hove de hazer. Y no olvidándome ni dissimulando saber qué era lo que havia tomado a cargo, y considerando ser officio de[ll] reprehensor que en él no haya qué reprehender, trabajé de ordenarme a mí y a mi casa, de manera que ni en mí ni en mis criados hallase ninguno cosa notable que reprehender. Porque de otra manera, ¿cómo reprehenderé yo al ambicioso, si me veen andar a mí procurando de trocar mi obispado por otro que rente más? ¿Cómo reprehenderé al avaro si yo no menosprecio el dinero, quanto más andar hambreado tras él? ¿Cómo reprehenderé al luxuriouso, si yo no soy casto, y al sobervio si yo no soy humilde, y al comilón si tengo por Dios mi vientre y al jugador si a mí me passa toda la noche jugando, y al clérigo caçador si mi casa está llena de perros, halcones y gavilanes? y finalmente, pareciéndome que si yo tenía en mi casa algún vicio no lo osaría reprehender en otro, y quando bien lo quisiese hazer, no ternía vigor mi reprehensión, procuré con mucho cuidado de ser yo tal que osasse reprehender los otros y toviessse mi reprehensión auctoridad. Después desto, porque no basta dar buen exemplo si no se amonesta al pueblo que lo ha de hazer, trabajava de enseñar a todos la doctrina christiana, pura y limpia, sin mezcla de vanidades ni supersticiones, y de apartarlos

de vicios y pecados, atrayendo unos con dádivas y halagos, y a otros con castigos y amenazas; pero de tal manera que conociesssen no moverme a ello afición ni pasión ni interesse mío particular, mas solamente el provecho general. Para esto tenía mis predicadores que me ayudavan, no tomados de por aí, sino muy escogidos, teniendo no menos respecto a su buena vida que a sus letras; y ellos por una parte e yo por otra nunca dexávamos de predicar y trabajar.

(Diálogo de Mercurio y Carón)

En esta segunda parte también refiere el desafío del rey de Francia al emperador y argumenta que en rigor, según las leyes de la caballería —entonces aún

vigentes—, no podía hacerlo, porque el Tratado de Madrid le obligaba a supeditarse a Carlos V.

☛ MERCURIO. Havido por el rey de armas el salvoconducto del Rey de Francia, a la misma hora partió de Fuenterrabía y vestida su cota de armas, entró en Francia, protestando que por haver pedido salvoconducto no entendía derogar a los previllejos y prehemencias de su officio, y así siguió su camino hasta cerca de la ciudad de París, donde pensava hallar al Rey de Francia. Mas el Rey, temiendo su venida, y por dilatar de oír lo que de parte del Emperador traía, andava por las florestas caçando, no permitiendo que el rey de armas le viniesse a hablar; mas como él continuasse en sus protestaciones, viendo que sin muy grande infamia no podía más detenerlo, se vino a París, donde en presencia de muchos grandes señores, perlados y cavalleros, así franceses como de otras naciones, fingió querer dar audiencia al rey de armas, mas en tal manera lo fingía que por otra parte mostrava bien la poca gana que tenía del combate.

CARÓN. ¿Cómo?

MERCURIO. Antes que el rey de armas entrasse, el Rey de Francia hizo un muy largo razonamiento a todos los que estaban presentes, diziendo las causas porque los havia ayuntado, y colorando su causa con palabras muy ajenas de la verdad lo menos mal que pudo, concluyendo que en ninguna manera quería oír palabra alguna al rey de armas del Emperador si primero no le dava la seguridad del campo, porque no quería sufrir que con palabras vanas se dilatasse el efecto de aquel combate.

CARÓN. Harto animosamente lo hazía.

MERCURIO. ¡Cómo eres o finges ser gran badajo! Havía detenido al rey de armas cinquenta días en Fuenterrabía y otros ocho o nueve andándose (caçando, y temía de esperar siquiera media hora mientras que el rey de armas dizía lo que le havia sido mandado, como si el Emperador estuviera ya en el campo esperando y no hoviera lugar de esperar ni aun media hora. Allende desto, si el Rey de Francia desseava tanto este combate, veamos: ¿con qué se dilatava más? ¿con oír o con dexar de oír al rey de armas? No oyéndole, quedava la cosa no solamente dilatada, mas del todo deshecha, porque si el desa-

DIÁLOGO DE MER-

CVRIO Y CARÓN: EN QUE ALLEN
DE DE MVCAS COSAS GRACIOSAS
y de buena doctrina: se cuenta lo que ha acae
scido en la guerra desde el año de mill y Qui
nientos y veynte y vno hasta los de
saños de los Reyes de Francia et
ynglaterra hechos al Em-
perador en el año de
M. D. xxiiij.



Derecha:
Portada de la primera edición
de *Diálogo de Mercurio y Carón*.

"y antes que el cuitado
pudiesse abrir la boca
para hablar, el Rey de
Francia, por espantarlo y
hazerle que se turbasse"
*Diálogo de Mercurio
y Carón* (pág. 385)

Antoine Jean-Gros:
*Carlos V es recibido
por Francisco I en la abadía de
Saint-Denis*
(h. 1810).
Museo del Louvre, París.



Derecha:
Prima autografía de Carlos V en
su testamento (Bruselas, 1554).

fiador no quiere oír la respuesta del desafío, claro está que rehusa el combate y confiesa el delito y no queda más que proceder en la causa. Oyéndolo, o traía aparejado lo que convenía para el combate o no; si lo traía, ya el Rey tenía lo que demandava; y si no, todo era tornarlo presto a embiar, y la dilación fuera muy poca en comparación de la que hasta allí él mismo había causado. Y a lo menos conocieran todos que no quedava por él, de manera que declarando no querer oír al rey de armas, declarava no tener gana del combate. Acabado su razonamiento, entró el rey de armas del Emperador, y antes que el cuitado pudiesse abrir la boca para hablar, el Rey de Francia, por espantarlo y hazerle que se turbasse para que no le dicesse la seguridad del campo que sabía él bien que traía consigo, le comienza con palabras furiosas a preguntar si había hecho lo que debía a su officio, que se acordasse de lo que había escrito de Fuenterrabía y con qué condición le había sido embiado el salvoconducto. El rey de armas, sin responder a esto, le supicó, como es costumbre, que le dicesse licencia para hazer su officio. El Rey de Francia insistía en que no le consentiría hablar palabra si primero no le dava la seguridad del campo, que fuesse hecha y ordenada como convenía. El rey de armas, por otra parte, dezía haverle sido mandado que él mismo leyese y que si él la quería oír, que se la leería, donde no que se la daría en sus manos con condición que le dexasse después usar de su officio. Estonces el Rey de Francia, no sabiendo qué responder a esto, ni queriendo recibir el cartel del Emperador, se levantó diciendo muy rigurosas palabras y se dexó allí el pobre rey de armas sin quererlo oír ni recibir el cartel que llevaba.

CARÓN. ¿Qué me dices?

MERCURIO. Esto que oyes.

CARÓN. Pues veamos: ¿qué hará agora el Emperador?

MERCURIO. ¿Qué quieres que haga si el Rey de Francia no quiere oír sus reyes de armas ni recibir sus carteles?

CARÓN. Arrastrarle ha las armas, y pintarlo ha como en semejantes casos se suele hazer.

MERCURIO. Antes me persuado yo tanto de su modestia y bondad que no se porná en hazerle una afrenta como essa, porque, aunque sea su enemigo, a la fin es príncipe y christiano y es honesto que se le tenga algún respeto, pues los buenos con virtud se precian vencer.

(*Diálogo de Mercurio y Carón*)

Tan pocas noticias como de su hermano tenemos de Juan de Valdés. En su caso, son los expedientes inquisitoriales en los que hubo de prestar declaración los que aportan alguna luz sobre su vida. Quizá se trasladara a la corte con su hermano Alfonso hacia 1520 y tal vez, como él, fuera discípulo de Pedro

Mártir de Anglería. Tres años después lo encontramos en Escalona entre la servidumbre del marqués de Villena; allí hubo de conocer a un personaje que seguramente ejerció una influencia decisiva sobre él: el consejero espiritual del marqués, Pedro Ruiz de Alcaraz, un iluminado que sería poco después pro-

cesado por la Inquisición. En 1528 Valdés se trasladó a Alcalá de Henares, donde cursó estudios universitarios y publicó el único libro suyo que vio impreso, el *Diálogo de la doctrina cristiana* (1529), por el que se le incoó un proceso inquisitorial que le obligó a emigrar a Italia. Desde 1531 estuvo bajo el amparo del papa Clemente VII y después bajo el de Carlos V, que lo nombró archivero de Nápoles, adonde se trasladó en 1534. Allí falleció en 1541 y allí se

tradujeron al italiano sus principales obras, que fueron publicadas póstumamente: el *Alfabeto cristiano* (Nápoles, 1546) y las *Ciento diez consideraciones divinas* (Basilea, 1550).

La única obra de Juan de Valdés que no tiene carácter religioso es el *Diálogo de la lengua*, que entra de lleno en el grupo de los textos humanistas que justifican la dignidad de las lenguas vulgares para tratar de asuntos graves, como los religiosos, filosóficos y científicos.

Pero podemos también, indudablemente, advertir otro propósito —más acorde con su actividad fundamental— en la redacción del *Diálogo*. Y es la preocupación que Valdés siempre sentía por hacer llegar a los discípulos sus ideas religiosas; su afán proselitista, en suma. Valdés [...] se dirigía siempre en español a su auditorio —o a sus lectores— de lengua italiana. Los cuales —aunque “ya en Italia, así entre damas como entre cavalleros se tiene por gentileza saber hablar castellano”— no siempre tendrían un dominio de la lengua española lo suficientemente amplio como para poder captar sin imprecisiones todas las enseñanzas de su consejero espiritual. Atendiendo a ello, y para facilitar a sus confidentes la comprensión de todo lo que les decía o escribía, se vería obligado a componer una guía práctica que les ayudara a familiarizarse con las peculiaridades del castellano.

(J. M. LOPE BLANCH, Introducción a su ed. del *Diálogo de la lengua*)

Fue editado por primera vez por el erudito valenciano Gregorio Mayáns i Siscar en sus *Orígenes de la lengua española* (Madrid, 1737).¹⁸ En el diálogo par-

ticipan cuatro personajes: el propio Valdés, Coriolano, Pacheco y Marcio. Los tres últimos son presentados por el propio Marcio al comienzo de la obra:

☛ MARCIO. Bien os devéis acordar cómo, al tiempo que agora ha dos años partistes desta tierra para Roma, nos prometistes a todos tres que conservaríades y entreterníades nuestra amistad, como avéis hecho, con vuestras continuas cartas. Agora sabed que, después de vos ido, nosotros nos concertamos desta manera, que qualquiera de nosotros que recibiese carta vuestra la comunicasse con los otros, y esto avemos hecho siempre así, y con ello avemos tomado mucho descanso, passatiempo y plazer, porque con la lición refrescávamos en nuestros ánimos la memoria del amigo ausente, y con los chistes y donaires, de que continuamente vuestras cartas venían adornadas, teníamos de qué reír y con qué holgar, y notando con atención los primores y delicade-

¹⁸ Sobre Mayáns v. el volumen correspondiente al siglo XVIII de esta *Antología comentada de la literatura española*, pp. 139-142.

zas que guardávades y usávades en vuestro escribir castellano, teníamos sobre qué hablar y contender, porque el señor Pacheco, como hombre nacido y criado en España, presumiendo saber la lengua tan bien como otro, y yo como curioso della, desseando saberla así bien escribir como la sé hablar, y el señor Coriolano, como buen cortesano, quiriendo del todo entenderla (porque, como veis, ya en Italia así entre damas como entre cavalleros se tiene por gentileza y galanía saber hablar castellano), siempre hallávamos algo que notar en vuestras cartas, así en lo que pertenecía a la ortografía, como a los vocablos, como al estilo; y acontecía que, como llegávamos a topar algunas cosas que no avíamos visto usar a otros, a los cuales teníamos por tan bien hablados y bien entendidos en la lengua castellana quanto a vos, muchas vezes veníamos a contender reziamente, cuándo sobre unas cosas y cuándo sobre otras, porque cada uno de nosotros o quería ser maestro o no quería ser discípulo. Agora que os tenemos aquí, donde nos podéis dar razón de lo que así avemos notado en vuestra manera de scivir, os pedimos por merced, nos satisfagáis buenamente a lo que os demandaremos, el señor Pacheco como natural de la lengua, y el señor Coriolano como novicio en ella, y yo como curioso della.

(*Diálogo de la lengua*)

Valdés aconseja escribir con propiedad, evitando la afectación y tomando como modelo el habla conversacional. Pero tanto más importantes que sus opiniones son los numerosos datos de índole fónica, morfológica, sintáctica o léxico-semántica que testimonian el

estado de la lengua española en el Renacimiento. Dado el carácter didáctico de la obra, Valdés instruye a sus interlocutores sobre los más variados aspectos del uso lingüístico, como por ejemplo sobre cuestiones ortográficas:

☛ VALDÉS. ¿De qué os reís?

MARCIO. Ríome de ver quán contra vuestra voluntad os hazemos hablar en estas niñerías, y huélgome de considerar la paciencia con que las tratáis.

VALDÉS. Dexad hazer, que algún día también yo me reiré de vosotros, o mal mandarán las manos.

MARCIO. A vuestro plazer, siempre me precié de tomar fiado. Agora me dezid por qué unas vezes escrivís *a* con *h* y otras sin ella.

VALDÉS. Por hazer diferencia de quando es verbo o quando es preposición, y así siempre que es verbo la escrivio con *h* y digo: *Quien ha buen vezino, ha buen maitino*, y también: *Quien asnos ha perdido, cencerros se le antojan*; y quando es preposición escrivola sin *h*, diziendo *A buen callar llaman Sancho*, y también *A carne de lobo, salsa de perro*, y *A perro viejo no cuzcuz*. Pero muy mejor veréis la diferencia que ay en el escribir *a* sin *h* o con ella en este refrán: *Quien lengua ha, a Roma va*; y para que veáis mejor lo que importa escribir *a* con aspiración o sin ella, mirad este refrán que dize: *Quien no aventura no gana*, el qual algunos no entienden por hallar escrita la primera *a* del *aventura* con aspira-

ción, porque piensan ser razón que quiere dezir, quien no tiene ventura no gana, en lo qual ya vosotros veis el engaño que reciben.

PACHECO. Eso stá bien dicho, pero ¿cómo hará quien no sabe conocer cuándo es verbo o cuándo es preposición.

VALDÉS. Si no sabe latín terná alguna dificultad, aunque no mucha si tiene un poco de discreción: si sabe latín, no terná ninguna, porque él mesmo se lo enseñará. Bien es verdad que ay algunos que, aunque saben latín, son tan descuidados en el escribir de una manera o de otra; y todavía es mi opinión que la ñorancia de la lengua latina que los tiempos passados ha avido en España, ha sido muy principal causa para la negligencia que avemos tenido en el escribir bien la lengua castellana.

(Diálogo de la lengua)

Clasifica los textos literarios en dos grandes bloques, según estén escritos en verso o en prosa, agrupando los líricos y los dramáticos entre los primeros y las traducciones, las novelas y la historia entre los segundos. Del primer grupo elogia a Juan de Mena, Manrique y la poesía cancioneril, así como a Encina y Torres Naharro; y del segundo,

las traducciones recientes de *La consolación de la filosofía* de Boecio (Sevilla, 1518) y del *Enchiridion* de Erasmo, la obra histórica de Mosén Diego Valera, algunas novelas de caballerías, sobre todo el *Amadís*; las sentimentales *Cuestión de amor* y la *Cárcel de amor*, y por último, *La Celestina*.

MARCIO. ¿Qué dezís de *Celestina*? Pues vos mucho su amigo soléis ser.

VALDÉS. De *Celestina*, me contenta el ingenio del autor que la començó, y no tanto el del que la acabó; el juicio de todos dos me satisfaze mucho porque sprimieron a mi ver muy bien y con mucha destreza las naturales condiciones de las personas que introduxeron en su tragicomedia, guardando el decoro dellas desde el principio hasta la fin.

MARCIO. ¿Quáles personas os parecen que stán mejor esprimidas?

VALDÉS. La de *Celestina* stá a mi ver perfetíssima en todo quanto pertenece a una fina alcahueta, y las de Sempronio y Pármeno; la de Calisto no stá mal, y la de Melibea pudiera estar mejor.

MARCIO. ¿Adónde?

VALDÉS. Adonde se dexa muy presto vencer, no solamente a amar, pero a gozar del deshonesto fruto del amor.

MARCIO. Tenéis razón.

PACHECO. Dexáos agora, por vuestra vida, de hazer anatomía de la pobre *Celestina*; basta que la hizieron los moços de Calisto. Dezidnos qué os parece del estilo.

VALDÉS. El estilo, en la verdad, va bien acomodado a las personas que hablan. Es verdad que peca en dos cosas, las quales fácilmente se podrían remediar, y quien las remediase, le haría gran honra. La una es en el amontonar de vocablos algunas vezes tan fuera de propósito como *Magnificat* a

maitines;¹⁹ la otra es en que pone algunos vocablos tan latinos que no s'entienden en el castellano, y en parte adonde podría poner propios castellanos, que los ay. Corregidas estas dos cosas en *Celestina*, soy de opinión que ningún libro ay escrito en castellano donde la lengua sté más natural, más propia ni más elegante.

(Diálogo de la lengua)

Bataillon asegura que en sus opiniones sobre materias lingüísticas y literarias Valdés demuestra un gusto refinado.

Sus reflexiones sobre las novelas son tanto más preciosas cuanto que, en esta materia, él lo había leído todo. Esa lectura había sido su principal ocupación durante diez años, los mejores de su vida: diez años de ocios en la Corte o en el palacio de Escalona, que habían terminado con la invasión erasmiana, el descubrimiento de San Pablo y el aprendizaje de griego en Alcalá. Si se había despedido de las novelas, guardaba de ellas todavía un recuerdo preciso, y las juzgaba sin pasión. No nos atreveríamos a decir que las consideraciones morales no tienen importancia para él en presencia de las obras de arte. Sin embargo, es preciso reconocer que en el *Diálogo de la lengua* se nos muestra practicando en Chiaja un género de crítica libre de todo moralismo.

(M. BATAILLON, *Erasmo y España*)

ANTONIO DE GUEVARA

Se cree que Antonio de Guevara nació en Treceño, en la provincia de Cantabria, hacia 1480. Hijo de una ilustre familia montañesa, sirvió de paje en la corte hasta que fallecieron el príncipe Juan y la reina Isabel. Tomó entonces el hábito de la orden franciscana, en la cual adquirió fama de gran predicador, que quizá llegase a oídos del emperador, a favor del cual, por cierto, se inclinó en la guerra de Comunidades. Carlos V le nombró predicador áulico (1521) y después cronista de la Cancillería imperial (1526). Por orden imperial actuó de inquisidor en la conversión de los moriscos valencianos y andaluces. Fue designado obispo de Guadix en 1528 y de Mondoñedo en 1537, ciudad en la que falleció ocho años después (1554).

En realidad no llegó a residir de manera estable en las sedes episcopales para cuya jurisdicción fue nombrado, porque estaba continuamente junto al emperador,

sobre el cual ejerció considerable influencia, hasta el punto de atribuírsele la autoría de algunos discursos de Carlos V y de considerársele uno de los artífices de su idea imperial.

En 1529 publicó en Valladolid el *Libro llamado Relox de príncipes*. Guevara refundía en él una obra



Finis autem...
que...

¹⁹ El *Magnificat* se canta, en realidad, al final de las vísperas.

anterior, que había circulado manuscrita con el título de *Libro áureo de Marco Aurelio*. El *Relox de príncipes* es una obra singular, que se presenta como un manual de buen gobierno tomando de modelo al emperador Marco Aurelio. Guevara aparece como un docto tratadista, que maneja su información de numerosas fuentes clásicas con un propósito doctrinal claro.

✎ Acaso passando un día una historia, hallé en ella esta historia acotada, y una epístola en ella inserta, y paresçieme tan buena que puse todo lo que las fuerças humanas alcançan a buscarla. Después de rebueltos muchos libros, andadas muchas librerías, hablado con muchos sabios, pesquisado por muchos reynos, finalmente descubriole en Florençia entre los libros que dexó Cosme de Médicis, varón por cierto de buena memoria.

(*Relox de príncipes*)

Sin embargo, la sorpresa llega cuando se averigua que la mayoría de estas fuentes son inventadas, fruto de una fértil imaginación que creó toda una superchería histórica y, como es fácilmente conjeturable, una parodia de las obras eruditas de curiosísimo valor literario.

Según parece, mantuvo esta manera de hacer en sus obras restantes, buena parte de ellas publicadas en 1539: *Vida de los diez emperadores romanos o Una década de Césares*, *Aviso de privados y doctrina de cortesanos*, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, *De los inventores del arte de marear y de muchos trabajos que se pasan en las galeras* y las *Epístolas familiares* (1539-1541). Incluso en sus obras de índole religiosa, *Oratorio de religiosos y*

ejercicios de virtuosos (1542) y *Libro llamado Monte Calvario* (1545), Francisco Márquez Villanueva localizó numerosas anécdotas apócrifas, que pudieran responder, por encima de cualquier propósito doctrinal, a una intención deliberada de entretener al público lector.

María Rosa Lida estimó que la obra de Guevara es continuadora de la tradición medieval, aun cuando integre elementos erasmistas, desde luego ajenos a su personalidad, pero muy de moda en su tiempo. No es raro que se haya mantenido por lo común que su estilo supone una prolongación de la prosa culta del siglo xv; en todo caso, resulta retórico en exceso y aun, considerado de otro modo, pudiera ser tildado de manierista.

Las caracterizaciones que del estilo de Guevara se han venido proponiendo desde el momento mismo de su *boom* editorial en la Europa del siglo xvi, hasta ahora, son un mar de aparentes contradicciones ya que le sitúan en los extremos de sencillez, por una parte, y afectación, por otra. En lo que toca a situarle generacionalmente, los críticos no se andan más concertados: tanto se le juzga un auténtico medieval, como "uno entre los humanistas" y, puestos a situarle en el mundo moderno, se ha visto en él tanto a un renacentista como a un barroco. En este maremágnum una sola cosa está clara: que, antiguo o moderno, lo que nadie puede negar es el carácter retórico de su prosa [...].

Sin embargo, en el caso de Guevara se viene achacando la acumulación de figuras a preferencias personales, no tanto como selección sino como conservadurismo inmo-

vilista, que estaban en desacuerdo con la norma de equilibrio clasicista en que le correspondía inscribirse. En efecto, si Guevara nació hacia 1480, sus años de aprendizaje y aún los de la primera madurez, corresponderían al período que Menéndez Pidal ha llamado "época de Nebrija", período que "viniendo de los últimos años del siglo anterior, llega hacia 1525". Precisamente el hecho de que, siendo fray Antonio un hombre de aquel momento, haya sido un escritor al que muy difícilmente podríamos denominar ciceroniano, ha hecho tan difícil el juzgarlo con equilibrio y tan pronto se le considere el creador de la literatura moderna, como sorprenda su conservadurismo medieval, ya que desde el *Marco Aurelio* o *Relox de príncipes* su prosa retórica, mejor se entronca con la de san Ildefonso que con aquel buen gusto que, fomentado por la reina Isabel, impulsó Nebrija a su regreso de Italia, tal como él mismo afirmaba.

(LÓPEZ-GRIGERA, "Algunas precisiones sobre el estilo de Antonio de Guevara")

El estilo de Guevara es un medio de aristocráticos a los que pertenecía por reafirmación personal para distanciarse derecho propio, según argüía incansablemente del vulgo e integrarse en los círculos

Guevara escribía [...] para situarse posesivamente en el mundo social de su tiempo; pero, simultáneamente, escribía por el simple gusto de escribir. Era en ese sentido un escritor nato, entusiasta propietario de una retórica, con algo simbólico "varón verboso" (como Castelar, a quien llamaba así Rubén Darío) del Renacimiento castellano.

(J. MARICHAL, *La voluntad de estilo*)

El título del tratado *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* evoca inmediatamente el tópico horaciano del *Beatus ille*; sin embargo, el propósito de Guevara no es tan obvio como pudiera parecer a primera vista:

Algunos textos y documentos contemporáneos nos permiten comprender el objetivo de Guevara al escribir el *Menosprecio*. Tales documentos nos señalan la grave crisis económica, demográfica y social por la que atraviesa Castilla, y con ella muy particularmente el campo, por los años en que Guevara publica su obra: malos cultivos y peores cosechas, epidemias de peste, éxodo rural hacia la ciudad, por el mayor atractivo de ésta. Toda una serie de fenómenos se conciertan para producir un movimiento migratorio de los hidalgos aldeanos hacia la ciudad, donde se convierten en parásitos sociales. A fin de paliar este grave problema social de abandono del campo y del crecimiento desorbitado de la ciudad, Guevara propone la radicación de los hidalgos en sus aldeas de origen.

Comprendemos mejor por qué los argumentos de orden financiero y material ocupan un lugar tan destacado en la argumentación del franciscano y por qué adorna la vida del campo con todos los atractivos. Éste es también la razón de que evoque al hidalgo aldeano ocupándose de su patrimonio y ayudando a las labores campestres sin menoscabo de su honra. Guevara no había desdeñado exaltar el trabajo, y en el *Relox de príncipes* de 1529, donde manifiesta sus ideas políticas, no vaciló en escribir que la Edad de Oro era aquella en la que cada cual trabajaba la tierra y ganaba su pan con el sudor de su frente, aunque más tarde la presentase de una forma más tradicional.

Si el franciscano estima que el caballero no está destinado a actividades rústicas, cree que no es éste el caso de la pequeña nobleza, cuyos miembros tienen que desempeñar una función de dirigentes rurales, y que, por ejemplo, ocupándose de sus tierras, deben favorecer el desarrollo armonioso de la agricultura, permitiendo así que se frene la crisis económica. Trata, pues, de poner coto a la migración de hidalgos hacia la ciudad, y, paralelamente, de convencer a los que ya se encuentran en la ciudad para que vuelvan a sus aldeas.

(A. REDONDO, *L'humanisme dans les lèttres espagnoles*)

El párrafo siguiente, que pertenece al segundo capítulo de la obra, revela que la posición de Guevara está lejos del senequismo que se le atribuía y, en cambio, establece un criterio personal indiscutible:

En quanto en este mundo bivimos todo lo desseamos, todo lo tentamos, todo lo procuramos y aun todo lo provamos; y al fin, después de todo visto y gustado, con todo nos cansamos con todo nos ahitamos. Muy gran parte de nuestro descontento está en que lo mucho nuestro nos parece poco y lo poco ageno nos parece mucho. A la riqueza nuestra llamamos trabajo y en la pobreza agena dezimos que está el reposo. El estado que los otros tienen aprovamos y a nuestra manera de bivar condenamos. Velamos por alcançar una cosa y desvelámonos por salir luego della. Imaginamos que biven todos contentos y que solos nosotros somos los desdichados, y lo peor de todo es que creemos en lo que soñamos y no damos fe a lo que vemos. Qué camino tomaremos o qué estado seguiremos ninguno lo puede saber y menos a otro aconsejar, pues vemos que si el navegar es peligroso, también el estar en calma es enojoso. En caso de bivar, muchas vezes vemos que se caen muertos los sanos y escapan los oleados.²⁰ En caso de caminar vemos que muchas vezes llega más aína²¹ el que no dexó el camino y se perdió el que fué por el atajo. En caso del tener y del valer vemos muchas vezes que bive más contento uno con lo poco que tiene que otro con lo mucho que vale. En caso del favor o disfavor vemos muchas vezes que la fortuna favorece más a los que están holgando que no a los que andan sudando. Puédese de todo lo sobredicho coligir que no ay en este mundo cosa más cierta que ser todas las cosas inciertas. Aplicando, pues, lo dicho a nuestro propósito, dezimos que es gran temeridad, y aun no sé si liviandad, aconsejar a nadie que sea casado, aprenda letras, siga la guerra, se haga clérigo, se meta religioso, aprenda officio o ande a palacio; porque en este caso nadie se ha de atar a lo que otro le dize, sino mirar la inclinación que tiene. Plutarco, en los libros *De republica*, loa mucho al divino Platón, en la academia del qual primero provavan a los discípulos que le traían las inclinaciones que tenían, que no que les enseñassen las sciencias que querían; por manera que si veían ser inclinado a las letras, quedávase en la academia, y si no, tornávase a deprender²² officio

²⁰ *Oleados*: los que, a punto de morir, reciben los santos óleos.

²¹ *Más aína*: más pronto.

²² *Deprender*: aprender.

en la república. Alcibiades el griego, aunque le pusieron desde muy niño al estudio, muy mejor maña se dió después en el pelear que entonces se dió en estudiar. Al que es inclinado a ceñir espada muy mal se le assienta la estola. Al que de su natural es encogido, pecado sería llevarle a palacio. A la que dessea tener marido, muy pesado se le hará el velo negro. Al que es inclinado a picar muelas en valde le enseñan amolar navajas. Al que de suyo se da al texer, pecado es mandarle pintar. Lo que dezimos destos pocos oficiales podríamos dezir y exemplificar de todos los otros. Aconsejar a uno que tome alguna manera de bivar, lóolo; mas señalarle el officio que ha de tomar, reprüévolo. Licurgo, dador que fué de las leyes de los lacedemoneos, mandó que sus padres pusiesen a sus hijos a officios, cumplidos catorce años, no en los que ellos quisiessen, sino en aquéllos a que los hijos se inclinassen. Después que uno uviere elegido manera de bivar puédele su amigo avisar cómo en ella se ha de gobernar; porque ya puede ser que acierte uno en el estado que elige y después yerre en todo lo que en él haze. Dexemos ya de hablar por circunloquios y declaremos del todo nuestros conceptos para ver lo que sentimos y aun lo que al lector aconsejamos; porque a la caça no basta que se levante, sino que se alcance. Aconsejar a uno que dexé la corte y se vaya a su casa, o que dexé su casa y se vaya a la corte, el tal consejo ni le admite criança darle ni cabe en cordura tomarle; porque va mucho de lo que yo puedo a mi amigo aconsejar a lo que a él le conviene hazer. Lo que en este caso ossaríamos dezir es que el hombre eligiesse tal estado y morasse en tal lugar a do más honestamente se pueda sustentar y do más limpiamente pudiesse bivar y a do más seguramente ossasse morir. Muchas vezes se muda un hombre de una terra a otra, de un barrio a otro, de una casa a otra y aun de una compañía a otra; y al fin, si de la una tenía pena, de la otra muestra quexa; y la razón dello es porque él echava la culpa a la condición de la tierra y estava todo el daño en su condición mala. ¿Qué más diremos sino que en la corte, en la ciudad, en la aldea, en la venta, en el yermo y en el mercado vemos al virtuoso estar corregido y vemos al malo andar dissoluto? El vicio y el vicioso son los que andan a buscar oportunidad para ser malos; que la virtud y el virtuoso a do quiera hallan lugar para ser buenos. No ay estado en la iglesia de Dios tan absoluto en que uno no se pueda salvar, ni ay estado tan recogido a do no aya ocasiones para se perder; porque los officios, estados y preeminencias son como la rosa del campo, de la qual haze su miel el abeja y aun su ponçoña la araña. Para hombre bueno no ay officio malo, ni para hombre malo ay officio bueno; porque tal ha de ser el hombre que presume de bien que el officio se honre con él y no él con el officio. El príncipe puédese salvar haziendo justicia y puédese condenar usando tiranía. El cavallero puédese salvar peleando y puédese condenar robando. El eclesiástico puédese salvar sirviendo su iglesia y puédese condenar entrando por simonía. El religioso puédese salvar contemplando y puédese condenar murmurando. El casado puédese salvar criando sus hijos y puédese condenar con ilícitos adulterios. El rico puédese salvar haziendo limosnas y puédese condenar dando usuras. El labrador puédese salvar arando y puédese condenar pleyteando. El pastor puédese salvar guardando su ganado y puédese condenar pasciendo el pan ageno. Y por

Derecha: Pieter Brueghel:
La cosecha o Julio
(h. 1565, detalle).
Museo Nacional, Praga.



Debajo:
Portada de la edición
de Juan Gracián
(Alcalá de Henares, 1592)
de *Menosprecio de corte y
alabanza de aldea*.

LIBRO LLAMADO

MENOSPRECIO
DE CORTE Y ALABANCA DE
Aldea. Compuesto por el illustre señor don
Antonio de Guevara, Obispo de Mé-
dina, Predicador, y Chroni-
sta, y del Consejo de su
Magestad.

En el qual se tocan muchas y muy buenas doctrinas pa-
ra los hombres que aman el reposo de sus casas, y
abhorrecen el bullicio de las Cortes.



EN ALCALÁ DE HENARES.
Impreso con licencia de su Magestad en casa de Iu-
dicio de Lugo, año de 1592.

que no parezca que hablamos de gracia provemos todo lo que hemos dicho con escritura auténtica. En el estado de reyes, el rey David fué bueno y el rey Saúl fué malo. En el estado de sacerdotes, Matatías fué bueno y Onías fué malo. En el estado de profetas, Daniel fué bueno y Balaam fué malo. En el estado de pastores, Abel fué bueno y Abimelec fué malo. En el estado de casados Tobias fué bueno y Ananías fué malo. En el estado de biudas, Judit fué buena y Jezabel fué mala. En el estado de ricos, Job fué bueno y Nabab fué malo. En el estado de consejeros, Aquitofel fué bueno y Cusi fué malo. En el estado de caçadores, Jacob fué bueno y Esaú fué malo. En el estado de los apóstoles, San Pedro fué bueno y Judas fué malo. He aquí, pues, provado en cómo el ser buenos o ser malos no depende del estado que eligimos, sino de ser nosotros bien o mal disciplinados. Si le aconsejamos que salga de la corte, dize que tiene allí negocios. Si le aconsejamos que sirva en palacio, dize que no es nada entremetido. Si le aconsejamos que sea eclesiástico, dize que no se amaña a rezar. Si le aconsejamos que sea fraile, dize que no podrá ir a maitines. Si le aconsejamos que siga la guerra, dize que no es amigo de poner en peligro la vida. Si le aconsejamos que se case, dize que no puede ver llorar muchachos. Si le aconsejamos que guarde continencia, dize que es intolerable la soledad. Si le aconsejamos que aprenda officio, dize que no descende él de tales parientes. Si le aconsejamos que aprenda letras, dize que es flaco de cabeza. Si le aconsejamos que se retraiga ya a su casa, dize que no se hallará sin conversación. Presupuesto que es verdad, como es verdad, todo esto, nadie deve aconsejar a nadie en cosa que toca a honra o al reposo de su vida; porque después más se quejará el tal de lo que entonces le aconsejaban que no de lo que después padesce.

(*Menosprecio de corte y alabanza de aldea*)

Se ha alegado que Guevara no condena de manera clara la vida cortesana, ni se atiene al rigor filosófico del *Beatus ille* horaciano. Probablemente su actitud no fuera, en realidad, sincera, porque lo que ensalza de la vida rural no refleja sino un anhelo de sosiego propio de quien, como él, estaba inmerso en el trá-

fago cortesano, en los círculos de poder, pero sin voluntad de alejarse de ellos, de abandonar su posición de privilegio en beneficio de una tranquilidad idealizada. Es más, sus alusiones a los placeres del campo parecen más hedonistas que estoicas.

Es privilegio de aldea que todos los que allí moraren sientan menos los trabajos y gozen mucho mejor las fiestas, lo qual no es assí en la corte y gran república, a do con la gran confusión de negocios y con andar siempre amontonados, ni nunca traen consigo alegría, ni sienten en su casa cuándo es la fiesta. ¡O cuán fuera desto están los que biven en el aldea!; porque el día de la fiesta repica mucho el sacristán, riega el día antes la iglesia, empina²³ quando tañe

²³ *Empinar las campanas*: voltear las campanas.

las campanas, canta a su hora la missa, viste sobrepelliz el sacristán, hinche y alimpia la lámpara, dan pan bendito el domingo, echan las fiestas de entresemana, declara el cura el Evangelio, descomulgan a los que no han dezmado,²⁴ hazen después de missa concejo, matan para los enfermos carnero, vístense los sayos de fiesta, offrescen aquel día todos, juegan a la tarde al herrón,²⁵ tocan en la plaza el tamborino, bailan las moças so el álamo, luchan los moços en el prado, andan los mochachos con cayados, visítanse los desposados; y aun si es la vocación²⁶ del pueblo, no es mucho que corran un toro. En la corte la señal de que ay fiesta es afeitarse²⁷ las mugeres, levantarse tarde los hombres, ponerse de çapatillas coloradas las moças, almorçar antes de missa los moços, poner manteles limpios a la mesa, jugar al triunfo después de comer, visitar a las paridas, murmurar en la iglesia de las vezinas y merendar las comadres.

Es privilegio de aldea que los que allí moraren coman las aves escogidas y las carnes manidas, del qual privilegio no gozan los que residen en la corte y están en grandes ciudades, a do compran las aves viejas y las carnes flacas. ¡O vida bienaventurada la del aldea!, a do se comen las aves que son gruesas, son nuevas, son cebadas, son sanas, son tiernas, son manidas, son escogidas y aun son castizas. El que mora en el aldea come palominos de verano, pichones caseros, tórtolas de jaula, palomas de encina, pollos de enero, patos de mayo, levancos de río, lechones de medio mes, gazapos de julio, capones cebados, ansarones de pan, gallinas de cabe el gallo, liebres de dehesa, conejos de zarçal, perdigones de rastrojo, peñatas de lazo, codornices de reclamo, mirlas de vaya y çorçales de vendimias. ¡O no una, sino dos o tres veces gloriosa vida de aldea!, pues los moradores della tienen cabritos para comer, ovejas para cezinar, cabras para parir, cabrones para matar, bueyes para arar, vacas para vender, toros para correr, carneros para añejar, puercos para salar, lanas para vestir, yeguas para criar, muletas para emponer, leche para comer, quesos para guardar; finalmente, tienen potros cerriles que vender en la feria y terneras gruesas que matar en las Pascuas.

Es privilegio de aldea que allí sea el bueno honrado por bueno y el ruin conocido por ruin, lo qual no es assí en la corte ni en las grandes repúblicas, a do ninguno es servido y acatado por lo que vale, sino por lo que tiene. ¡O cuánto es honrado un bueno en una aldea!, a do a porfía le presenta las guindas el que tiene guindalera, brevas el que las tiene tempranas, melones si le salieron buenos, uvas si las tiene moscateles, panales el que tiene colmenas, palominos de la primera cría, morcillas si mata puerco, gazapos el que los arma, fruta el que tiene huerta, truchas el que tiene red, besugos quien va al mercado y aun hojaldras quien amasa el sábado.

Es privilegio de aldea que cada uno case sus hijas con otros sus iguales y vezinos, del qual privilegio no gozan los que andan en corte y moran en gran-

²⁴ Los que no han pagado diezmos.

²⁵ *Herrón*: juego que consistía en tirar a distancia una pieza redonda de hierro con un agujero en medio para introducirla en un clavo hincado en el suelo.

²⁶ *Vocación*: advocación o santo del pueblo.

²⁷ *Afeitarse*: arreglarse con afeites, maquillarse.

des pueblos, los quales casan a sus hijos tan apartados de sí que más vezes los lloran que los gozan. ¡O cuán más bienaventurado es un labrador que no uno señor!, pues a pared y medio de su casa halla esposos para sus hijas y mugeres para sus hijos. Cásalos cabe su casa, regálase con sus nueras, hónrase con sus yernos, acompañase con sus suegros, combídanse a las Pascuas, cómprales algo en las ferias, búrlase con los nietos, da aguinaldo a las nietas, mejora a la hija más querida y regala a la nuera que tiene en casa.

(*Menosprecio de corte y alabanza de aldea*)

Historiadores y cronistas de Indias

En el siglo XVI el cultivo de la historia gira en torno a dos temas primordiales: la política imperial y la conquista y colonización de América. Las actitudes de afrontar los estudios históricos son, en cambio, muy diferentes, según la formación cultural del escritor, que podía ser un erudito de filiación humana o un cronista espontáneo de primera línea en la conquista del nuevo continente.

Cabe encuadrar en el primer grupo a Pero Mexía (1499-1551), que al ser nombrado cronista imperial cuando falleció Guevara, se embarcó en la redacción de una *Historia del emperador Carlos V*, que dejó inconclusa; Luis de Ávila y Zúñiga (1500-1564), autor del *Comentario de la guerra de Alemania*, o Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), personaje muy activo en la corte de Carlos V y de Felipe II, que por un incidente palaciego lo desterró a Me-

dina del Campo y luego le ordenó incorporarse al ejército que iba a sofocar la sublevación de los moriscos de las Alpujarras, sin que ello supusiera levantar su destierro, que continuó en Granada hasta 1574, poco antes de fallecer. Como consecuencia de los sucesos de los que fue testigo directo y aprovechando su destierro en Granada, Hurtado de Mendoza redactó su historia de la *Guerra de Granada*, que fue publicada póstumamente (Lisboa, 1627). Lo más importante de la obra no es tanto el episodio que relata, poco ejemplar —y aun menor o marginal, según se ha dicho— en el marco de la política imperial, como la actitud crítica con que juzga los sucesos y el cuidadoso estilo que emplea, afectado por sus modelos clásicos, Tácito y Salustio. Así refiere cómo se fraguó la sublevación:

☛ Había en el reino de Granada costumbre antigua, onmo la hay en otras partes, que los autores de delitos se salvaran, y estuviesen seguros en lugares de señorío; cosa que mirada en común, y por la haz, se juzgaba que daba causa a más delitos, a favor a los malhechores, impedimento a la justicia y desautoridad a los ministros de ella. Pareció por estos inconvenientes, y por ejemplo de otros estados, mandar que los señores no acogiesen gentes de esta calidad en sus tierras; confiados que bastaba sólo el nombre de justicia, para castigarlos donde quiera que anduviesen. Manteníase esta gente con sus oficios en aquellos lugares, casábanse, labraban la tierra, dábanse a vida sosegada. También

G V E R R A DE GRANADA.

HECHA POR EL REI DE ESPAÑA don Philippe II. nuestro señor contra los Moriscos de aquel reino, sus rebeldes.

Historia escrita en quatro libros.

Por don Diego de Mendoza, del consejo del Emperador don Carlos V. su Embaxador en Roma, i Venecia; fu Governador i Capitan General en Toscana.

Publicada por el licenciado Luis Tribaldos de Toledo, Chronista mayor del Rey nuestro señor por las Indias, residente en la corte de Madrid, i por el dedicada

A don Vicente Noguera, Referendario de ambas Signaturas de su Sanctidad, del Consejo de las dos Magestades Cesarea i Catholica, gentil hombre de la Camara del Archiduque de Austria Leopoldo.

Con todas las licencias necessarias

E N L I S B O A.

Por Giraldo de la Viña. Con privilegio. Año 1627

Los historiadores.

Arriba:

Izquierda:
Jerónimo de Zurita.
En *Retratos de los Españoles Ilustres con un Epitome de sus Vidas*.
Imprenta Real, Madrid, 1791.

Derecha:
Portada de la edición de Giraldo de la Viña, (Lisboa, 1627) de *Guerra de Granada hecha por el rei de España don Philippe II...* de Diego Hurtado de Mendoza.

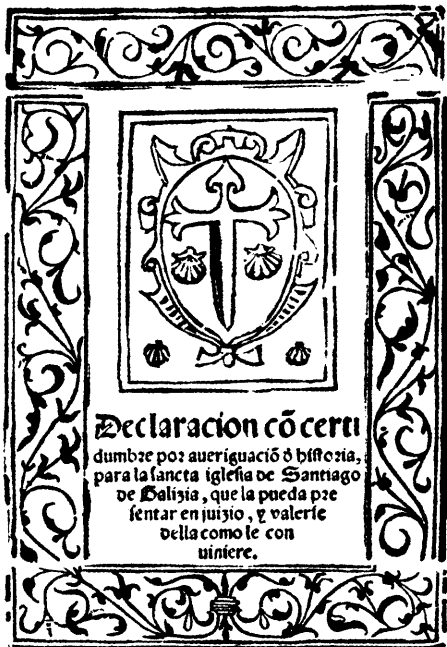
Debajo:
Portada de *Declaración con certidumbre por averiguacion de historia, para la sancta iglesia de Santiago de Galizia*, de Ambrosio de Morales.
Francisco de Cea Tesa ed., Córdoba, 1588.

les prohibieron la inmunidad de las iglesias arriba de tres días; mas después que les quitaron los refugios, perdieron la esperanza de seguridad, y diéronse a vivir por las montañas, hacer fuerzas, saltar caminos, robar y matar. Entró luego la duda tras el inconveniente, sobre a qué tribunal tocaba el castigo, nacida de competencia de jurisdicciones; y no obstante que los generales acostumbraban hacer estos castigos, como parte del oficio de la guerra; cargaron a color de ser negocio criminal, la relación apasionada o libre de la ciudad, y la autoridad de la audiencia, y púsose en manos de los alcaldes, no excluyendo en parte al Capitán General. Dióseles facultad para tomar a sueldo cierto número de gente repartida pocos a pocos, a que usurpando el nombre llamaban cuadrillas; ni bastantes para asegurar, ni fuertes para resistir. Del desdén, de la flaqueza de provisión, de la poca experiencia de los ministros en cargo que participaba de guerra, nació el descuido, o fuese negligencia o voluntad de cada uno que no acertase su émulo. En fin fue causa de crecer estos salteadores (monfies los llamaban en lengua morisca), en tanto número, que para oprimirlos, o para reprimirlos no bastaban las unas, ni las otras fuerzas. Éste fue el cimiento sobre que fundaron sus esperanzas los ánimos escandalizados y ofendidos; y estos hombres fueron el instrumento principal de la guerra. Todo esto parecía al común cosa escandalosa pero la razón de los hombres, o la providencia divina (que es lo más cierto), mostró con el suceso, que fue cosa guiada para que el mal no fuese adelante, y estos reinos quedasen asegurados mientras fuese su voluntad. Siguiéronse luego ofensas en su ley, en las haciendas, y en el uso de la vida, así cuanto a la necesidad, como cuanto al regalo, a que es demasadamente dada esta nación; porque la Inquisición los comenzó a apretar más de lo ordinario. El Rey les mandó dejar la habla morisca, y con ella el comercio y comunicación entre sí; quitóseles el servicio de los esclavos negros a quienes criaban con esperanzas de hijos, y el hábito morisco en que tenían empleado gran caudal: obligáronlos a vestir castellano con mucha costa, que las mujeres trajesen los rostros descubiertos, que las casas acostumbradas a estar cerradas, estuviesen abiertas; lo uno y lo otro tan grave de sufrir entre gente celosa. Hubo fama que les mandaban tomar los hijos y pasarlos a Castilla: vedáronles el uso de los baños, que eran su limpieza y entretenimiento; primero les habían prohibido la música, cantares, fiestas, bodas, conforme a su costumbre, y cualesquier juntas de pasatiempo. Salió todo esto junto, sin guardia, ni provisión de gente; sin reforzar presidios viejos, o afirmar otros nuevos. Y aunque los moriscos estuviesen prevenidos de lo que había de ser; les hizo tanta impresión, que antes pensaron en la venganza que en el remedio.

(D. HURTADO DE MENDOZA, *Guerra de Granada*)

Otros historiadores de importancia, ambos rigurosos eruditos, muy atentos a la documentación de su obra, son el monje Jerónimo Ambrosio de Morales (1523-1591), cuyo concepto de la histo-

ria resulta de gran modernidad, porque atiende tanto a sucesos políticos y militares como administrativos, religiosos, literarios, costumbres, antigüedades, etc., y Jerónimo de Zurita (1512-2580),



autor de los célebres *Anales de la Corona de Aragón* (Zaragoza, 1562-1580).

Capítulo aparte merece el jesuita Juan de Mariana (1535-1624), que se vio envuelto en no pocos conflictos de diversa índole, aun con la Inquisición y los superiores de la Compañía, por la independencia de criterio que manifestó en sus obras, entre las cuales destacan: *De rege et de regis institutione* (Toledo, 1599), que justifica *in extremis* el tiranicidio; sus

Tractatus septem (Colonia, 1609), en uno de los cuales censura la corrupción administrativa; el *Discurso de las cosas de la Compañía*, que produjo una reacción negativa entre sus superiores, y su *Historia general de España* (Toledo, 1601), publicada previamente en latín con el título de *Historiae de rebus hispaniae libri XXX* (Toledo, 1592) con el propósito de ensalzar el imperio español, dando a conocer su historia en Europa.

El patriotismo y el propósito capital de escribir un libro para contar al mundo los grandes hechos de España, no impiden que Mariana se muestre censor severo de los hombres y los hechos de su país, hasta el punto de que muchos juzgaron que, en algunos pasajes, su lectura podía resultar contraproducente [...]. Para poder escribir con libertad y no molestar a algunas personas si decía la verdad, o faltar al deber si callaba, detiene la obra en la época de los Reyes Católicos.

Aunque los sucesos políticos y, de modo particular, los hechos de los reyes ocupan preferentemente su atención, el padre Mariana recoge motivos muy diversos, sobre todo de índole religiosa y cultural. Su sentido nacional, encarnado en Castilla, no mengua la importancia que concede a los restantes reinos peninsulares, pero todo queda englobado en un conjunto, presidido por el concepto de la unidad de España.

(J. L. ALBORG, *Historia de la literatura española*, I)

El género de las denominadas *crónicas de Indias* está íntimamente vinculado a la narración de la experiencia personal de quienes participaron en el descubrimiento, la conquista y la colonización de América, y se inicia con el *Diario de navegación* y las *Cartas* del propio Cristóbal Colón (1451-1506).

Conocemos algunos extractos y fragmentos del primero gracias a fray Bartolomé de las Casas, que los publicó en su *Historia de las Indias*; las *Cartas* alcanzaron en su tiempo una difusión enorme por toda Europa, gracias a su temprana traducción al italiano y al latín.

Al entrar en contacto con las tierras de Indias, los primeros viajeros europeos veían desarrollarse ante sus ojos, evidentemente maravillados, un espectáculo completamente inédito. Era un mundo nuevo, en toda la fuerza de la expresión; su atención se veía solicitada a cada paso por algún detalle sorprendente, por algún objeto desconocido, para los cuales resultaba inútil buscar equivalentes o correspondencias en su experiencia de europeos. Estos hechos inéditos, esta observación de objetos que nadie había contemplado hasta entonces y que, por consiguiente, ellos son los que describen por primera vez, ¿cómo iban a describirlos o referirlos? ¿Qué procedimientos podían tener a su disposición aquellos viajeros?, ¿qué medios estilísticos y qué cánones literarios podían servirles de guía?

[...] Debido a esta escasez de medios descriptivos, Colón resulta ser un extraño poeta del paisaje americano, que nunca describe en sí y por sí, sino que lo evoca y lo

vuelve a crear por medio de la oposición y de la comparación: los árboles de las Indias, para él, "todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche"; y por otra parte "las noches templadas como en mayo en España, en el Andalucía". Las indicaciones descriptivas que se obtienen por medio de estos procedimientos paralelísticos son sumamente imprecisas y conducen casi siempre a falsas representaciones.

(A. CIORANESCU, *Colón, humanista*)

Hernán Cortés (1485-1547) dirigió al emperador cinco *Cartas de relación* de la conquista de México, que han sido encomiásticamente elogiadas e incluso comparadas con los *Comentarios de la guerra de las Galias* de Julio César. Para justificar la calidad estilística de su prosa, se ha ponderado asimismo la formación del conquistador extremeño en su

tierra natal y en Salamanca sobre bases documentales muy discutibles y contradictorias. Cortés no idealiza cuanto observa ni ofrece un panorama exótico como Colón, sino que describe con precisión lo que ve con propósitos utilitarios (militares, políticos, agropecuarios, etc.) y busca afinidades prácticas con el Viejo Mundo:

La finalidad última del discurso cortesiano es un proceso de asimilación. Mientras Vespucci y Colón tendían al exotismo sistemático, Cortés busca opuestamente la asociación de Viejo y Nuevo Mundo como entes geográficos similares. Este proceso, iniciado ya en las primeras descripciones de Yucatán, culmina al final de la Segunda Relación con una novedad toponímica de la máxima trascendencia y que extrañamente parece no haber sido objeto de estudio: nos referimos al bautismo del país por parte de Cortés como Nueva España [...]. No es un caso aislado, ya que la toponimia de villas nuevas y rebautizadas sigue la misma tendencia. Además de los nombres de raíz religiosa como Veracruz, Espíritu Santo o Natividad, que continuaban la tradición ya establecida en las islas (Santo Domingo, Santiago, etc.), Cortés acentúa la similaridad entre México y España trasplantando la toponimia del terruño en nombres como Medellín, Trujillo y Sevilla. [...] El mensaje a su destinatario el emperador no puede ser más claro. Debe dejarse de percibir al Nuevo Mundo como islas del Oriente. Existe ahora un nuevo continente asimilable a Europa, más parecido a la Andalucía de los moros que a las islas exóticas, y que por tanto ha de ser considerado como una extensión de Occidente. Nueva España no es simplemente un nombre, como lo había sido Española para Colón, sino un nuevo ente político. El Atlántico ya no separa, sino que une.

(Á. DELGADO GÓMEZ, Introd. a su ed. de *Cartas de relación*)

La segunda carta narra la expedición hacia la capital del imperio azteca, Tenochtitlán, que es descrita por Cortés

con el acostumbrado espíritu práctico, no exento de admiración.

Esta grand cibdad de Temixtitán está fundada en esta laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha cibdad por cualquier parte que quisieren entrar a ella hay dos leguas. Tiene cuatro entradas todas de calzada

hecha a mano tan ancha como dos lanzas jinetas.²⁸ Es tan grande la cibdad como Sevilla y Córdoba. Son las calles della, digo las prencipales, muy anchas y muy derechas, y algunas destas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua por la cual andan en sus canoas. Y todas las calles de trecho a trecho están abiertas por do atraviesa el agua de las unas a las otras, y en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y muy bien labradas, y tales que por muchas dellas pueden pasar diez de caballo juntos a la par. Y viendo que si los naturales desta cibdad quisiesen hacer alguna traición tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha cibdad edificada de la manera que digo y que quitadas las puentes de las entradas y salidas nos podían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra, luego que entré en la dicha cibdad di mucha priesa en hacer cuatro bergantines, y los fice en muy breve tiempo tales que podían echar treientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos. Tiene esta cibdad muchas plazas donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la plaza de la cibdad de Salamanca toda cercada de portales alderredor donde hay cotidianamente arriba de sesenta mill ánimas comprando y vendiendo, donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan así de mantenimientos como de vestidos, joyas de oro y de plata y de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles, de plumas. Véndese cal, piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillo, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perçides, codornices, lavancos, dorales, cerzatas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, buharros, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos. Y de algunas destas aves de rapiña venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas. Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños que crían para comer, castrados. Hay calle de herbolarios donde hay todas las raíces y hierbas medecinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios donde se venden las medecinas hechas, así potables como unguentos y emplastos. Hay casas como de barberos donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas y otras más delgadas para asiento y para esteras [de] salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se fallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas y ciruelas que son semejables a las de España. Venden miel de abejas y cera y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman

²⁸ *Lanza jineta*: lanza corta con el hierro dorado y una borla por guarnición. Había tres calzadas principales: al sur, la de Iztapalapa, por donde entraron los españoles la primera vez; al oeste, la de Tacuba, por donde huyeron la Noche Triste, y al norte, la de Tepeyac; había también dos calzadas menores hacia el noroeste y el oeste.

en las otras islas maguey que es muy mejor que arrope, y destas plantas hacen azúcar y vino²⁹ que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de filados de algodón de todas colores en sus madejicas, que parece propiamente alcacería³⁰ de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad. Venden colores para pintores cuantas se pueden hallar en España y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo y sin él, teñidos blancos y de diversas colores. Venden mucha loza en grand manera muy buena. Venden muchas vasijas y tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más vidriadas y pintadas. Venden mucho maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja así en el grano como en el sabor a todo lo de las otras Islas y Tierra Firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden huevos de gallina y de ánsares y de todas las otras aves que he dicho en grand cantidad. Venden tortillas de huevos fechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas las cosas cuantas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho son tantas y de tantas calidades que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria y aun por no saber poner los nombres no las expreso. Cada género de mercadería se vende en su calle sin que entremetan otra mercadería ninguna, y en esto tienen mucha orden. Todo se vende por cuenta y medida, excepto que fasta agora no se ha visto vender cosa alguna por peso. Hay en esta grand plaza una grand casa como de abdiencia donde están siempre sentados diez o doce personas que son jueces y libran³¹ los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden, y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.

Hay en esta grand cibdad muchas mesquitas o casas de sus ídolos de muy hermosos edeficios por las collaciones³² y barrios della. Y en las principales della hay personas religiosas de su seta que residen continuamente en ellas, para los cuales demás de las casas donde tienen los ídolos hay buenos aposentos. Todos estos religiosos visten de negro y nunca cortan el cabello ni lo peinan desde que entran en la religión³³ hasta que salen, y todos los fijos de los señores prencipales, así señores como cibdadanos honrados, están en aquellas religiones y hábito desde edad de siete años u ocho hasta que los sacan para los casar, y esto más acaesce en los primogénitos que han de heredar las casas que en los otros.³⁴ No tienen acceso a mujer ni entra ninguna en las dichas casas de religión. Tienen abstinencia en no comer ciertos manjares, y más en algunos tiempos del año que no en los otros. Y entre estas mezquitas hay una que es la pren-

²⁹ Se refiere al pulque.

³⁰ *Alcacería*: mercado de seda.

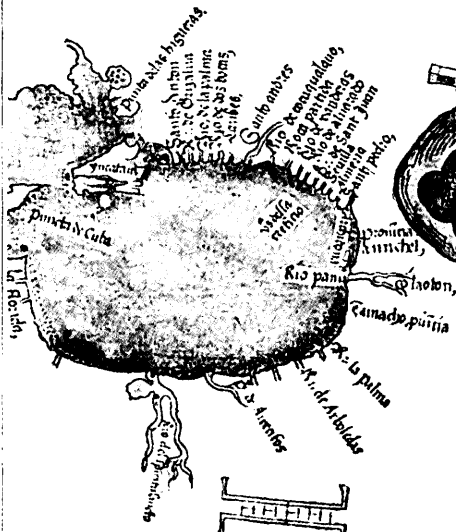
³¹ *Libran*: regulan.

³² *Collaciones*: vecindades.

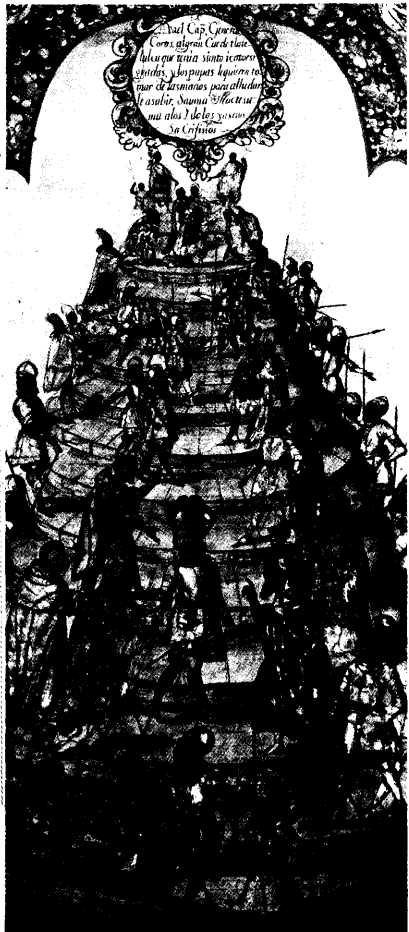
³³ *Religión*: orden religiosa.

³⁴ Se refiere al *tepuhcalli* o escuela donde los niños recibían educación obligatoriamente.

Res fuerat quondam pyramis, & Glona summa
Ubi nunc subiectus Celsa Imperio,
Hic longe pyramis, cuius nunc Orbis Esur,
Et Nouus, siq; alter pascitur Auspiciis.



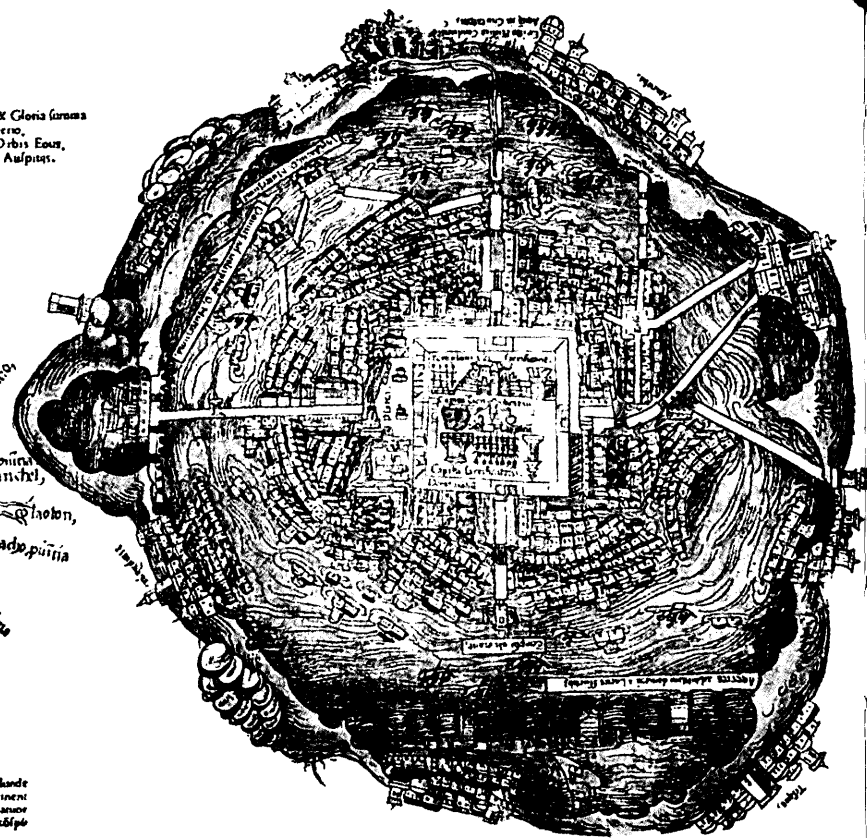
Quilibet punctus magnas continet leues dande
et in diuersa, et quod dicitur magis puncti continet
viginti quatuor leues, Ceterum autem leues quatuor
leues militaris, et quatuor puncti qui hic oblique
cruce



Arriba:
Mapa de Tenochtitlán,
adjunto a una carta de
Hernán Cortés
publicada en *Praeclara
Fernandini de Nova Maris
Oceanii Hispania narratio*,
Nuremberg, 1524.

Debajo:
Izquierda:
González
(escuela mexicana):
*Visita al templo
de Tlatelolco*, la
impresionante pirámide
de sacrificios, tabla de la
serie *Conquista de América*
(finales del s. XVII).
Colección particular,
Madrid.

Derecha:
Condiciones laborales de
los indígenas.
Página de *Pinturas del
gobernador, alcaldes y
regidores de México*
("Códice Osuna",
manuscrito anónimo,
1565). Biblioteca
Nacional, Madrid.



principal que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza e particularidades della, porque es tan grande que dentro del circuito della, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien facer una villa de quinientos vecinos. Tiene dentro deste circuito toda a la redonda muy gentiles aposentos en que hay muy grandes salas e corredores donde se aposentan los religiosos que allí están. Hay bien cuarenta torres muy altas y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para sobir al cuerpo de la torre. La más prencipal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla. Son tan bien labradas así de cantería como de madera que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte, porque toda la cantería de dentro de las capillas donde tienen los ídolos es de imaginería y zaquizamies,³⁵ y el maderamiento es todo de mazonería y muy pintado de cosas de monstruos y otras figuras y labores. Todas estas torres son enterramiento de señores, y las capillas que en ellas tienen son dedicadas cada una a su ídolo a que tienen devoción.

(*Cartas de relación*)

Un soldado que formaba parte de las tropas de Cortés, Bernal Díaz del Castillo (1495 ó 1496-1584), escribió durante años largos memoriales sobre su participación en la conquista de México, que acabaron por convertirse en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (Madrid, 1632). Es un texto vívido, una crónica personal, en la que su autor insiste constantemente en la veracidad de los sucesos que cuenta. Esta obstinación por dar la versión exacta es manifiesta en el mismo título de la obra mediante la calificación de *verdadera* que añade, quizá para desacreditar otras obras y, en especial, una a la que, no obstante, recurrió como fuente de información, la *Historia general de las Indias y conquista de México*, del

humanista soriano Francisco López de Gómara (1511-1559), que fuera capellán de Cortés desde que el conquistador regresó a España en 1540. López de Gómara, que nunca estuvo en América, resaltó el heroísmo de Hernán Cortés, ignorando cuanto habían hecho quienes acompañaban al conquistador. Díaz del Castillo procuró remediar con su *Historia* este error, narrando la *verdad*, autorizada por su testimonio insustituible, por el protagonismo que a él, como a los demás soldados y capitanes de Cortés, le cupo en tales sucesos. Es muy significativo en este sentido el capítulo LXXXIII, donde, después de relatar la emboscada fallida que Moctezuma les había tendido en Cholula, refuta la versión del padre Las Casas:

• E aquella noche estuvimos muy apercebidos y armados, y los caballos ensillados y enfrenados, con grandes velas y rondas, que esto siempre lo teníamos de costumbre, porque tuvimos por cierto que todas las capitánias, así de mexicanos como de cholultecas, aquella noche habían de dar sobre nosotros; y una india vieja, mujer de un cacique, como sabía el concierto y trama que tenían ordenado, vino secretamente a doña Marina, nuestra lengua, y como la vio moza

³⁵ Tal vez se refiera a la forma lisa del techo, hecho a cal y canto (*de mazonería*).

y de buen parecer y rica, le dijo y aconsejó que se fuese con ella a su casa si quería escapar la vida, porque ciertamente aquella noche o otro día nos habían de matar a todos, porque ya estaba así mandado y concertado por el gran Montezuma, para que entre los de aquella ciudad y los mexicanos se juntasen, y no quedase ninguno de nosotros a vida, o nos llevasen atados a México; y porque sabe esto, y por mancilla que tenía de la doña Marina, se lo venía a decir, y que tomase todo su hato y se fuese con ella a su casa, y que allí la casaría con un su hijo, hermano de otro mozo que traía la vieja, que la acompañaba. E como lo entendió la doña Marina, y en todo era muy avisada, le dijo: "¡Oh madre, qué mucho tengo que agradeceros eso que me decís! Yo me fuera ahora, sino que no tengo de quien fiarme para llevar mis mantas y joyas de oro, que es mucho. Por vuestra vida, madre, que aguardéis un poco vos y vuestro hijo, y esta noche nos iremos; que ahora ya veis que estos teules están velando, y sentirnos han"; y la vieja creyó lo que la decía, y quedóse con ella platicando, y le preguntó que de qué manera nos habían de matar, e cómo e cuándo se hizo el concierto; y la vieja se lo dijo ni más ni menos que lo habían dicho los dos papas; e respondió la doña Marina: "Pues ¿cómo siendo tan secreto ese negocio, lo alcanzastes vos a saber?" Dijo que su marido se lo había dicho, que es capitán de una parcialidad de aquella ciudad, y coo tal capitán está ahora con la gente de guerra que tiene a cargo, dando orden para que se junten en las barrancas con los escuadrones del gran Montezuma, y que cree estarán juntos esperando para cuando fuésemos, y que allí nos matarían; y que esto del concierto que lo sabía tres días había, porque de México enviaron a su marido un atambor dorado, e a otras tres capitanías también les envió ricas mantas y joyas de oro, porque nos llevasen a todos a su señor Montezuma; y la doña Marina, como lo oyó, disimuló con la vieja, y dijo: "¡Oh cuánto me huelgo en saber que vuestro hijo con quien me queréis casar es persona principal! Mucho hemos estado hablando; no querría que nos sintiesen: por eso, madre, aguardad aquí, comenzaré a traer mi hacienda, porque no lo podré sacar todo junto; e vos e vuestro hijo, mi hermano, lo guardaréis, y luego nos podremos ir"; y la vieja todo se lo creía, y sentóse de reposo la vieja ella y su hijo; y la doña Marina entra de presto donde estaba el capitán Cortés, y le dice todo lo que pasó con la india; la cual luego la mandó traer ante él, y la tornó a preguntar sobre las traiciones y conciertos, y le dijo ni más ni menos que los papas; y le pusieron guardas porque no se fuese. Y cuando amaneció era cosa de ver la prisa que traían los caciques y papas con los indios de guerra, con muchas risadas y muy contentos, como si ya nos tuvieran metidos en el garlito e redes; e trajeron más indios de guerra que les pedimos, que no cupieron en los patios, por muy grandes que son, que aun todavía se están sin deshacer³⁶ por memoria de lo pasado; e por bien de mañana que vinieron los cholultecas con la gente de guerra, ya todos nosotros estábamos muy a punto para lo que se había de hacer, y los soldados de espada y rodela puestos a la puerta del gran patio para no dejar salir a ningún indio de los que estaban con armas, y nuestro capitán también estaba a caballo,

³⁶ *Deshacer*: derribar.

acompañado de muchos soldados para su guarda; y cuando vio que tan de mañana habían venido los caciques y papas y gente de guerra, dijo: "¡Qué voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para se hartar de nuestras carnes! Mejor lo hará Nuestro Señor". [...]

Entonces les dijo Cortés que tales traiciones como aquéllas, que mandaban las leyes reales que no queden sin castigo, e que por su delito que han de morir; e luego mandó soltar una escopeta, que era la señal que teníamos apercebida para aquel efecto, y se les dio una mano³⁷ que se les acordará para siempre, porque matamos muchos dellos y otros se quemaron vivos, que no les aprovechó las promesas de sus falsos ídolos; y no tardaron dos horas que no llegaron allí nuestros amigos los tlascaltecas que dejamos en el campo, como ya he dicho otra vez, y peleaban muy fuertemente en las calles, donde los cholultecas tenían otras capitanías defendiéndolas porque no les entrásemos, y de presto fueron desbaratadas, y iban por la ciudad robando y cautivando, que no los podíamos detener; y otro día vinieron otras capitanías de las poblaciones de Tlascala, y les hacían grandes daños, porque estaban muy mal con los de Cholula; y como aquello vimos, así Cortés como los demás capitanes y soldados, por mancilla que hubimos dellos, detuvimos a los tlascaltecas que no hiciesen más mal.

[...] Digamos que aquéstaron fueron las grandes crueldades que escribe y nunca acaba de decir el señor obispo de Chiapa, don fray Bartolomé de las Casas; porque afirma y dice que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó, se hizo aquel castigo; y aun dícelo de arte en su libro a quien no lo vio ni lo sabe, que les hará creer que es así aquello e otras crueldades que escribe, siendo todo al revés, y no pasó como lo escribe. Y también quiero decir que unos buenos religiosos franciscos, que fueron los primeros frailes que Su Majestad envió a esta Nueva España después de ganado México, según adelante diré, fueron a Cholula para saber y pesquisar e inquirir y de qué manera pasó aquel castigo, e por qué causa, e la pesquisa que hicieron fue con los mismos papas e viejos de aquella ciudad; y después de bien sabido dellos mismos, hallaron ser ni más ni menos que en esta mi relación escribo; y si no se hiciera aquel castigo, nuestras vidas estaban en harto peligro, según los escuadrones y capitanías tenían de guerreros mexicanos y de los naturales de Cholula, e albarradas e pertrechos; que si allí por nuestra desdicha nos mataran, esta Nueva España no se ganara tan presto ni se atreviera a venir otra armada, e ya que viniera fuera con gran trabajo, porque les defendieran los puertos; y se estuvieran siempre en sus idolatrías. Yo he oído decir a un fraile francisco de buena vida, que se decía fray Toribio Motolinía, que si se pudiera excusar aquel castigo y ellos no dieran causa a que se hiciese, que mejor fuera; mas ya que se hizo que fue bueno para que todos los indios de todas las provincias de la Nueva España viesen y conociesen que aquellos ídolos y todos los demás son malos y mentirosos, y que viendo que lo que les había prometido salió al revés, que perdiesen la devoción que antes tenían con ellos, y que

³⁷ *Una mano*: un castigo.

desde allí en adelante no le sacrificaban ni venían en romería de otras partes, como solían, y desde entonces no curaron más de él, y le quitaron del alto cu donde estaba, y lo escondieron o quebraron, que no pareció más, y en su lugar habían puesto otro ídolo. Dejémoslo ya, y diré lo que más adelante hicimos.

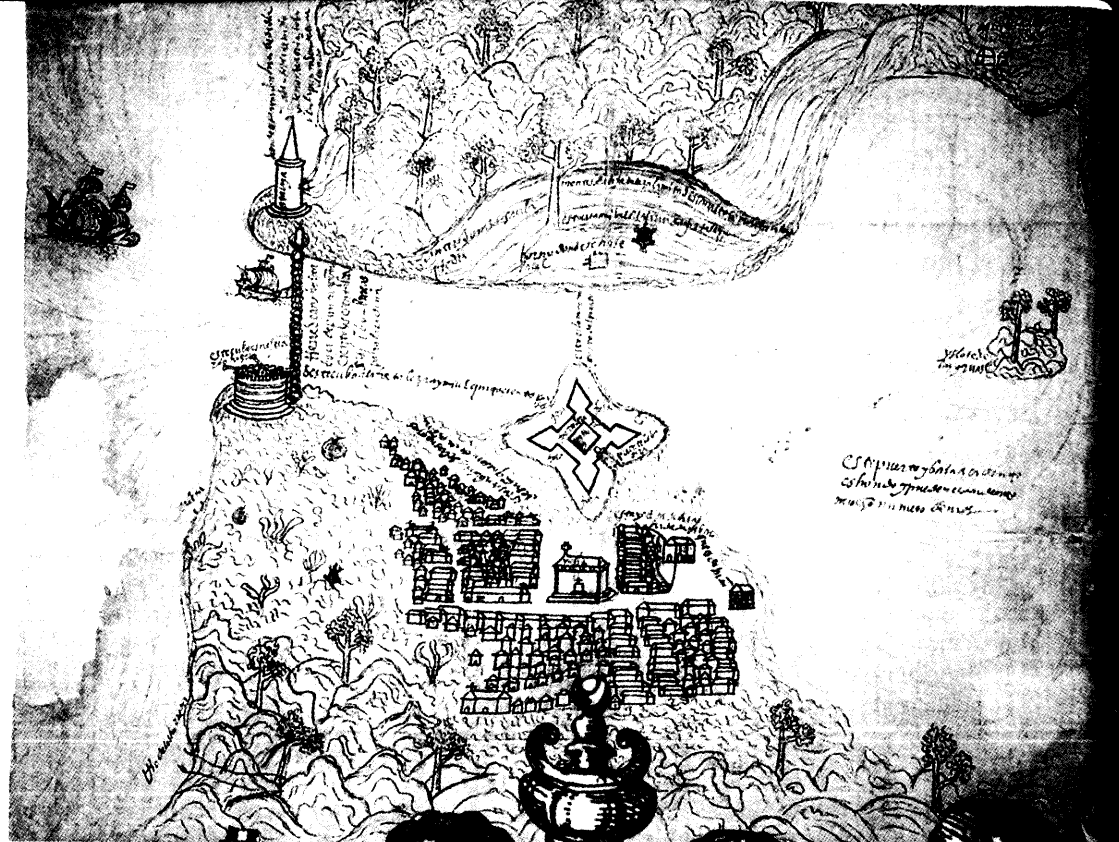
(Historia verdadera de la conquista de la Nueva España)

El sevillano Bartolomé de las Casas (1484-1566), que realizó cinco viajes al Nuevo Mundo, el primero apenas con dieciocho años como doctrinero de indios, consagró buena parte de su vida a la defensa de los indígenas americanos. No obstante, en los primeros años participó como soldado en la sofocación de la sublevación de los indios de La Española, se hizo cargo de una heredad que le concedió el virrey Diego Colón poco antes de su ordenación sacerdotal (el primer sacerdote ordenado en América, por cierto) y fue capellán de Pánfilo de Narváez en la conquista de Cuba, quien le otorgó una encomienda compartida con un funcionario llamado Pedro de Rentería. La influencia de los dominicos llegados a Cuba en 1514 produjo la conversión de Las Casas, que, después de pronunciar un virulento sermón recriminando la conducta de los españoles en el Nuevo Mundo, renunció a los beneficios de su encomienda y regresó a España para procurar la defensa de los indios. En 1516 entregó, a este efecto, tres memoriales al cardenal Cisneros; obtuvo en 1520 una capitulación de Carlos V para evangelizar y poblar la costa norte venezolana, por la cual hubo de admitir la sustitución de los esclavos indígenas por esclavos negros; ingresó en la orden dominica en 1523; en 1541, gracias a sus memoriales

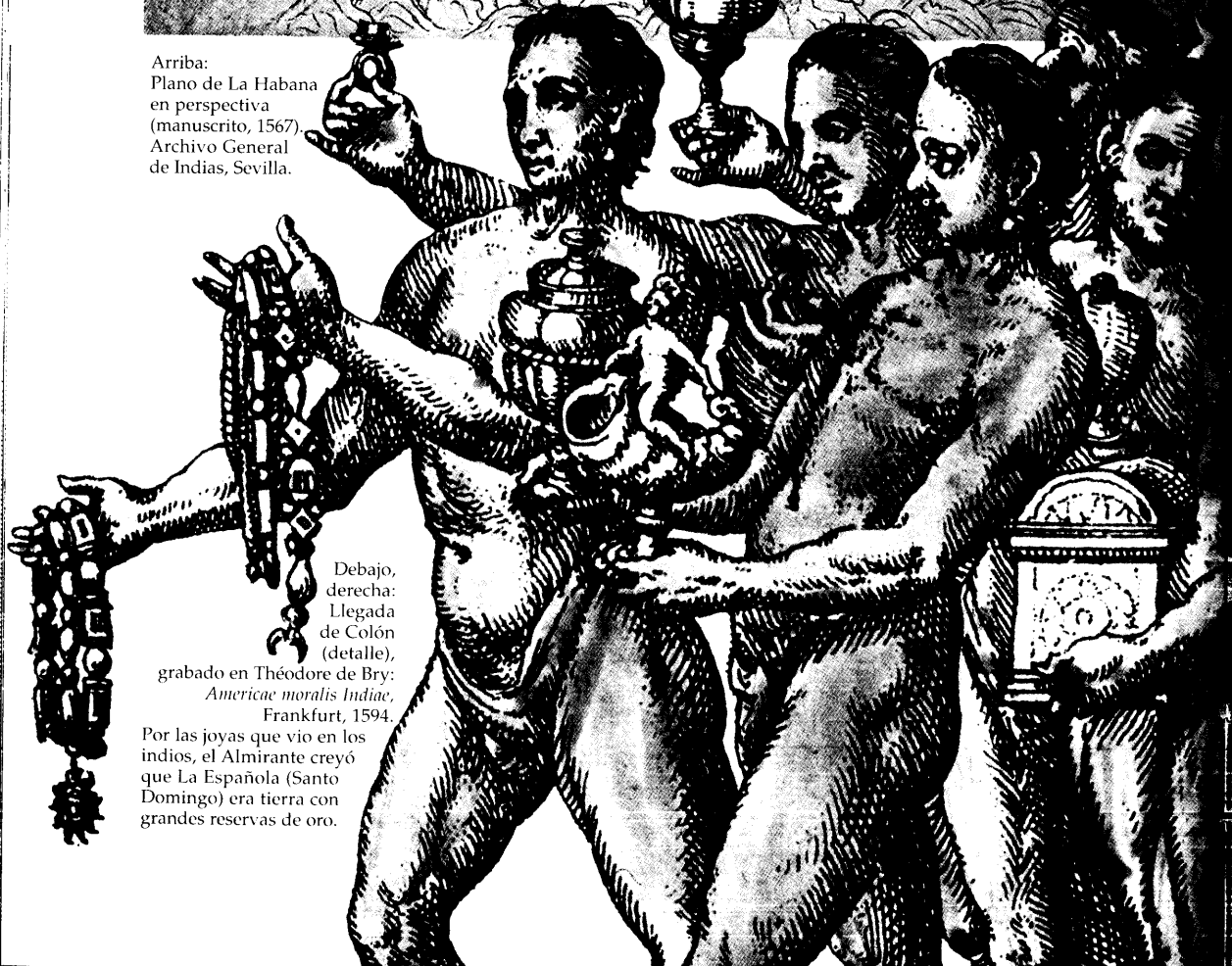
en defensa de los indios, el emperador destituyó a algunos consejeros de Indias y, un año más tarde, promulgó las Leyes Nuevas, que ordenaban la liquidación de las encomiendas y exigían el buen trato a los indios; de estas fechas es su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Pero todavía en 1551, a la vuelta de su último viaje a América como obispo de Chiapas, hubo de enfrentarse a Juan Ginés de Sepúlveda, defensor del sistema colonial y las encomiendas, para lograr que el Consejo de Indias declarase el final de las conquistas y de la esclavitud de los indios del Nuevo Mundo. Dedicó el resto de su vida a rematar una voluminosa *Historia general de las Indias*, que dejó inconclusa.

La *Brevísima relación*, publicada en 1552, tuvo una repercusión inmediata en toda Europa y, como se ha dicho repetidas veces, sirvió de excusa perfecta para la creación de la denominada *leyenda negra* antiespañola. No es un tratado histórico, sino la obra de un polemista, que arremete contra el sistema colonial con el firme propósito de conseguir la promulgación de unas leyes que protegieran a los indios; su interés no está en las cifras que maneja, sin duda inexactas, sino en su manera de juzgar la conducta de los conquistadores españoles.

• Descubriéronse las Indias en el año de mil y cuatrocientos y noventa y dos. Fuéronse a poblar el año siguiente de cristianos españoles, por manera que ha cuarenta y nueve años que fueron a ellas cantidad de españoles, y la primera



Arriba:
Plano de La Habana
en perspectiva
(manuscrito, 1567)
Archivo General
de Indias, Sevilla.



Debajo,
derecha:
Llegada
de Colón
(detalle),
grabado en Théodore de Bry:
Americae moralis Indiae,
Frankfurt, 1594.

Por las joyas que vio en los indios, el Almirante creyó que La Española (Santo Domingo) era tierra con grandes reservas de oro.

tierra donde entraron para hecho de poblar fue la grande y felicísima isla Española, que tiene seiscientas leguas en torno. Hay otras muy grandes e infinitas islas alrededor por todas las partes della, que todas estaban y las vimos las más pobladas y llenas de naturales gentes, indios dellas, que puede ser tierra poblada en el mundo. La Tierra Firme, que está de esta isla por lo más cercano doscientas y cincuenta leguas, pocas más, tiene de costa de mar más de diez mil leguas descubiertas, y cada día se descubren más, todas llenas como una colmena de gentes, en lo que hasta el año de cuarenta y uno se ha descubierto, que parece que puso Dios en aquellas tierras todo el golpe o la mayor cantidad de todo el linaje humano.

Todas estas universas e infinitas gentes *a toto genere*,³⁸ crió Dios las más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas, fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos a quien sirven; más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas, sin rencillas ni bollicios, no rijosos, no querulosos, sin rancores, sin odios, sin desear venganzas que hay en el mundo. Son así mesmo las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complisión y que menos pueden sufrir trabajos, y que más fácilmente mueren de cualquiera enfermedad, que ni hijos de príncipes y señores entre nosotros, criados en regalos y delicada vida, no son más delicados que ellos, aunque sean de los que entre ellos son de linaje de labradores. Son también gentes paupérrimas y que menos poseen ni quieren poseer de bienes temporales, y por esto no soberbias, no ambiciosas, no cubdiciosas. Su comida es tal que la de los sanctos padres en el desierto no parece haber sido más estrecha ni menos deleitosa ni pobre. Sus vestidos comúnmente son en cueros, cubiertas sus vergüenzas, y cuando mucho cúbrese con una manta de algodón, que será como vara y media o dos varas de lienzo en cuadro. Sus camas son encima de una estera, y cuando mucho duermen en unas como redes colgadas, que en lengua de la isla Española llamaban hamacas. Son eso mesmo de limpios y desocupados y vivos entendimientos, muy capaces y dóciles para toda buena doctrina, aptísimos para recibir nuestra sancta fe católica y ser dotados de virtuosas costumbres, y las que menos impedimentos tienen para esto que Dios crió en el mundo. Y son tan importunas desde que una vez comienzan a tener noticia de las cosas de la fe, para saberlas, y en ejercitar los sacramentos de la Iglesia y el culto divino, que digo verdad que han menester los religiosos, para sufrillos, ser dotados por Dios de don muy señalado de paciencia; y finalmente yo he oído decir a muchos seglares españoles de muchos años acá y muchas veces, no pudiendo negar la bondad que en ellos veen: "Cierto, estas gentes eran las más bienaventuradas del mundo, si solamente conocieran a Dios."

En estas ovejas mansas y de las calidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotadas, entraron los españoles desde luego que las conocieron como lobos y tigres y leones crudelísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta parte, hasta hoy, y hoy en este día lo hacen, sino despedazallas, matallas, angustiallas, aflagillas, atormentallas y

³⁸ *A toto genere*: de todas las naciones o razas.

destruillas por las estrañas y nuevas y varias y nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad, de las cuales algunas pocas abajo se dirán en tanto grado, que habiendo en la isla Española sobre tres cuentos de ánimas que vimos, no hay hoy de los naturales della doscientas personas. [...]

Dos maneras generales y principales han tenido los que allá han pasado que se llaman cristianos, en estirpar y raer de la haz de la tierra a aquellas miserandas naciones. La una por injustas, crueles, sangrientas y tiránicas guerras. La otra, después que han muerto todos los que podrían anhelar o sospirar o pensar en libertad, o en salir de los tormentos que padecen, como son todos los señores naturales y los hombres varones (porque comúnmente no dejan en las guerras a vida sino los mozos y mujeres), oprimiéndoles con la más dura, horrible y áspera servidumbre en que jamás hombres ni bestias pudieron ser puestas. A estas dos maneras de tiranía infernal se reducen e se resuelven o subalternan como a géneros, todas las otras diversas y varias de asolar aquellas gentes, que son infinitas.

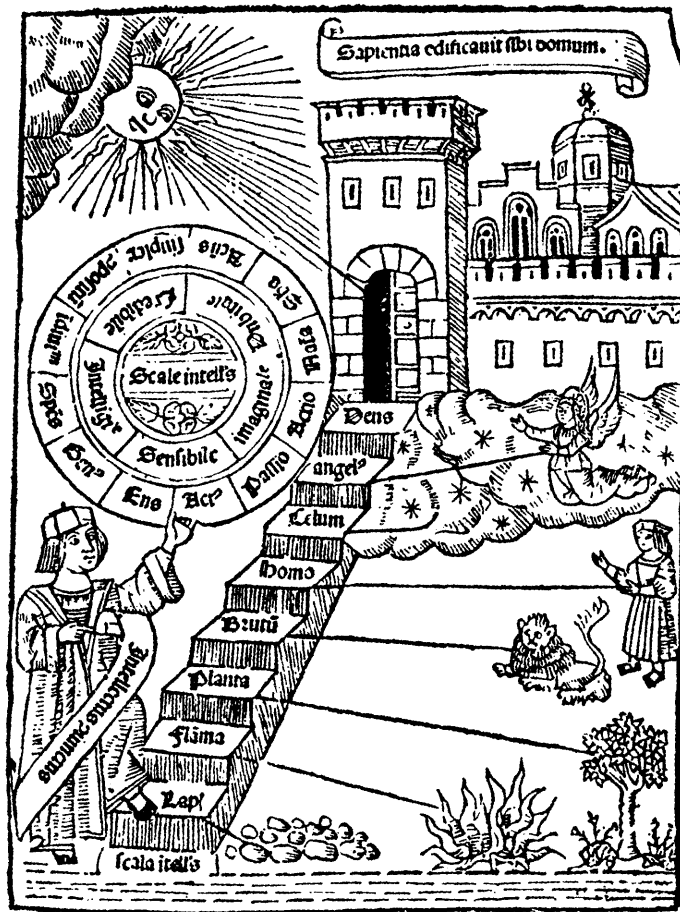
La causa porque han muerto y destruido tantas y tales y tan infinito número de ánimas los cristianos, ha sido solamente por tener por su fin último el oro y henchirse de riquezas en muy breves días, y subir a estados muy altos y sin proporción de sus personas, conviene a saber, por la insaciable cudicia y ambición que han tenido, que ha sido mayor que en el mundo ser pudo, por ser aquellas tierras tan felices y tan ricas, y las gentes tan humildes, tan pacientes y tan fáciles a subjectarlas, a las cuales no han tenido más respecto, ni dellas han hecho más cuenta ni estima (hablo con verdad por lo que sé y he visto todo el dicho tiempo), no digo que de bestias (porque pluguiera a Dios que como a bestias las hobieran tratado y estimado), pero como y menos que estiércol de las plazas. Y así han curado de sus vidas y de sus ánimas, y por esto todos los números y cuentos dichos han muerto sin fe y sin sacraments. Y ésta es una muy notoria y averiguada verdad que todos, aunque sean los tiranos y matadores, la saben y la confiesan: que nunca los indios de todas las Indias hicieron mal alguno a cristianos, antes los tuvieron por venidos del cielo, hasta que, primero, muchas veces hobieron recibido ellos o sus vecinos muchos males, robos, muertes, violencias y vejaciones dellos mesmos.

(*Brevísima relación*)

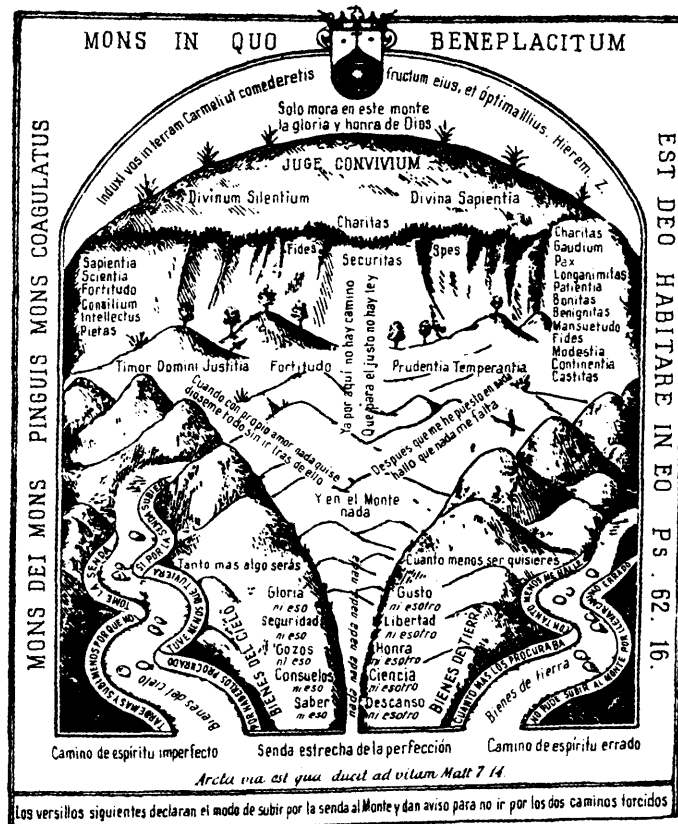
Ascéticos y místicos

En la literatura religiosa se entiende por ascética y mística dos medios de acercamiento a la divinidad. La ascética propone ejercicios espirituales como la oración y la penitencia para perfeccionarse y buscar la aproximación; la mística, en cambio, persigue la unión espiritual. La conocida escala de las tres vías

para alcanzar esta unión funde los métodos ascéticos con la mística; la denominada *vía purgativa* es el inicio del camino y utiliza como instrumentos primordiales la penitencia, la oración, las lecturas piadosas y la meditación; mediante la *vía iluminativa* se pretende un acercamiento a la divinidad median-



Arriba:
Grabado en
Ramón Lull:
*Liber de ascensu et
descensu intellectus*
(Gorge Costilla, Valencia, 1512).



Debajo:
Gráfico en
Subida al monte Carmelo,
de San Juan de la Cruz.

te la contempación, y a través de la *vía unitiva* se llega al éxtasis místico que se identifica con lo que la mística teresiana define como la "unión plena"; es el estado de máxima perfección.

Los orígenes de la mística española se han indagado desde diferentes puntos de vista. Se han hallado singulares influencias del misticismo musulmán, quizás a través de la obra de Ramón Lull (1233-1316), pero también se destaca la huella de los místicos germánicos (Eckart, Ruysbroeck) e italianos (Bernardino de Siena, Savonarola), que contribuyen en el ámbito religioso al éxito que el neoplatonismo había tenido ya en las letras profanas. Pero el libro religioso más leído en la época fue *De contemptu mundi*, después más conocido por *El Kempis*. De gran importancia fue, asimismo, la reforma religiosa promovida por el cardenal Cisneros, a la que se sumarán corrientes foráneas de indudable influencia, como la erasmista y la protestante; de ahí la diversidad de tendencias de los espiritualistas españoles, sobre todo en la primera mitad del XVI. En esta etapa se ha destacado la figura del toledano Alejo Venegas del Busto (1493-1572), autor de la *Agonía del tránsito de la muerte* (1537).

Menéndez Pelayo, en la *Historia de las ideas estéticas*, clasificó a los místicos españoles por órdenes religiosos (dominicos, franciscanos, carmelitas, agustinos y jesuitas), fundándose en "la fidelidad con que en el seno de cada una de éstas se iban heredando las tradiciones de virtud y ciencia, y hasta de escuela filosófica y de formas literarias". Pedro Sainz Rodríguez, en cambio, propuso otra clasificación, que asume de alguna manera la del polígrafo santanderino, porque integra en cada

tendencia a las cinco órdenes religiosas: la *afectiva*, que reúne a franciscanos y agustinos; la *intelectualista*, a la que pertenecerían dominicos y jesuitas, salvo fray Luis de Granada, más cercano a la corriente afectiva, y por último la *ecléctica*, representada por la mística singular de los carmelitas. Cristóbal Cuevas, quien hace la salvedad de agrupar a los agustinos con los carmelitas entre los eclécticos, recuerda la importancia del *misticismo heterodoxo*, que incluye la corriente de influencia protestante, los iluminados (Juan de Valdés), los panteístas (Miguel Servet) y los quietistas (Miguel de Molinos).

De entre los franciscanos destacan Hernando de Talavera, que fuera confesor de Isabel la Católica; Alonso de Madrid, cuyo *Arte para servir a Dios* es considerado la primera muestra de la literatura ascético-mística española; Francisco de Osuna (1492-1540), autor del primer tratado de mística en español, el *Tercer abecedario espiritual* (1527), que sirvió de guía espiritual a Teresa de Jesús, lo mismo que la *Subida al Monte Sión por la vía contemplativa* (1535), de Bernardino de Laredo (1482-1540), aunque fue Pedro de Alcántara (1499-1562), autor del *Tratado de la oración y meditación* (1560), quien ejercería mayor influjo sobre la santa de Ávila.

Entre los agustinos cabe citar a Tomás de Villanueva (1488-1555), Alonso de Orozco (1500-1591), Luis de León (1527-1591)³⁹ y Pedro Malón de Chaide (1530-1589), cuya *Conversión de la Magdalena* es un tratado místico en clave alegórica, establecida mediante las tres fases en que se produjo la conversión del personaje: pecado, penitencia y gracia.

³⁹ Sobre fray Luis de León véanse las páginas dedicadas en el capítulo de poesía de este mismo volumen.

☛ Entró Dios en el corazón de la Magdalena con su gracia y refrescóle, que se le abrasaba, y levantóse un ábrego, un aire de mediodía, que desata las nubes y las derrite; así María, derretida toda en lágrimas, deshecha en llanto, hizo dos ríos de sus ojos. ¡Oh qué horno de amor era esta pecadora, cuyo fuego de amor profano había abrasado, y quemado, y muerto, y hecho carbón muchas almas en el infierno! Horno de Babilonia, lleno de confusión, de pecado, encendido siete veces con todos los siete vicios capitales. Si esto no era horno, si no era Babilonia, ¿cuál queréis que lo sea? *Babylon, Babylon posita est in miraculum*, dice Isaías. ¿Quién vio jamás mayor milagro? Poco antes ardía la Magdalena en fuego, ahora se resuelve en agua; poco antes adoraba al mundo y su vanidad, ahora la desprecia y se transforma en Dios; poco antes tenía helado el corazón con su infame vida, ahora están quebrados los hielos y despedazada la piedra y corren los ríos. He aquí el fuego trocado en agua. ¡Oh milagro! Babilonia es puesta en milagro, en prodigio, en espanto del mundo. “¿No es aquella famosa Babilonia (dijo Nabucodonosor) que yo la he edificado para casa mía real y de estado y para que se viese la grandeza y la fuerza de mi poder y para gloria y hermosura del mundo?” “¿No es ésta (decía el demonio) aquella famosa Magdalena que yo escogí para mi recámara, la que yo de mi mano fortalecí para con ella conquistar mil almas? ¿no es aquélla con cuyos ojos y cabellos y con cuya hermosura ganaba yo grandes triunfos y victorias? Pues ¿quién me podrá sacar de sus muros ni alanzar de su corazón?” *Babylon posita est mihi in miraculum* (dice Dios): Babilonia es puesta por milagro. Babilonia, mi querida, es la de la mudanza, la del trasiego. Será Babilonia aquella gloriosa entre los reinos, la ínclita en la estimación de los caldeos, derrocada y puesta por tierra. Veis aquí derrocada y postrada por el suelo a la torre del homenaje del pecado; María a los pies de Cristo. ¡Oh gran Dios, Señor del cielo y de la tierra, que sólo con un torcer las cejas lo gobierna y rige todo, cuyas obras son espanto y maravilla del entendimiento! Entre tantas maravillas y metamorfosis que hizo en el tiempo felice de su pueblo venturoso para mostrar su gran poder, de la mujer de Lot en sal, de la vara de Moisés en serpiente, de los ríos de Egipto en sangre, del polvo en moscas, del agua en ranas, del mar en seco, del soberbio rey en bestia, del día en noche y de la noche en día y de otras semejantes y estupendas, mira si hizo jamás alguna mayor, alguna más maravillosa, más rara que ésta, cuando aquel durísimo pedernal, aquella sequísima piedra, el estéril guijarro y ajeno de todo humor, lo trocó en copiosísimo estanque, en anchísimo lago, en venas corrientes de agua viva y la hizo fuente y mar espacioso. Volvió la piedra seca en estanques de agua y el peñasco en fuentes de copiosa y dulce bebida. Este es el milagro. “El Señor ha hecho esto y es maravilloso a nuestros ojos”, dice David; aquel Dios solo, eterno, excelso, infinito, glorioso, inmenso e inmortal; aquel Dios que, como sabio, dispone el mundo, como justo juzga a los hombres, como poderoso guerrea a los malos, como benigno acompaña a los buenos, como piadoso consuela a los afligidos y como monarca hace cuanto le place en el universo. Aquel Dios solo, digo, que de nada crió las piedras y las aguas, ha trocado la piedra en agua; no criada virtud de naturaleza ni humana industria de arte podía hacer tan maravillosa transformación. El solo

Dios, que es a quien como prontas esclavas sirven y obedecen la naturaleza y el arte, es el que ha convertido el peñasco en fuente, en fuente de agua...

(*La conversión de la Magdalena*)

Ignacio de Loyola (1491-1556), fundador de la Compañía de Jesús, es sin duda la figura más importante entre los ascetas jesuitas. Fuera de la clasificación por órdenes quedan Juan de Ávila (1500-1569), conocido como el “Apóstol de Andalucía”, y el dominico fray Luis

de Granada, caso excepcional en la mística dominicana. Ambos sobresalieron en su tiempo como predicadores y su obra está más cerca de la ascética que de la contemplación mística. Del primero destacan su *Audi, filia* y su *Epistolario espiritual* (1578),

“una colección de cartas de dirección espiritual, en las que el elemento ascético predomina sobre el místico. Su estilo, rico, amplio y castizamente castellano, prelude ya el de su discípulo fray Luis de Granada, debiéndole, además, la literatura española de espiritualidad la acuñación de un número no despreciable de giros y tecnicismos que adquirirán luego carta de naturaleza en la literatura ascético-mística española. Fueron corresponsales suyos san Ignacio de Loyola, san Juan de Dios, Sancha Carrillo, fray Luis de Granada, el conde de Feria y otros personajes preeminentes de la vida española de entonces”.

(C. CUEVAS, *Ascética y mística*)

En una de sus epístolas, dirigida “a una señora viuda consolándola en la muerte de su marido y animándola a

saber llevar su trabajo”, dice Juan de Ávila:

☛ ¡Oh ceguedad de los hijos de Adán, que no tienen en cuenta con lo advenidero con que en lo presente les vaya bien; no miran lo que les aprovecha sino lo sabroso; no a razón sino a pasión, y por esto se lloran cuando se habían de llamar bienaventurados, y se gozan cuando se habían de llorar! ¿Qué es toda la presente prosperidad sino un humo que poco a poco se va deshaciendo hasta que no ve cosa de él? ¿Y qué son los años de nuestra edad sino un breve sueño, que recordando de él nos hallamos burlados, y en teniendo un trabajo, por chico que sea, nos hace olvidar los placeres pasados y aun danos pena de haberlos pasado? Pues si tanta inestabilidad hay en esto, ¿por qué no buscamos lo otro? Y pues vemos faltarnos esto de entre las manos cada día, ¿por qué no buscamos aquello que de verdad dura y hará durable nuestra bienaventuranza?

Señora, si hasta aquí hemos tenido ceguedad en los ojos, abrámoslos ya; y si la prosperidad nos decía que en este mundo había algo de que contentarnos, la hiel de la tribulación puesta en nuestros ojos denos luz para ver que somos en este mundo verdaderamente miserables y que no estamos en nuestra tierra, mas en muy penoso destierro, y alzando nuestro corazón al cielo, sea nuestra conversación allá. Este es el fin por que el Señor ha azotado a Vm., para que más y más tenga cuenta con él cuanto menos tiene sobre la tierra con quien

tenerla. No piense que se deleita Dios en sus penas y que es misericordioso; duélese de sus lágrimas, mas quiere ponerle ese acíbar que tanto le amarga, para que, despedido el corazón de todo humano suelo, en solo Dios ponga su arrimo. Quitádole ha Dios, mas es para darle, porque así lo suele hacer. Viuda la ha hecho, mas es para ser el marido de Vm., pues su nombre es este: Padre de huérfanos.

(J. DE ÁVILA, *Epistolario espiritual*)

Es curioso que el representante más sobresaliente de la mística dominicana sea fray Luis de Granada (1504-1588), más próximo a la tendencia afectiva de franciscanos o agustinos que a la intelectualista que predominó en su propia

orden, lo cual le acarrió agrios conflictos, como la reforma de su *Libro de oración y meditación* (1554) y de la *Guía de pecadores* (1556), que sufrieron la prohibición inquisitorial.

A Luis de Granada le estaba reservado fundir de manera más decisiva la herencia de interioridad del erasmismo con muchas otras tradiciones antiguas o recientes, pero, sobre todo, con una tradición dominicana de oración mental que venía de Savonarola. Ninguno fue más ecléctico, más hábil para soldar, en una sola, joyas de proveniencia muy diversa. Desgraciadamente, apenas podemos entrever el medio en que se formó y los ambientes por los cuales pasó hasta la época del *Libro de la oración*. [...] En Andalucía se hace discípulo de Juan de Ávila y toma parte personalmente en el gran movimiento de predicación que renovaba la elocuencia del púlpito. [...]

Todo el libro II de la *Guía de pecadores*, "en el cual se contienen reglas de bien vivir", tiene visible parentesco con el *Enchiridion*. Lo mismo cuando trata de los remedios para los diferentes vicios que cuando habla de la necesidad de enderezar a Dios todas las obras, o de la locura que es "regirse por una bestia de tantas cabezas como es el vulgo", las coincidencias son demasiado frecuentes para ser fortuitas. Y en un caso, por lo menos, se reproduce textualmente un pasaje de Erasmo. [...]

Luis de Granada utilizará en su *Memorial* más de una página que ha suprimido de la *Guía*. No escribirá ya, en la segunda parte de su carrera, un manual de piedad que se acerque tanto al *Enchiridion* como la *Guía de pecadores*. El gran libro de su ancianidad, la *Introducción del símbolo de la fe*, no ofrece a primera vista muchos puntos de contacto con la piedad erasmizante de sus años de madurez.

(M. BATAILLON, *Erasmo y España*)

La *Guía de pecadores*, un libro característicamente ascético, está dividido en dos partes. La primera está dedicada a la "exhortación a la virtud y guarda de los mandamientos divinos", en la cual

se detiene en los motivos que nos obligan a la virtud y en las ventajas de ser virtuoso, así como en la esclavitud del pecado.

☛ Imaginemos ahora que estuviese un hombre casado con una mujer, en quien cupiese toda la nobleza, hermosura y discreción que en una mujer puede haber; y que estando él así, muy bien casado, una mulata criada suya, y gran-

de hechicera, teniendo envidia de esto le diese algunos bebedizos, con los cuales de tal manera le trastornase el seso, que despreciada la mujer, y puesta a un rincón de casa, se entregase toda a la mulata, y la hiciese asentar en el estrado de su mujer, y con ella comiese, y durmiese, y se aconsejase, y tratase todos los negocios de su casa, y por su mandamiento gastase y disipase toda la hacienda en comidas, y fiestas, y juegos, y cosas semejantes: y no contento con esto, llegase su desatino a tales términos, que obligase a su propia mujer a servir como esclava a esta mala mujer en todo lo que ella le mandase. ¿Quién podría imaginar que hasta aquí llegase el embaucamiento de un hombre? Y si hasta aquí llegase, ¿cómo extrañarían esto los que lo supiesen? ¿Qué indignación tendrían contra aquella mala hembra, y qué compasión de la noble mujer, y qué quejas de el desatinado marido? Indignísima cosa parece ésta: pero mucho mayor es sin comparación la que al presente tratamos. Porque has de saber que dentro de nuestra misma ánima hay estas dos tan diferentes mujeres, que son espíritu y carne: las cuales por otros nombres los teólogos llaman porción superior, y inferior. Porción superior es aquella parte de nuestra ánima en que está la voluntad y la razón, que es la lumbre natural con que Dios nos crió: cuya hermosura y nobleza es tan grande, que por ella es el hombre imagen de Dios, capaz de Dios y hermano de los ángeles. Y ésta es la noble mujer con que casó Dios al hombre, para que hiciese vida con ella, guiando todas sus cosas por su consejo, que es por esta lumbre celestial. Mas en la porción inferior está el apetito sensitivo de que habemos tratado, que nos fué dado para apeteer las cosas necesarias a la vida y a la conservación de la especie humana: mas esto por la tasa y orden que por la razón le fuese puesta: así como el despensero que compra de comer por la orden que la manda su señor. Pues este apetito es la esclava de que hablamos; que por carecer de lumbre de razón, no se hizo para guiar ni mandar, sino para ser guiada y mandada. Y siendo esto así, el malaventurado de el hombre de tal manera viene a aficionarse y entregarse a los gustos y deseos de esta mala mujer, que desamparando el consejo de la razón, por quien debiera guiarse, viene a regirse por ella, haciendo cuanto le dice: que es poniendo por obra todos sus malos deseos y apetitos. Porque hombres vemos tan sensuales, tan desenfrenados y tan entregados a los deseos de su corazón, que cuasi en todas las cosas como unas bestias le obedecen y siguen, sin tener cuenta con ley de justicia ni de razón. Pues ¿qué es esto sino entregar todo el gobierno de su vida a la sucia y torpe esclava de la carne, empleándose en todos los juegos, y pasatiempos, y de eleites que ella pide: desamparando el consejo de la nobilísima y legítima mujer, que es la razón?

Y lo que peor y más intolerable es que, no contentos con esto, hacen a esta misma señora que sirva a esta tan mala esclava, y que se desvele noche y día inventando y procurando todo lo que conviene para el gusto y contentamiento de ella. Porque cuando un hombre emplea toda su razón y entendimiento en trazar tantas invenciones y maneras de atavíos, de edificios tan curiosos, de potajes y guisados tan exquisitos, de aderezos de casa, y de tratos y negocios para granjear todo lo que para esto se requiere, ¿qué es esto sino desquiciar el ánimo de los ejercicios espirituales de su propia nobleza, y hacer que sea esclava

Fray Luis de Granada.

Derecha: Portada de Introducción al símbolo de la fe, ed. Sebastián de Cormellas, Barcelona, 1603.

PRIMERA PARTE, DE LA INTRODUCCION DEL SIMBOLO DE LA FE.

EN LA QUAL SE TRATA DE LA CREACION del Mundo, para venir por las criaturas al conocimiento del Criador, y de sus divinas perfecciones.

COMPUESTO POR EL MVT REVERENDO Padre Maestro Fray Luis de Granada, de la Orden de Santo Domingo.

Dirigido al Illustrissimo y Reuerendissimo Señor Don Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo Primado de las Españas, Chanciller mayor, Inquisidor General, &c.

Dilectissimi Domine in Jesu Christo, &c. in operibus manuum tuarum exaltabo. Pág. 91.



Año.

1603.

CON LICENCIA.

Impresso en Barcelona en casa de Sebastian de Cormellas al Call. Año. M. DCIII.

A costa de Baltasar Simon Myre

Debajo, derecha: Página interior del mismo libro.

Izquierda: Retrato en Retratos de los Españoles Ilustres con un Epitome de sus Vidas (Imprenta Real, Madrid, 1791).



va, cocinera y despensera de quien le fué dada por captiva? Y cuando un hombre carnal aficionado a una mujer para vencer su castidad emplea toda su razón y entendimiento en escribir cartas, en componer sonetos llenos de agudezas y sentencias, y en buscar todas las minas y contraminas que para estos tratos se requieren, ¿qué hace en esto si piensas, sino servir a la esclava la que era señora, ocupándose aquella lumbre celestial y divina en buscar medios para las vilezas y apetitos de su carne? Y cuando el rey David usó de tantas maneras de medios para encubrir el hurto de Bersabé, mandando venir al marido de la guerra, y convidándolo a cenar, y emborrachándolo en la cena, y después dándole cartas con avisos y industrias para que el inocente muriese: estas trazas ¿quién las hacía sino el entendimiento y la razón? ¿Y quién instigaba a hacerlas sino la carne perversa, para encubrir o gozar más a su salvo de sus deleites? Cosas son todas éstas de que Séneca, con ser filósofo gentil, se afrentaba y avergonzaba, y así decía: Mayor soy, y para mayores cosas nascido, que para ser esclavo de mi carne. Pues si nos espantaba el embaucamiento de aquel hombre enhechizado y perdido, ¿cuánto más nos debe espantar esto, por lo cual tanto mayores bienes se desperdician, y tanto mayores males se ganan?

En la segunda parte, dedicada a los pecados, explica cómo remediar la "reglas de bien vivir" y al remedio de la lujuria.

Dice él, 40 pues, que en una ciudad de Italia había un obispo llamado Andreas: el cual, habiendo siempre vivido una vida muy religiosa y llena de virtudes, tenía en su casa y compañía una mujer también religiosa, por estar muy cierto y satisfecho de su virtud y castidad. De la cual ocasión. Y así comenzó a imprimir la figura de ella en los ojos de su ánimo, y incitarle a tener feos pensamientos. Acaesció, pues, que en este tiempo un judío, caminando de Campaña para Roma y tomándole la noche cerca de la ciudad de este obispo, y no teniendo lugar donde se acoger, vino a parar a un templo antiguo que estaba allí de un ídolo, donde se acostó a dormir. Y temiendo la mala vecindad de la casa del ídolo, aunque él no creía en la cruz, todavía por la costumbre que tenía de ver persignar a los cristianos en el tiempo de los peligros, hizo él también sobre sí la señal de la cruz. Mas como él no pudiese dormir de miedo de aquel lugar, vió a la media noche una gran cuadrilla de demonios entrar en él, y entre ellos uno más principal, el cual asentado en una silla en medio del templo, comenzó a preguntar a aquellos maldados espíritus cuánto mal había hecho cada uno en el mundo. Y como cada uno respondiese lo que había hecho, salió uno de ellos en medio y dijo que había solicitado el ánimo del obispo Andreas con la figura de una mujer religiosa que tenía en su casa. Y como aquel malvado presidente oyese esto con grande atención, y lo tuviese por tanto mayor ganancia, cuanto más religiosa era la persona, el espíritu malo que había dado cuenta de esto, añadió que el día pasado a hora de vísperas había tentado tan fuertemente su

De otros animales.

83

añi mismo la de las valenas, que es muy notoria. Mas de zado esto a parte refiere a su grandeza estraña de un pece qe el año de mil y quientos y setenta y cinco a veynte y dos dias de Abril vino a la playa de Penuche, el qual echo llamar en tierra ya muerto. Fue esta una de las cosas grandes qe se vieron, porqe tenia quatro cobdos de largo, y el cuerpo por el lomo era prieto, y por la barriga blanco y lo largo de la cola de punta a punta era de quatro cobdos, y de anchura tenia como palmo, era tan corpulento qe de una banda a otra pesaba se vya dos libras de grande estrañura. Los ojos tenia cada uno un cobdo en largo. Y es de notar, qe la cabeza tenia leuanta da quatro cobdos en alto, y la boca no la tenia en la cabeza, como los otros peces, sino en la barriga. Los colmillos eran cada uno de ocho cobdos. Tenia también en la boca diez y tres dientes de cada banda, y cada diente tenia medio cobdo en redondo, y de un diente a otro aun un palmo de anchura. La figura del qual poner aqui, la qual se traxo al Rey don Enrique, que es en glosa.



En la fábrica deste pece se deuen notar el artificio della diuina providencia, porque la cabeza leuanta en alto para qe estuue en los ojos en ella como en una araña, para ver los peces de que esta bestia se auia de mantener. Y porque la distancia della cabeza al agua era grande, proueyo que la boca estuue en lo bajo, para estar mas cerca, y mas a punto de peccar lo que los ojos desde lo alto ya le descubriesen. Tambien he oydo que este pece tiene en la barriga un vnto que es muy medicinal y de grande precio.

De otras propiedades muy notables de diversos animales. Cap. XXII.

Después de los cinco capítulos en que lleuo alguna orden en tratar esta materia, a nadre elean que se contarán algunas cosas

extraordinarias de los animales: para que assi en ellas como en las plantas, vemos los reproductores y la sabiduría de aquella mano que derrota, que huchio todo este mundo de maravillas, y de tantos riesgos y predicadores de su gloria, quantas criaturas ay en el, porque la inencontrabilidad de nuestro corazón, de todos estos resplandores tenian necesidad.

Y comencemos primero por una cosa tan rara y tan extraordinaria como es el que se llama cova, o muelle de denture, segun Ambrosio por estas palabras. Esta es una qe habita en la region de Arabia, qe llega a quientos años de vida. La qual quando que se acerca el fin de sus dias, haze una como sepultura o arca de encienito y mirra, y otras cosas olorosas, y entra en medio della, y alli muere. Y de la carne de su cuerpo muerto, nace el pulano el qual poco a poco va creciendo hasta llegar a tener algo como el que de cuyas carnes se encienito y alli viene a renouarse, y cubra la mala forma y figura que en su origen tenia. Confirmamos esta en la ley de nuestra reuerendissima, la qual quito la diuina providencia que esperamos, y creyeron. Y para esto ordeno que esta fue tuuiese esta tan omeu ma nera de resurrección, para confirmarnos en ella fe. De modo que esta su edad para nosotros es como un año de vida. Pues no fue criado el hombre por amor de la cruz, sino por amor del hombre. Su uirtud es que no na de contentar el criador qe justos y eternos se merezcan, pues no confiamos qe muerdeno ella que del todo preceñe. Pues quien vca mos fue el qe denuncio a esta, el día de la muerte, para qe ella fuese la sepultura, y lo huchiese de su cuerpo, y cubra la mala forma, y en ella, abuelo su vida, donde con la suavidad de los buenos olores, se quite el mal olor de la carne podrida. Lo dicho es de S. Ambrosio. Pues por este exemplo entendamos quantos, quan diferentes maneras tiene la diuina sabiduria para coherar las esperanzas de sus criaturas, pues aqui se ve de tan nueva y tan extraordinaria manera: y esta accion es de con tan nuevos circunstantias como es declarado. Y no me olvidé de dexar de notar aqui qe siendo cosa tan natural, criate muchos gananos en las carnes podridas, della no nace mas que vino, para que una sola sea el que puea. Y a ella que no se oírto a tuar ninguno capitulo, Parte primera.

40 San Gregorio Magno.

corazón, que llegándose a la religiosa con semblante alegre, le había dado una palmadica en las espaldas. Entonces aquel antiguo enemigo del género humano comenzó a exhortar a este tentador a que diese cabo a lo que había comenzado, para que con esto alcanzase una corona singular entre todos sus compañeros. Pues estando el judío viendo todas estas cosas, y temblando con gran pavor de lo que veía, aquel malvado espíritu que allí presidía, mandó a los otros que fuesen a mirar quién era aquél que había osado dormir en aquel lugar. Y mirándolo ellos con grande atención, dieron voces diciendo: ¡Ay, ay! vaso vacío, mas bien sellado. Y respondiendo ellos esto, desapareció luego toda aquella compañía de espíritus malignos. Y hecho esto, el judío se levantó luego, y viniendo con gran prisa a la ciudad, y hallando al obispo en la iglesia, tomóle aparte y preguntóle si era molestado de alguna tentación. Y como el obispo de vergüenza no le confesase nada, él replicó que en tal día había puesto los ojos con mal amor en una sierva de Dios. Y como él todavía negase esto, el judío añadió diciendo: ¿Porqué niegas lo que te pregunto, pues ayer a hora de vísperas llegaste a darle una palmada en las espaldas? De lo cual maravillado el obispo y viéndose comprendido en aquella culpa, confesó lo que antes había negado. Entonces el judío le declaró la manera en que esto había sabido. Lo cual entendido, el obispo se postró en tierra haciendo oración a Dios, y luego despidió de su casa, no sólo aquella buena mujer, mas cualquiera otra que estuviese en su servicio. Y en aquel mismo templo de Apolo hizo un oratorio en nombre de santo Andrés, y quedó libre de toda aquella tentación. Y juntamente con esto trajo a conocimiento de Dios al judío por cuya visión y amonestación había sido curado: y instituyéndole en los misterios de la fe y lavándole con agua del santo bautismo, le puso en el gremio de la sancta Iglesia. Y así sucedió que el judío, procurando la salud ajena, alcanzase la suya propia. Y nuestro Señor Dios por el medio que encaminó la buena vida de uno, conservó en la buena vida de uno, conservó en la buena vida al otro.

Se ha destacado en su prosa el cultivo del solemne periodo ciceroniano, si bien en algunos aspectos ha sido consi-

derada manierista o precedente de la barroca.

La observación directa, concreta y detallada de la naturaleza, alcanza con fray Luis de Granada un punto extremo sólo equiparable precisamente al que ofrecen nuestros artistas del Barroco. Animales, plantas, flores y frutas han sido observados en su vivir y cambiar, no con fría mirada de naturalista, sino con amor y regocijo, demostrándonos cuántas horas debió de pasar en la huerta de su convento parándose a observar lo mismo el juego y habilidades de un pajarillo, que la astucia de los gatos para cazar por tapias y sembrados, o que el madurar de la fruta y el abrir de la flor, y hasta el cómo la hoja de un árbol se va perforando por obra de un gusanillo. Nos referimos a la parte primera de la *Introducción al símbolo de la fe*, obra que —como todas las suyas—, aunque revela innumerables lecturas, sin embargo, acusa y declara insistentemente esta observación personal que en forma directa quiere poner ante el lector.

(E. OROZCO, *Manierismo y barroco*)

Introducción al símbolo de la fe (1582) erasmista. Por su valor literario sobresalen sus descripciones de la naturaleza en la que no se trasluce ya la huella en la primera parte.

☛ Pues la hermosura de algunos árboles cuando están muy cargados de fruta ya madura, ¿quién no la ve? ¿Qué cosa tan alegre a la vista, como un manzano o camueso, cargadas las ramas a todas partes de manzanas, pintadas con tan diversos colores y echando de sí un tan suave olor? ¿Qué es ver un parral, y ver entre las hojas verdes estar colgados tantos y tan grandes y tan hermosos racimos de uvas de diversas castas y colores? ¿Qué son éstos, sino unos como hermosos joyeles que penden deste árbol? Pues el artificio de una hermosa granada, ¿cuánto nos declara la hermosura y artificio del Criador! El cual, por ser tan artificioso, no pudo dejar la representar en este lugar. Pues primeramente Él la vistió por de fuera con una ropa hecha a su medida, que la cerca toda y la defiende de la destemplanza de los soles y aires; la cual por de fuera es algo tiesa y dura, mas por dentro más blanda, porque no exaspere el fructo que en ella se encierra, que es muy tierno; mas dentro della están repartidos y asentados los granos por tal orden que ningún lugar, por pequeño que sea, queda desocupado y vacío. Está toda ella repartida en diversos cascós, y entre casco y casco se extiende una tela más delicada que un cendal, la cual los divide entre sí; porque como estos granos sean tan tiernos, consérvense mejor divididos con esta tela que si todos estuvieran juntos. Y allende desto, si uno destos cascós se pudre, esta tela defiende a su vecino para que no le alcance parte de su daño... Cada uno destos granos tiene dentro de sí un hoscico blanco, para que así se sustente mejor lo blando sobre lo duro, y al pie tiene un pezoncito tan delgado como un hilo, por el cual sube la virtud y jugo, dende lo bajo de la raíz hasta lo alto del grano; porque por este pezoncito se ceba él y crece y se mantiene, así como el niño en las entrañas de la madre por el ombliguillo. Y todos estos granos están asentados en una cama blanda, hecha de la misma materia de que es lo interior de la bolsa que viste toda la granada. Y para que nada faltase a la gracia desta fruta, remátase toda ella en lo alto con una corona real, de donde parece que los reyes tomaron la forma suya. En lo cual parece haber querido el Criador mostrar que era ésta reina de las frutas. A lo menos en el color de sus granos, tan vivos como el de unos corales, y en el sabor y sanidad desta fruta ninguna le hace ventaja. Porque ella es alegre a la vista, dulce al paladar, sabrosa a los sanos y saludable a los enfermos y de cualidad que todo el año se puede guardar. Pues ¿por qué los hombres, que son tan agudos en filosofar en las cosas humanas, no lo serán en filosofar en el artificio desta fruta y reconocer por él la sabiduría y providencia del que de un poco de humor de la tierra y agua cría una cosa tan provechosa y hermosa? Mejor entendía esto la esposa en sus cantares, en los cuales convida al esposo al zumo de sus granadas, y le pide que se vaya con ella al campo para ver si han florecido las viñas y ellas.

(*Introducción al símbolo de la fe*)



SANTA TERESA DE JESÚS

Teresa de Cepeda y Ahumada nació en Ávila en 1515. Hija de una familia judeo-conversa, soportó no pocos inconvenientes y desventajas durante su vida por tal condición social, que sería disfrazada durante el proceso de canonización en el siglo XVII; pero parece que incluso sus fundaciones fueron respaldadas por esta minoría, que repetidas veces encontró asilo en ellas.

Fue internada por su padre en 1531 en un colegio de agustinas de su ciudad natal, pero hubo de abandonarlo dos años después por problemas de salud. En 1535 abandonó la casa paterna para ingresar en el convento carmelita de la Encarnación. A poco de profesar (1537) cayó gravemente enferma y estuvo al borde de la

muerte, hasta que se recuperó en 1542, aunque toda la vida arrastraría secuelas de esta afección. Se empeñó entonces en la reforma de su orden, con objeto de recuperar la severidad y el rigor primitivos. En 1562 fundó el primer convento reformado en Ávila en compañía de otras tres monjas que huyeron con ella del convento de la Encarnación y dos más que se les unieron. Empezó a partir de aquel momento una sucesión de fundaciones por toda Castilla y Andalucía, de la que da buena cuenta en su *Libro de las fundaciones*, redactado parcialmente en 1572, retomado cuatro años más tarde y concluido en 1582, poco antes de fallecer en el convento de Alba de Tormes. Desde el comienzo la reforma le acarreó numerosos contratiempos con las autoridades eclesiásticas, lo mismo que a Juan de la Cruz (1542-1591), que había conocido a la madre Teresa de Jesús en Medina hacia 1567 y de inmediato lo ganó para su causa, así que encabezó la reforma de la rama masculina de la orden.

Como la espiritualidad española ha sido tan estudiada en general con relación a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz, la floración de la literatura ascético-mística que se hace tan abundante hacia 1555 se ha tratado naturalmente como una fase preparatoria que anuncia, y no más, la gran producción dominada por la escuela carmelitana. [...] La reforma carmelitana es, en realidad, un refugio que Santa Teresa y sus compañeros edifican para la oración mental amenazada. Aun en los asilos del Carmelo reformado, aun garantizada por una ascesis exigente, la oración de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz y de sus discípulos permanecerá expuesta a sospecha de iluminismo. Sus libros no se publicarán sino después de su muerte. Y así como fray Luis de León, editor de Santa Teresa, tiene que hacer un alegato en 1588 a favor de sus obras, cuya publicación parecía peligrosa, así también fray Basilio Ponce de León, sobrino de fray Luis y catedrático como él en la Universidad de Salamanca, tiene que escribir, más de treinta años después, una defensa de San Juan de la Cruz, cuyas obras se habían publicado en 1618.

(M. BATAILLON, *Erasmus y España*)

Sabido es el espíritu práctico de la santa y su preocupación por los asuntos económicos. Se han estudiado ciertas ocupaciones cotidianas suyas, así

como de Juan de Ávila, asociadas con la actividad burguesa, para subrayar el parentesco de la mística y de la modernidad.

Nuestros místicos y ascetas del XVI nos sorprenden una y otra vez por su adscripción vital a actividades totalmente repudiadas y poco menos que tenidas por impuras por la sociedad española. La obra toda de San Ignacio puede ser entendida como una de las más precoces manifestaciones de la moderna mentalidad primordialmente organizadora y técnica, raíz de su éxito al mismo tiempo que de sus debilidades. Venimos ponderando la inesperada dimensión tecnológica de San Juan de Ávila, y en seguida podríamos hallarle un paralelo insigne en la afición de Santa Teresa a relacionarse con banqueros, asentistas y mercaderes, gentes prosaicas pero eficaces y llanas de tratar, con las que obviamente se siente entre los suyos. No es tampoco inoportuno el recuerdo de las dotes administrativas de la Santa, harto notables en una España con su Real Hacienda en suspensión de pagos y en la que, no ya por falta de oro, sino por absoluta incapacidad económica, pasaban hambre y estrecheces las hijas del César Carlos. Por contraste, la Santa sabe estirar sus dinerillos, asegurar a sus hijas el men-drugo y el pedacito de sardina cecial y ocuparse, en medio de los más graves negocios, de un hornillo sumamente económico que dicen haber inventado en el convento de Sevilla, pero que puesto a prueba, lejos de ser "el machuelo de Soto", viene a quedar en pura andaluzada.

Si avanzamos un paso hacia la comprensión de tales hechos, se nos impone observar cómo los contemplativos han tendido a acercarse con ello a formas y estilos de vida de signo *moderno*, europeo que diríamos hoy. Apuntaban en el fondo a una mentalidad de tinte claramente burgués, en virtud de un proceso sociológico que en el caso muy visible de Santa Teresa es posible explicar ya hoy en toda su profundidad. La red de hasta quince colegios universitarios que alcanza a fundar Juan de Ávila con su puñado de amigos y discípulos constituye, sin duda, el mayor esfuerzo que se haya realizado en España en el sentido de centros de cultura creados por legítima iniciativa particular, sin el apoyo activo de la Iglesia ni del Estado y hasta sin el arrimo, que se diría indispensable, de una orden religiosa. Advirtamos cómo este interés de la mesocracia en erigir centros universitarios que reflejen sus aspiraciones constituye un indicio de sazónada madurez social, hasta el punto de no haber llegado a cuajar por completo más que en ambientes anglosajones decisivamente modelados por las formas puras del sistema capitalista y de la ética protestante. Aquella magnífica obra de los colegios del Maestro Ávila sirve como claro indicio de un rumbo de nuestra historia social que, a pesar de su prometedor madurez, se hace de pronto inviable en la segunda mitad del siglo XVI. Los colegios se disolvieron en pocos años; su memoria, y mucho más su significado, se hallan tan sepultos para nosotros que su descubrimiento alcanza a sorprendernos en un plano idéntico al de las inesperadas noticias sobre el invento de los ingenios hidráulicos.

El punto a que así venimos a desembocar es que misticismo, tecnología, capitalismo, tendían a darse en España como fenómenos concurrentes y solidarios, como facetas de un *continuum* arraigado en el mismo terreno vital. La actitud mística representa en España una radical novedad en ruptura con el pasado; la Edad Media castellana la desconoció por completo, por razones quizás afines a las que retardaron varios siglos el florecer de la lírica culta y redujeron a simples intentos el teatro sacro medieval. Misticismo, tecnología, capitalismo, coincidían en ser formas de *modernidad* todas ellas, pero por lo mismo carecían de futuro en una España que enconadamente repudiaba toda suerte de *novedades* y no permitía las mínimas estructuras sociológicas a través de las cuales las minorías y *élites* intelectuales (aplicadas a economía, ciencia, tecnología, pensamiento) iban a influir en la vida de las naciones modernas. España elige en cambio el inmovilismo intelectual garantizado por una alianza indestructible

de plebe y aristocracia: una sociedad que se deja jerarquizar en grado sumo porque previamente esas jerarquías y sus órganos de poder han renunciado a fomentar otros valores que los de la elemental plebeyez cristiano-vieja.

(F. MÁRQUEZ VILLANUEVA, "Los inventos de San Juan de Ávila")

La dedicación de Teresa de Jesús a la reforma de la orden no se limita a la actividad fundacional y a la gestión económica, sino también a la orientación espiritual que prestó a las hermanas de su orden, para quienes escribió sus

obras más importantes: *Camino de perfección* (1562-1569), el *Libro de la vida* (1564-1565) y *Las Moradas o Castillo interior* (1577). Precisamente se ha justificado el estilo que emplea por el público lector al cual iban destinadas sus obras.

[...] a veces la renuncia a la voz precisa hemos de explicarla como un acto de humildad. Si santa Teresa, al nombrar la *mística teología*, añade "que creo se llama así" (*Vida*, XI), es para mostrarse olvidada de sus libros; le ruboriza emplear un tecnicismo: no piensen que quiere parecer docta. La misma salvedad pundonorosa hace por motivo distinto para la palabra *melindre*, voz que, aunque muy familiar, le parecía llamativa: no vayan a creer que busca galanuras de lenguaje. La priora de un convento —escribe la santa— debe "mirar en la manera del hablar que vaya con simplicidad y llaneza y relión; que lleve más estilo de ermitaños y gente retirada, que no ir tomando vocablos de novedades y melindres, creo los llaman, que se usan en el mundo [...] préciase más de groseras que de curiosas en estos casos".

(R. MENÉNDEZ PIDAL, "El estilo de Santa Teresa")

Su estilo está, sin duda, condicionado por las lectoras a quienes dirige su obra, que es tanto como decir por su

feminidad, entendiéndola no sólo la de sus lectoras sino también la suya propia.

La abundosa literatura acumulada en torno a la Santa tal vez no pensó en multiplicar por su feminidad el sentido religioso de su vida y de su obra. Y, sin embargo, es necesario tomar esa feminidad como supuesto para la obra, ya que sin ninguna duda encontramos en ella la forma más compleja y más grácil que la palabra de mujer presentó jamás en España. [...]

Santa Teresa rechaza la abstracción, prefiere el amor divino inspirado en la humanidad de Cristo, fundado en elementos sensibles y expresados en símbolos y metáforas que alimenten la fantasía. No hay aquí "noche oscura del alma", como en Juan de la Cruz; en Teresa, la unión mística se produce, necesariamente, en un previo estado de ausencia de sí misma, en un total vacío de la mente, pero en un vacío cegador por su luz, no por su tiniebla; y rara vez sin el concurso de sus sentidos [...]

En el ámbito de lo divino, Teresa no prescinde de los sentidos; el no poder imaginar ni expresar lo acontecido en la superna aventura es, sobre todo, por una dificultad cuantitativa; nuestra imaginación no alcanza a tanto, pero no se niega la posibilidad de que sea imaginable lo que entonces acaece. Aunque Teresa haya alcanzado alguna vez momentos rigurosos en su contemplación mística (en *Las Moradas*), lo que domina en su obra es esta transposición de la experiencia sensible al mundo de lo que estrictamente aceptado debiera ser inefable, y que felizmente para nosotros y para el

arte, no quiso la Santa que fuera así. [...] Los místicos de más subido tono —Eckart, Juan de la Cruz— hunden sus sensibles naves al lanzarse a esa busca desenfadada de lo absoluto, de lo que a nada está atado, abismo sin forma y sin fondo. Teresa, alma muy femenina, transpuso su querer en su pensar, y éste arrastrará siempre, como preciosa ganga, el tesoro de su emoción y de su fantasía. Teresa se torna morada propicia y apacible para lo divinal, y en ella realiza el prodigio de perder la razón de sí misma sin, a la vez, dejar de existir en el mundo de lo extrarracional. De ahí la seducción de su arte, de temas que dan la impresión de ser nuevos, virginales y sin análogo en la milenaria vastedad del ensueño místico.

(A. CASTRO, *Teresa la Santa y otros ensayos*)

Otras investigaciones han indagado las fuentes de su obra en relación asimismo con ese estilo tan personal que la caracteriza y con su biografía:

En la redacción de la *Vida* y las *Moradas* o en la primera del *Camino*, y en todos los niveles lingüísticos, se advierten por doquier signos del doble propósito que constituye la cara y cruz de la moneda del estilo teresiano: expresar de manera directa y eficaz la vivencia interior, sin mediatizaciones convencionales de fórmulas estereotipadas; expresarla, a la vez, con fidelidad. [...]

En Santa Teresa confluye, desde luego, la tradición del medievo, [...] revitalizada con la savia de las nuevas corrientes personalizadoras del Renacimiento y contrastada en la crisis contrarreformista. De ahí, la absoluta libertad con que manipula los sedimentos de sus lecturas y la decisión con que afronta nuevas formas de expresión, capaces de transmitir eficazmente su personal vivencia interior. El esfuerzo es titánico. Los moldes lingüísticos de los libros espirituales constituían verdaderos estereotipos. Santa Teresa los engloba bajo una expresiva caracterización: "concertados"; esto es, escritos de acuerdo con un armónico plan preestablecido y útiles para entendimientos del mismo tipo. Su personalidad rebasa, sin embargo, tales esquemas y, como torrente impetuoso, busca terreno libre. [...]

Tanto Teresa de Jesús como Juan de la Cruz claman, desde la perspectiva maximalista del místico, contra esas almas que viven rectamente, que, incluso, se mortifican, pero que no se deciden a esa negación total que implica la autodejación en manos de Dios, a fin de que sea Él quien obre con sus modos, *desconcertantes* para los hombres. Visto con ojos racionales, el mundo que Teresa de Jesús comunica en sus escritos, es, también, absolutamente desconcertante: en él aparecen, en efecto, maridados lo natural y lo sobrenatural, el milagro y lo más cotidiano.

[...]

En Santa Teresa todo parte de la historia individual o pasa por ella. Porque incluso las zonas de vivencias espirituales no experimentadas reflejamente, son inquiridas desde el propio proceso de concienciación o de comunicación. Ya no cabe, por consiguiente, hablar de equidistancia entre el tratado y la biografía: la historia personal se hace teoría teológica y/o ésta se concreta vitalmente en lo biográfico. Por eso, sugiero hablar de *estilos* teresianos y no de estilo de Santa Teresa. Por eso, en el análisis del *Libro de la vida*, nos topamos con estructuras polimórficas, en las que se mezclan los estratos ensayísticos con la crónica o la autobiografía, y al tono expositivo se le adhiere el didáctico o el parenético o el que simplemente connota la expansión lírica. Cortejando esta práctica con la retórica tradicional de los

TRATADO
LLAMADO CAMI-
NO DE PERFECCION,
que escriuio para sus Monjas
la madre Teresa de IESVS, fun-
dadora de los monaste-
rios de

Detrás:
Portada de la edición de Guillermo
Foquel (Salamanca, 1585) del
Tratado llamado Camino de perfeccion.

Delante:
Lorenzo Bernini: *Éxtasis de Santa Teresa*
(boceto en terracota del grupo que está en la iglesia Santa
María de la Victoria, en Roma).
Museo del Ermitage, San Petersburgo.



tratados espirituales, brota espontáneo un calificativo; justo el que la escritora se autoatribuyó: *desconcertado*.

(V. GARCÍA DE LA CONCHA, *El arte literario de Santa Teresa*)

Suele clasificarse su obra en dos grupos, según predomine el aspecto autobiográfico o el ascético-místico. Al primer grupo pertenecen el *Libro de la vida* y el *Libro de las fundaciones*. Al segundo *Camino de perfección* y *Las moradas*.

El *Libro de la vida* fue redactado hacia 1564-1565, si bien se sabe de una primera versión de 1555 aproximadamente.

Consiste en un relato autobiográfico, en el cual se intercalan digresiones didácticas de índole espiritual, como las referentes a los cuatro grados de la oración mental, la explicación de algunos fenómenos místicos y de los efectos del favor divino. En el capítulo XX establece la diferencia entre *unión* y *arrobamiento*:

❧ Querría saber declarar con el favor de Dios la diferencia que hay de unión a arrobamiento u elevamiento, u vuelo que llaman de espíritu u arrebatamiento, que todo es uno. Digo que estos diferentes nombres todo es una cosa, y también se llama éxtasi. Es grande la ventaja que hace a la unión; los efectos muy mayores hace y otras hartas operaciones, porque la unión parece principio y medio y fin, y lo es en lo interior;⁴¹ más así como estotros fines son en más alto grado, hace los efectos interior y exteriormente. Declárelo el Señor, como ha hecho lo demás, que, cierto, si Su Majestad no me huviera dado a entender por qué modos y maneras se puede algo decir, yo no supiera.

Consideremos ahora que esta agua postrera que hemos dicho, es tan copiosa que, si no es por no lo consentir la tierra, podemos creer que se está con nosotros esta nube de la gran Majestad acá en esta tierra. Mas cuando este gran bien le agradecemos, acudiendo con obras según nuestras fuerzas, coge el Señor el alma, digamos ahora a manera que las nubes cogen los vapores de la tierra, y levántala toda de ella (helo oído así esto, de que cogen las nubes los vapores u el sol), y sube la nube al cielo y llévala consigo, y comiéndala a mostrar cosas de el reino que le tiene aparejado. No sé si la comparación cuadra, mas en hecho de verdad ello pasa así.

En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo, y así se siente muy sentido faltar de él el calor natural; vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite.

Aquí no hay ningún remedio de resistir; que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena y fuerza, resistir se puede casi siempre. Acá, las más veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube, u esta águila caudalosa, y cogeros con sus alas.

(*Libro de la vida*)

⁴¹ Interior: interior.

En los primeros capítulos relata su niñez y da cuenta de sus primeras lecturas: pronta inclinación a la virtud desde la

☛ Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios. Tenía uno casi de mi edad (juntávamonos entrambos a leer vidas de Santos), que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí. Como⁴² vía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntávame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertávamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen. Y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantávamos mucho el decir que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustávamos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad.

De que⁴³ vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenávamos⁴⁴ ser ermitaños; y en una huerta que había en casa procurávamos, como podíamos, hacer ermitas, puniendo unas pedrecillas, que luego se nos caían, y así no hallávamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuanto jugaba con otras niñas, hacer monesterios, como que éramos⁴⁵ monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

[...]

Era aficionada a libros de cavallerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor, sino desenvolvíenos para leer en ellos. Y por ventura lo hacía pues no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas de el día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan extremo lo que en esto me embavía, que, si no tenía libro nuevo no me parece tan contento.

(Libro de la vida)

⁴² Como: cuando.

⁴³ De que: desde que, después que.

⁴⁴ Ordenávamos: decidimos.

⁴⁵ Como que éramos: como si fuéramos.

En el capítulo XXXII refiere la fundación del convento de San José de Ávila, el primero reformado:

☛ Ofrecióse una vez estando con una persona, decirme a mí y a otras que si no seríamos para ser monjas de la manera de las descalzas, que aun posible era poder hacer un monesterio. Yo, como andaba en estos deseos, comencé a tratar con aquella señora mi compañera viuda que ya he dicho, que tenía el mismo deseo. Ella comenzó a dar trazas⁴⁶ para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino, y el deseo que de ello teníamos nos hacía parecer que sí. Mas yo, por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy a mi gusto y la celda en que estaba hecha muy a mi propósito, todavía me detenía. Con todo, concertamos de encomendarlo mucho a Dios.

Haviendo un día comulgado, mandóme mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monesterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase san Josef y que a la una puerta nos guardaría él y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras; y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor y que, aunque las religiones⁴⁷ estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas, que qué sería de el mundo si no fuese por los religiosos; que dijese a mi confesor esto que me mandaba, y que le rogava Él que no fuese contra ello ni me lo estorbare.

(Libro de la vida)

Al comienzo de *Camino de perfección* Teresa de Jesús trató de justificar la severidad de la reforma que se propuso:

☛ Al principio que se comenzó este monesterio a fundar (por las causas que ya en el libro que dije tengo escritas, con algunas de las grandezas de Dios, en que dio a entender se había mucho de servir en esta casa) no era mi intención huviese tanta aspereza en lo exterior, ni que fuese sin renta, antes quisiera huviera posibilidad para que no faltara nada; en fin, como flaca y ruin, aunque más intentos buenos llevaba en esto que mi regalo.

Venida a saber los daños de Francia de estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta, fatiguéme mucho, y como si yo pudiera algo u fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que vía perder; y como me vi mujer y ruin, y imposibilitada de aprovechar

⁴⁶ Dar trazas: tramitar.

⁴⁷ Religiones: religiones.

en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aun es que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos; y así determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada yo en la gran bondad de Dios que nunca falta de ayudar a quien por Él se determina a dejarlo todo, y que siendo tales cuales yo las pintava en mis deseos, entre sus virtudes no ternían fuerza mis faltas y podría yo contentar al Señor en algo para que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le train a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores y que no hubiese adonde reclinar la cabeza.

¡Oh Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos?; ¡siempre ha de ser de ellos los que más os fatiguen! A los que mijores obras hacéis, los que más os deven, a los que escogéis para vuestros amigos, entre los que andáis y os comunicáis por los sacramentos, no están hartos, Señor de mi alma, de los tormentos que os dieron los judíos.

Por cierto, Señor, no hace nada quien se aparta del mundo ahora; pues a Vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros?, ¿por ventura merecemos mejor nos tengan ley?, ¿por ventura hemosles hecho mijores obras para que nos guarden amistad los cristianos?, ¿qué es esto?, ¿qué esperamos ya los que por la bondad del Señor estamos sin aquella roña pestilencial?; que ya aquéllos son del demonio. ¡Buen castigo han ganado por sus manos y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno! ¡Allá se lo hayan!, aunque no se me deja de quebrar, el corazón ver tantas almas como se pierden; mas, del mal no tanto, querría no ver perder más cada día.

¡Oh hermanas mías en Cristo!, ayudádmele a suplicar esto; para esto os juntó aquí el Señor; éste es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones; no, hermanas mías, por negocios acá del mundo, que yo me río y aun me congojo de las cosas que aquí nos vienen a encargar, hasta que roguemos a Dios por negocios y pleitos por dineros, a los que querría yo suplicasen a Dios los repisasen todos. Ellos buena intención tienen, y allá lo encomiendo a Dios por decir verdad, mas tengo yo para mí que nunca me oye. Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios y quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, terníamos un alma menos en el cielo? No, hermanas mías; no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia. Por cierto que, si no es por corresponder a la flaqueza humana que se consuelan en que las ayuden en todo, que holgarías se entendiese que no son éstas las cosas que han de suplicar a Dios en San Josef.

(Camino de perfección)

Uno de los tratados culminantes del misticismo español es *Las moradas*. Teresa de Jesús redactó la obra al poco de haber sido denunciada a la Inquisición y en uno de los momentos más difíciles para sus intentos reformistas. Su contenido se organiza a través de

la metáfora del *castillo*, que permite explicar en clave alegórica el proceso de interiorización y de unión mística. Se ha estudiado el origen de esta metáfora en la epístola I de San Pedro y su desarrollo en el misticismo musulmán y en la mística cristiana.

El camino hacia la unión mística se configura a la manera de un castillo dividido en siete moradas, que ha de atravesar el alma hasta llegar a Dios. Las tres primeras pertenecen a la *vía purgativa*; las tres siguientes a la *iluminativa*; la última a la *unitiva*, en la que se realiza el matrimonio espiritual. En esta última celda, hondón y centro del Castillo, tiene lugar esa unión inefable, más íntima y deliciosa que ningún éxtasis, que no es en su esencia sino el resultado de la misteriosa fusión del "espíritu del alma" —que, sin embargo, conserva su individualidad— con la esencia divina. Es el momento en que el ser humano se olvida de todo, lo desprecia todo, todo lo trasciende engolfado en el piélagos de Dios.

(C. CUEVAS, *Ascética y mística*)

En la última sección del libro la santa dedica cuatro capítulos a las "moradas séptimas", para explicar "las merce-

des grandes que hace Dios a las almas que han llegado a entrar".

Es un secreto tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios allí a el alma en un instante y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a qué lo comparar, sino a que quiere el Señor manifestarle por aquel memento la gloria que hay en el cielo, por más subida manera que por ninguna visión ni gusto espiritual. No se puede decir más de que —a cuanto se puede entender— queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios, que como es también espíritu, ha querido Su Majestad mostrar el amor que nos tiene, en dar a entender a algunas personas hasta adónde llega, para que alabemos su grandeza; porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que así como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar Él de ella.

El desposorio espiritual es diferente, que muchas veces se apartan; y la unión también lo es; porque aunque unión es juntarse dos cosas en una, en fin, se pueden apartar y quedar cada cosa por sí, como vemos ordinariamente, que pasa de presto esta merced del Señor, y después se queda el alma sin aquella compañía, digo de manera que lo entienda. En estotra merced del Señor, no; porque siempre queda el alma con su Dios en aquel centro.

Digamos que sea la unión como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda la luz fuese una, u que el pabulo y la luz y la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la otra y quedan en dos velas, u el pabulo de la cera. Acá es como si cayendo agua del cielo en un río u fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrá ya dividir ni apartar cuál es el agua del río u lo que cayó del cielo; o como si un arroico pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; u como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque entra dividida, se hace todo una luz.

Quizá es esto lo que dice san Pablo: "El que se arrima y allega a Dios, hácese un espíritu con El", tocando este soberano matrimonio, que presupone haverse llegado Su Majestad a el alma por unión. Y también dice: "Mihi vivere Christus est, mori lucrum". Así me parece puede decir aquí el alma, porque es adonde la mariposilla que hemos dicho, muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo.

(Las moradas)

La novela de caballerías

El éxito de los libros de caballerías en la España del siglo XVI está íntimamente ligado al cambio de función política que experimenta la nobleza durante la Edad Moderna. Perdida la independencia de la que había gozado en la Edad Media y desaparecidos también los últimos caballeros andantes, la aristocracia se ve sometida más que nunca al poder absoluto del monarca y obligada a ejercer su influencia a través de la corte. Merece la pena considerar que se recorta su capacidad de decisión política precisamente cuando el imperio español alcanza sus máximas cotas de poder. No es raro, pues, que en sus ratos

de ocio esta aristocracia, que todavía evocaba con nostalgia la caballería andante de tiempos no muy lejanos, se dejase arrastrar por la idealización del espíritu caballeresco que le ofrecían los libros de este género y que resolviera sus reprimidos anhelos de poder mediante la ilusión de la aventura y la autonomía de actuación de las que disfrutaban los héroes caballerescos. Es lógico, asimismo, que con igual entusiasmo leyera estos libros la burguesía, celosa de imitar los hábitos de la nobleza y de aproximarse a su consideración social.

Condenados por todos, los libros de caballerías no dejaron de leerse. Los leían Carlos V y los caballeros y damas de la corte. Francisco I, prisionero en Madrid, se entretenía con el *Amadís* y lo hizo traducir al francés, con tanto éxito que durante el reinado de Enrique IV llegó a llamarse la *Biblia del rey*. [...] Gustaba tanto de leerlos santa Teresa en su infancia, que con su hermano Rodrigo, en pocos meses, compuso uno "con sus aventuras y ficciones". Los leía con deleite en sus mocedades caballerescas Ignacio de Loyola. A pesar de los anatemas de autoridades seculares y eclesiásticas, la Inquisición no los prohibió nunca. Cuando más, una real cédula de 1531, reiterada después, prohibió que se trajesen a América, adonde llegaron, sin embargo, profusamente como mercancía clandestina.

Se leían con fruición en España y en toda Europa. Su influencia se extendió al romancero, a la lírica, al teatro, y se manifestó en las costumbres. El *Amadís* llegó a ser el código caballeresco de la vida española y francesa en gran parte del siglo XVI. Sin duda por su influencia, pero ya con su ribete de ironía moderna, Carlos V, en un discurso pronunciado ante el Papa en 1536, desafió a Francisco I a un combate singular, para evitar víctimas inocentes, "armado o desarmado o en camisa, en una isla o ante sus ejércitos".

(A. ROSENBLAT, Introducción a su ed. del *Amadís de Gaula*)

Giorgione:
Retrato de gentilhombre
con armadura (h. 1510).
Galleria degli Uffizi,
Florencia.

Si bien los orígenes del género hay que buscarlos en la Europa medieval (el ciclo artúrico, Tristán e Isolda, las narraciones de Chrétien de Troyes, el ciclo del

Santo Grial), son singulares la evolución, el desarrollo y la decadencia del género en la España del siglo XVI.

Considerando el género caballeresco del siglo XVI desde una perspectiva dinámica, como algo vivo que fue creciendo a lo largo de todo el período y que tuvo, por tanto, su nacimiento, su desarrollo y su extinción, los libros de caballerías podrían agruparse en tres fases: la *fundacional*, la *constituyente* y la fase de *expansión y evolución*.

La fase *fundacional* culmina en los comienzos del siglo XVI con el *Amadís de Gaula* (1508), que configuró su singularidad durante dos siglos de tradición manuscrita. El *Amadís*, en la versión de Montalvo, es, por consiguiente, el resultado de un proceso en el que se sintetiza el modelo narrativo del ciclo bretón, basado en una caballería mundana orientada a la personal consecución de la fama, con la tradición caballerisca del ciclo troyano. El *Amadís* es además —mirando ya al siglo XVI— la puerta con que se abre un nuevo género literario, porque adapta y nacionaliza la materia caballerisca, porque crea un caballero símbolo del más noble ideal de enamorado y porque utiliza una estructura narrativa desde la que puede explicarse la organización de materiales de un buen número de libros de caballerías posteriores.

La estructura que ofrece el *Amadís* es trimembre, pues la obra consta de tres grandes unidades:

— la situación inicial presenta, con relación al héroe y a su grupo, caracteres de virtualidad y potencialidad;

— la situación final se caracteriza por la actualización de las virtualidades iniciales;

— la tarea caballerisca del héroe y de los caballeros de su grupo (secuencia intermedia de la obra) está constituida por un conjunto de episodios sucesivos fragmentable en estratos o niveles intermedios que llevan al protagonista y a sus caballeros desde las virtualidades iniciales a su actualización en la situación final.

El cuerpo central de aventuras caballeriscas se estructura asimismo en forma trimembre, pues el objetivo último —el matrimonio de Amadís con Oriana— depende de la consecución de tres objetivos previos: la cualificación del protagonista como el más valiente caballero (Libro I), como el más leal enamorado (Libro II) y la superación de la discordia entre Amadís y el rey Lisuarte tras el enfrentamiento colectivo entre los partidarios de uno y otro (Libros III y IV).

[...]

La fase *constituyente* está integrada por las obras que se publican entre 1510 y 1512: *Las sergas de Esplandián* (1510) y el *Florisando* (1510) —dos continuaciones de los *Amadises*—, el *Palmerín de Olivia* (1511) y el *Primaleón* (1512) —los dos primeros *Palmerines*—.

[...]

La fase de *expansión y evolución* del género se inicia a partir de 1514. Las nuevas obras que van apareciendo aceptan el material básico de la fase fundacional y constituyente, combinan las direcciones aparecidas, transforman temas y elementos constructivos e incorporan materiales de otros géneros literarios, como el pastoril, al tiempo que se desarrolla la crítica y la burla de la misma caballería que, poco a poco, encauza el género hacia el desprestigio y la propia destrucción. Dentro de esta fase

están las continuaciones de los *Amadises* y *Palmerines*. Entre los primeros destacan, al menos por su extensión, las obras de Feliciano de Silva: *Amadís de Grecia* (1530; *Amadís* 9) y las cuatro partes de la *Crónica de don Florisel de Niquea* (1532 y 1535; *Amadís* 10 y 11), muy ligadas en algunos episodios y situaciones a los primeros *Amadises* y *Palmerines*.

(F. CURTO HERRERO, "Los libros de caballerías en el siglo XVI")

Aunque hoy las consideramos novelas de aventuras, denominar *novelas* a los libros de caballerías hubiera resultado en el siglo XVI tan sorprendente como inapropiado.

Sin excepción, las historias contemporáneas de la literatura española intentan solucionar el problema de la definición genérica de los libros de caballerías insertándolos dentro del género de la novela bajo el nombre de "novelas de caballerías". Pero la aplicación del término "novela" al *Amadís*, al *Caballero Cifar* o a *Tirant lo Blanch* es sumamente problemática. Aunque sí resulta de valor al estudiar la relación entre tales obras y la narrativa posterior, impide y oscurece la investigación de sus antecedentes. Es esencial recordar, pues, que el vocablo "novela" no pertenece al léxico crítico-retórico de la Castilla de Rodríguez de Montalvo de fines del siglo XV, ni tampoco al de los siglos anteriores. Aun a comienzos del siglo XVII la palabra "novela" todavía no se empleaba en español en el sentido de una extensa narración ficticia en prosa, sino se restringía sólo a una narración relativamente corta de origen o estilo italiano. Así la emplea, por ejemplo, Cervantes en sus *Novelas ejemplares*.

De hecho, durante la Edad Media todos los cultivadores castellanos del género del libro de caballerías siempre se refieren a sus obras como "historias". Evidentemente, durante aquella época el término "historia" se aplicaba, con frecuencia, sin distinción alguna, tanto a narraciones totalmente fabulosas como a obras estrictamente históricas, o sea, verdaderas. En efecto, en gran parte de la narrativa medieval, a menudo, parecen borrarse del todo las fronteras entre lo que solemos considerar historia o novela desde nuestra perspectiva moderna.

(J. D. FOGELQUIST, *El "Amadís" y el género de la historia fingida*)

En el prólogo que Garci Rodríguez de Montalvo pone al frente de su refundición del *Amadís de Gaula* (Zaragoza, 1508) incluye la obra en el género histórico y distingue varias clases de historias según el "cimiento de verdad" sobre el que están compuestas. En una escala que va de lo verdadero a lo ficti-

cio alude en primer lugar a Tito Livio, a quien concede el mayor crédito como autor de una *historia verdadera*; mayor mezcla de ficción encuentra en "las antiguas historias de griegos y troyanos y de otros que batallaron", y por último define las *historias fingidas*:

➤ Otra manera de más conveniente crédito tuvo en la historia aquel grande historiador Tito Livio para ensalzar la honra y fama de los romanos, que apartándolos de las fuerzas corporales, los llegó al ardimiento y esfuerzo del corazón, porque si en lo primero alguna duda se halla, en lo segundo no se hallará;

que él por muy extremado y valiente esfuerzo dejó en memoria la osadía del que el brazo se quemó y de aquel que por su propia voluntad se lanzó en el peligroso lago. Ya por nos fueron vistas otras semejantes cosas de aquellas que, menospreciando las vidas, quisieron recibir la muerte por a otros las quitar, de guisa que, por lo que vimos, podemos creer lo suso que leímos, aunque muy extraño nos parezca. Pero por cierto en toda su grande historia no se hallará ninguno de aquellos golpes espantosos ni encuentros milagrosos que en las otras historias se hallan, como de aquel fuerte Héctor se recuenta y del famoso Aquiles, del esforzado Troilo y del valiente Áyax Telamón, y de otros muchos de que muy grande memoria se hace; según el oficio de aquellos que por escrito nos dejaron, así estas como otras mucho más cercanas a nos, como la de aquel señalado duque Godofre de Bullon en el golpe de espada que en la puente de Antioquía dio, y del turco armado, que casi dos pedazos hizo, siendo ya rey de Jerusalén. Bien se puede y debe creer haber habido Troya y ser cercada y destruida por los griegos, y asimesmo ser conquistada Jerusalén, con otros muchos lugares por este duque y sus compañeros; mas semejantes golpes que estos atribuyámoslos más a los escritores, como ya dije, que haber en efecto de verdad pasado. Otros hubo de más baja suerte que escribieron, que no solamente no edificaron sus obras sobre algún cimiento de verdad, mas sobre el rastro de ella. Estos son los que compusieron las *historias fingidas*, en que se hallan las cosas admirables fuera de la orden de natura, que más por nombre de *patrañas* que de *corónicas* con mucha razón deben ser tenidas y llamadas.

(G. RODRÍGUEZ DE MONTALVO, *Amadís de Gaula*, prólogo)

Poquísimas noticias se tienen de Rodríguez de Montalvo, salvo que fue regidor de Medina del Campo y que no vio impresa su refundición del *Amadís*, porque hacia 1505 ya había fallecido.

La génesis del *Amadís* todavía es casi un misterio. Se desconoce el texto original, cuándo y aun en qué lengua fue escrito. Rodríguez de Montalvo se encontró con un texto que se remonta, al menos, a comienzos del siglo XIV, según los testimonios que han podido rastrearse. El *Amadís* primitivo estaba compuesto por tres libros; se han hallado incluso varios fragmentos del tercero. La versión de Rodríguez de Montalvo está organizada en cuatro libros, a los que añade un quinto con las aventuras del hijo de Amadís, titulado *Las sergas de Esplandián*.

Las aventuras del héroe se desarrollan de acuerdo con el espíritu clásico de la caballería: la obtención de la honra y la fama por medio del esfuerzo desinteresado y por la fidelidad al amor de su dama. Amadís se enfrenta a toda clase de enemigos (caballeros, reyes, monstruos, gigantes, enanos, etc.) y de adversidades (pruebas, encantamientos, malentendidos, etc.) y culmina su trayectoria casándose con su amada Oriana, que ya había dado a luz en secreto a su hijo Esplandián.

Desde el comienzo del libro el lector conoce la desventura del protagonista desde su nacimiento; hijo de los amores secretos de la infanta Elisena de Inglaterra y del rey Perión de Gaula, es abandonado en un río nada más nacer:

• Había en aquel palacio del rey Garínter una cámara apartada, de bóveda, sobre un río que por allí pasaba, é tenía una puerta de hierro pequeña, por donde algunas veces al río salían las doncellas á folgar, y estaba yerma, que en ella no albergaba ninguno; la cual, por consejo de Darioleta, Elisena á su padre é madre, para reparo de su mala disposicion é vida solitaria que siempre procuraba tener, demando, é para rezar sus horas sin que de ninguno estorbada fuese, salvo de Darioleta, que sus dolencias sabia, que la sirviese é la acompañase; lo cual ligeramente por ellos le fué otorgado, creyendo ser su intencion solamente reparar el cuerpo con mas salud y el alma con vida mas estrecha; é dieron la llave de la puerta pequeña á la doncella, que la guardase e abriese cuando su fija por allí se quisiese solazar. Pues aposentada Elisena allí donde oides, con algo de mas descanso por se ver en tal lugar, que á su parecer antes allí que en otro alguno su peligro reparar podía, hubo consejo con su doncella qué se faria de lo que pariese. “¿Qué, Señora?, dijo ella; que padezca, porque vos seais libre.—;Ay, santa María!, dijo Elisena; y ¿cómo consentiré yo matar aquello que fué engendrado por la cosa del mundo que yo mas amo?—No cureis deso, dijo la doncella; que si vos mataren, no dejarán á ello.—Aunque yo como culpada muera, dijo ella, no querrán que la criatura inocente padezca.—Dejemos agora de hablar mas en ello, dijo la doncella; que gran locura seria, por salvar una cosa sin provecho, condenásemos á vos é á vuestro amado, que sin vos no podría vivir; é vos viviendo y él, otros hijos é hijas habréis, que el deseo deste vos hará perder.”

Como esta doncella muy sesuda fuese, é por la merced de Dios guiada, quiso antes de la priesa tener el remedio, y fué así desta guisa: que ella hobo cuatro tablas tan grandes, que así como arca, una criatura con sus paños encerrar pudiese, é tanto larga como una espada, é hizo traer ciertas cosas para un betúmen con que las pudiese juntar, sin que en ella ningun agua entrase, é guardólo todo debajo de su cama sin que Elisena lo sintiese, hasta que por su mano juntó las tablas con aquel recio betúmen, é la fizo tan igual é tan bien formada como si la ficiera un maestro. Entonces la mostró á Elisena é díjole: “Para qué vos parece que esto fué fecho?—No sé, dijo ella.—Saberlo heis, dijo la doncella, cuando menester será.” Y ella dijo: “Poco daria por saber cosa que se hace ni dice; que cerca estoy de perder mi bien é alegría.” La doncella hobo gran duelo de así la ver; é viniéndole las lágrimas á los ojos, se le tiró delante porque no la viese llorar. Pues no tardó mucho que á Elisena le vino el tiempo de parir, de que los dolores sintiendo, como cosa tan nueva é tan extraña para ella, en grande amargura su corazón era puesto, como aquella que le convenía no poder gemir ni quejar, que su angustia con ello se doblaba. Mas en cabo de una pieza quiso el Señor poderoso que sin peligro suyo un hijo pariese; é tomándole la doncella en sus manos, vido que era hermoso si ventura hobiese; mas no tardó de poner en ejecucion lo que convenia, según de antes lo pensara, y envolvióle en muy ricos paños, é púsolo cerca de su madre, é trajo allí el arca que ya oistes, é díjole Elisena: “¿Qué quereis hacer?—Ponerlo aquí é lanzarlo en el río, dijo ella, é por ventura guarecer podrá.” La madre lo tenía en sus brazos, llorando fieramente é diciendo: “Mi hijo pequeño, ¡cuán grave es á



Los quatro libros del virtuoso cauallero Amadis de Gaula: Complidos.

Portada de *Los quatro libros del virtuoso caballero Amadis de Gaula*.
George Croci, Zaragoza, 1508.

mí la vuestra cuita!" La doncella tomó tinta é pergamino, é fizo una carta que decia: "Este es Amadís Sin-tiempo, fijo de rey;" é sin tiempo decia ella, porque creia que luego seria muerto; y este nombre era allí muypreciado, porque así se llamaba un santo á quien la doncella lo encomendó. Esta carta cubrió toda de cera, é puesta en una cuerda, gela puso al cuello de niño. Elisena tenía el anillo que el rey Perion le diera quando de la se partió, é metiólo en la misma cuerda de la cera, é asimismo, poniendo el niño dentro en el arca, le pusieron la espada del rey Perion, que la primera noche que ella con él durmiera la echó de la mano en el suelo, como ya oistes, é por la doncella fué guardada; aunque el Rey la halló menos, nunca osó por ella preguntar, porque el rey Garinter no hobiese enojo con aquellos que en la cámara entraban.

Esto así fecho, puso la tabla encima tan junta é bien calafeteada, que agua ni otra cosa allí podía entrar; é tomándola en sus brazos, é abriendo la puerta, la puso en el rio é dejóla ir; é como el agua era grande é recia, presto la pasó á la mar, que mas de media legua de allí estaba. A esta sazón el alba parecia, é acaeció una hermosa maravilla de aquellas que el Señor muy alto, quando á él place, suele hacer: que en la mar iba una barca en que un caballero de Escocia iba con su mujer, que de la pequeña Bretaña llevaba, parida de un hijo que se llamaba Gandalin, y el caballero habia nombre Gandáles, é yendo á mas andar, subia contra Escocia. Siendo ya mañana clara, vieron el arca que por el agua nadando iba, é llamando cuatro marineros, les mandó que presto echasen un batel é aquello le trajesen; lo cual prestamente se hizo. Como quiera que ya el arca muy léjos de la barca pasado habia, el caballero tomó el arca é tiró la cobertura, é vió el doncel, que en sus brazos tomó, é dijo: "Este de algun buen lugar es;" y esto decia él por los ricos paños y el anillo é la espada, que muy hermosa le pareció, é comenzó á maldecir la mujer que por miedo tal criatura tan cruelmente desamparado habia; é guardando aquellas cosas, rogó á su mujer que lo hiciese criar, la cual hizo darle la teta de aquella ama que á Gandalin, su hijo, criaba, é tomóla con gran gana de mamar, de que el caballero é la dueña mucho alegres fueron. Pues así caminaron por la mar con buen tiempo enderezado, hasta que aportados fueron á una villa de Escocia que Antalia habia nombre, y de allí partiendo, llegaron á un castillo suyo, de los buenos de aquella tierra, donde hizo criar el doncel como si su fijo proprio fuese; é así lo creian todos que lo fuese; que de los marineros no se pudo saber su hacienda, porque en la barca, que era suya, á otras partes navegaron.

(*Amadís de Gaula*)

Luego de ser armado caballero, sus padres lo reconocerán, pero después habrá de ganarse el favor del padre de su amada, el rey de Gran Bretaña

Lisuarte, y aun vencer las suspicacias de Oriana, ofendida por la relación que Amadís, forzado por las circunstancias, mantiene con la doncella Briolanja.

Como ya se dijo antes desto, en la primera parte desta grande historia, cómo seyendo Oriana, por las palabras que al Enano oyó de las piezas de la espa-

da, á la ira é saña sojuzgada, é puesta que en tan grande alteracion, que muy poco fruto sacaron Mabilia ni la doncella de Denamarca de los verdaderos consejos que por ellas le fueron dados; é agora se os contará lo que sobre esto hizo ella desde aquel dia, siempre dando lugar á que la pasion suya creciese, mudada su acostumbrada condicion, que era estar en la compañía de aquellas, apartándose con mucha esquiviza, todo lo mas del tiempo estaba sola, pensando cómo podría, en venganza de su saña, dar la pena que merecia aquel que la causara; é acordó que pues la presencia apartada era, que en ausencia todo su sentimiento por escripto manifiesto le fuese; é fallándose sola en su cámara, tomando de su cofre tinta é pergamino, una carta escribió, que decia así:

CARTA QUE LA SEÑORA ORIANA ENVIA Á SU AMANTE AMADÍS

Mi rabiosa queja, acompañada de sobrada razon, da lugar á que la flaca mano declare lo que el triste corazon encobrir no puede contra vos el falso y desleal caballero Amadís de Gaula; pues ya es conocida la deslealtad é poca firmeza que contra mí, la mas desdichada y menguada de ventura sobre todas las del mundo, habeis mostrado, mudando vuestro querer de mí, que sobre todas las cosas vos amaba, poniéndole en aquella que, segun su edad, para la amar ni conocer su discrecion basta; é pues otra venganza mi sojuzgado corazon tomar no puede, quiero todo el sobrado y mal empleado amor que en vos tenia apartarlo; pues gran yerro sería querer á quien, á mi desamando, todas las cosas desame por le querer y amar. ¡Oh qué mal empleé é sojuzgué mi corazon, que en pago de mis suspiros é pasiones, burlada y desechada fuese! E pues este engaño es ya manifiesto, no parezcáis ante mí ni en parte donde yo sea; porque sed cierto que el muy encendido amor que vos habia es tornado, por vuestro merescimiento, en muy rabiosa é cruel saña; é con vuestra quebrantada fe é sábios engaños id á engañar otra cativa mujer como yo, que así me vencí de vuestras engañosas palabras, de las cuales ninguna salva ni excusa serán recibidas; antes, sin vos ver, plañiré con mis lágrimas mi desastrada ventura é con ellas daré fin á mi vida, acabando mi triste planto.

Acabada la carta, cerróla con sello de Amadís muy conocido, é puso en el sobrescrito: "Yo soy la doncella ferida de punta de espada por el corazon, é vos sois el que me feristes." E hablando en gran secreto con un doncel que Durin se llamaba, hermano de la doncella de Denamarca, le mandó que no holgase fasta llegar al reino de Sobradisa, donde fallaria á Amadís, é aquella carta le diese, é que mirase al leer della su semblante y que aquel dia le aguardase, no tomando dél respuesta aunque dárgele quisiese.

(Amadís de Gaula)

Amadís vaga en sus aventuras de un lado a otro y viaja por una Europa plagada de lugares fantásticos, que se alterna con denominaciones reales, para aportar cierta verosimilitud al lector. En este iti-

nerario el protagonista cambia de nombre en varias ocasiones (Beltenebros, el caballero de la Verde Espada, el caballero Griego). En la isla del Diablo vence al monstruo Endriago:

El Endriago venia tan sañado, echando por la boca humo mezclado con llamas de fuego, é firiendo los dientes unos con otros, haciendo gran espuma é haciendo crujir las conchas é las alas tan fuertemente, que gran espanto era de lo ver. Así hobo el caballero de la Verde Espada, especialmente oyendo los silbos é las espantosas voces roncadas que daba; é como quiera que por palabra gelo señalaran, en comparacion de la vista era tanto como nada; é cuando el Endriago los vió comenzó á dar grandes saltos é voces, como aquel que mucho tiempo pasara sin que hombre ninguno viera, é luego se vino contra ellos. Cuando los caballos del de la Verde Espada y de Gandalin lo vieron, comenzaron á fuir tan espantados, que apenas los podian tener, dando muy grandes bufidos. E cuando el de la Verde Espada vió que á caballo á él no se podia llegar, descendió muy presto é dijo á Gandalin: "Hermano, tente afuera en ese caballo, porque ambos no nos perdamos, et mira la ventura que Dios me querrá dar contra este diablo tan espantable, é ruégale que por la su piedad me guie cómo le quite yo de aquí, y sea esta tierra tornada al su servicio; é si aquí tengo de morir, que me haya merced del ánima, y en lo otro faz como te dije." Gandalin no le pudo responder; tan reciamente lloraba, porque su muerte veia tan cierta, si Dios milagrosamente no lo escapase. El caballero de la Verde Espada tomó su lanza é cubrióse de su escudo como hombre que ya la muerte tenia tragada, perdido todo su pavor, é lo mas que pudo se fué contra el Endriago así á pié como estaba. El diablo, como lo vido, vino luego para él, y echó un fuego por la boca con un humo tan negro, que apenas se podian ver el uno al otro, y el de la Verde Espada se metió por el fumo adelante, y llegando cerca dél, le encontró con la lanza por muy gran dicha en el un ojo; así que, gelo quebró; y el Endriago echó las uñas en la lanza é tomóla con la boca é hízola pedazos, quedando el fierro con un poco del asta metido por la lengua é por las agallas; que tan recio vino, que él mesmo se metió por ella; é dió un salto por lo tomar, mas con el desatiento del ojo quebrado no pudo, é porque el caballero se guardó con gran esfuerzo é viveza de corazon, así como aquel que se via en la misma muerte, el puso mano á la su muy buena espada, é fué á él que estaba como desatentado, así del ojo como de la mucha sangre que de la boca le salia, é con los grandes resoplidos y resollidos que daba, todo lo mas de ella se le entraba por la garganta, de manera que cuasi el aliento le quitara, é no podia cerrar la boca ni morder con ella; y llegó á él por el un costado, é dióle tan gran golpe por cima del conchas, que le no pareció sino que diera en una peña dura, é ninguna cosa le cortó.

Como el Endriago le vido tan cerca de sí, pensóle de tomar entre sus uñas, é no le alcanzó sino en el escudo, é levólo tan recio, que le hizo dar de manos en tierra; y en tanto que el diablo lo despedazó todo con sus muy fuertes é duras uñas, hobo el caballero de la Verde Espada lugar de levantarse, é como sin escudo se vió, é la espada no cortaba ninguna cosa, bien entendió que su fecho no era nada, si Dios no le enderezase á que el otro ojo le pudiese quebrar; que por otra ninguna parte no aprovechaba nada trabajar de lo ferir, é con saña, pospuesto todo temor, fué para el Endriago, que muy fallecido é flaco estaba, de la mucha sangre que perdía del ojo quebrado; é como las cosas pasadas de



Xilografía original
para ilustrar la
continuación del
Amadís de Gaula
según Garcí Rodrí-
guez de Montalvo.

su propia servidumbre se caen y perecen, é ya enojado nuestro Señor que el enemigo malo hobiese tenido tanto poder y fecho tanto mal en aquellos que, aunque pecadores, en su santa fe católica creían, quiso darle el esfuerzo é gracia especial, que sin ella ninguno fuera poderoso de acometer ni osar esperar tan gran peligro, á este caballero, para que sobre toda órden de natura diese fin á aquel que á muchos lo habia dado, entre los cuales fueron aquellos malaventurados su padre é madre; y pensando acertarle en el otro ojo con la espada, quísole Dios guiar á que gela metió por una de las ventanas de las narices, que muy anchas las tenia, é con la gran fuerza que puso é la que el Endriago traia, el espada caló tanto, que le llegó á los sesos; mas el Endriago, como le vido tan cerca, abrazóse con él, é con las sus muy fuertes é agudas uñas rompióle todas las armas de las espaldas é la carne é los huesos fasta las entrañas; é como él estaba ahogado de la mucha sangre que bebia, é con el golpe de la espada que á los sesos le pasó, é sobre todo, la sentencia que de Dios sobre él era dada, é no se podia revocar, no se pudiendo ya tener, abrió los brazos é cayó á la una parte como muerto sin ningun sentido. El caballero, como así lo vió, tiró por la espada y metiógela por la boca cuanto mas pudo, tantas veces, que lo acabó de matar; pero quiero que sepais que antes que el alma le saliese, salió de su boca el diablo é fué por el aire con muy gran tronido; así que, los que estaban en el castillo lo oyeron como si cabe ellos fuera, de lo cual hobieron gran espanto, é conocieron cómo el caballero estaba ya en la batalla; é como quiera que encerrados estoviesen en tan fuerte lugar, é con tales aldabas é candados, no fueron muy seguros de sus vidas; é si no, porque la mar todavía era muy brava, no osaran allí atender que á ella no se fueran; pero tornáronse á Dios con muchas oraciones que de aquel peligro los sacase, é guardase á aquel caballero que por su servicio cosa tan extraña acometia.

La novela pastoril

El género pastoril alcanzó un éxito considerable, sobre todo entre el público cortesano, desde la aparición de la *Diana* de Montemayor (1559). La novela pastoril está ligada a la tradición bucólica, cuyo origen se remonta a las églogas de Teócrito (s. III a.C.) y Virgilio (70-19 a.C.), restaurada en el Renacimiento italiano con obras como el *Ninfale d'Ameto* (1341) de Giovanni Boccaccio y la *Arcadia* (1504) de Jacopo Sannazaro y, en España, con la *Égloga de Plácida y Victoriano* (1513) de Juan del Encina y las églogas de Garcilaso de la Vega.

Un antecedente inmediato de la *Diana* del portugués Montemayor es *Menina e Moça*, de su compatriota Bernardim Ribeiro, que la redactó en la primera mitad del siglo XVI en su propio idioma —no como Montemayor, que lo hizo en castellano—, circuló manuscrita en vida del autor y se publicó póstumamente (1554), junto con unas églogas. Encontramos, asimismo, antecedentes de narraciones pastoriles en algún libro de caballerías, como la historia de los pastores Darinel y Silvia en el *Amadís de Grecia* (1530) de Feliciano de Silva, que introdujo otro episodio pastoril en su

Segunda comedia de Celestina (1534), lo mismo que Antonio de Torquemada en el sétimo de sus *Coloquios satíricos* (1553).

El creciente interés por esta clase de ficción, reforzado por el auge de la poesía pastoril, refleja sin lugar a dudas (aunque es discutible en qué medida) la actitud casi mística ante la naturaleza que encontramos en el Renacimiento, producto del resurgir florentino del neoplatonismo del siglo xv. Para los neoplatónicos el amor era la fuerza que dirige y ordena el universo: la naturaleza del amor, tanto "cósmico" como humano, adquirió, por lo tanto, un profundo interés. Los escritos de Marsilio Ficino sobre el amor (su comentario del *Symposium* de Platón, etc.) fueron los primeros dentro de una larga producción de tratados de este género que se escribieron durante el siglo xvi y en años posteriores. Ya que se tenía a la naturaleza como manifestación de este sentimiento cósmico, la literatura bucólica llegó a ser considerada como el vehículo apropiado para la discusión del amor, y el pastor, habitante típico del escenario bucólico, su verdadera encarnación.

(R. O. JONES, *Siglo de Oro: prosa y poesía*)

Es el diálogo de raigambre clásica, como hemos visto en capítulos anteriores, una técnica muy cultivada durante el Renacimiento como método didáctico, pero en el caso de la novela pastoril cobra un sentido especial como medio de análisis de los sentimientos y de contraste de perspectivas en sintonía con las contradicciones internas en que se "debaten" los personajes.

Los personajes, gracias a estos diálogos, buscan el realce del caso personal, que así comunican a los demás desde su propio punto de vista. Esta preferencia por la expresión comunicada impide a veces exposiciones de sentido unitario, pero en este caso hace que el platonismo poético del siglo xvi se difunda, no en los tratados humanistas o en los diálogos reposados de una academia o reunión cortesana, sino en estos libros apasionados, lacrimosos y aparentemente desordenados. [...]

En los libros de pastores hay, asimismo, una amplia problemática amorosa; cada caso sobreviene en combinación con otros, pero en sí posee unidad de desarrollo y desenlace. Su exposición es dramática; es la conversación, el diálogo, la réplica lo que separa un caso del otro dentro de una sutil casuística amorosa. No importa tampoco que cada personaje sea un caso determinado de amor, y en este sentido, parcial; el desfile de tantos como forman la *Diana* ha de ser en conjunto una consideración del amor más viva que la que ofrezca cualquier tratado. La variedad de los amantes impide al escritor aquel insistir morboso sobre un mismo caso, como pasa en el relato sentimental de fines de la Edad Media. Parece como si el Renacimiento hubiera abierto las puertas a la diversidad de los casos humanos y hubiese querido mostrar en diferentes aspectos o procesos lo que en la teoría platónica es aspiración a la unidad.

(F. LÓPEZ ESTRADA, Introd. a su ed. de *Diana*, de Montemayor)

El autor de *Los siete libros de Diana*, Jorge de Montemayor, tomó su apellido de su villa natal, Montemôr o Velho, cerca de Coimbra, donde nació hacia 1520. En 1543 lo encontramos en el séquito de la primera esposa de Felipe II,

la infanta María de Portugal, de cuya capilla fue cantor sacro. A la muerte de doña María (1545), pasó a servir a la hermana menor del monarca, la infanta doña Juana, de quien llegó a ser aposentador cuando, en 1552, contrajo matrimonio con el príncipe João de Portugal, con ocasión de lo cual regresó a su país de origen. Cuando doña Juana, ya viuda, dio a luz a quien sería el célebre rey don Sebastián de Portugal (1554), Montemayor viajó con el séquito del emperador a Inglaterra, donde este había de contraer matrimonio con María Tudor, y al año siguiente lo acompañó con la comitiva a Flandes con motivo de la abdicación de Carlos V. Murió trágicamente en el Piamonte en 1561.

Los siete libros de Diana (Valencia, 1559) es la primera novela pastoril de la literatura española. Se imprimió por

vez primera en Valencia en 1559, en la misma imprenta, la oficina de Juan Mey y sus herederos, en la que habrían de editarse, al amparo del éxito de la obra de Montemayor, las continuaciones de Alonso Pérez (*Segunda parte de la Diana de Jorge de Montemayor*, 1563) y de Gaspar Gil Polo (*Diana enamorada*, 1564).

La novela de Montemayor relata la historia de los amores de su protagonista y los pastores Sireno, Silvano y Delio, y de la visita que hacen a la corte de la maga Felicia en compañía de otros pastores que sufren semejantes problemas sentimentales, para tratar de resolverlos. El marco responde al arquetipo bucólico, y en consecuencia, los episodios y aventuras sentimentales de estos personajes hay que leerlos bajo la óptica del idealismo neoplatónico.

La naturaleza, que provee el escenario de la novela, está captada, por consiguiente, en sus líneas esencializadas. Al tamizar la riqueza y variedad natural en un acercamiento a lo arquetípico, los elementos constitutivos se reducen en forma drástica, hasta quedar simbolizados en lo sustantivo mínimo. Un prado, un arroyo, una fuente, unos árboles, tal es el escenario usual en la *Diana*, común, por lo demás, a casi todas las pastorales españolas, así en verso como en prosa. [...]

La naturaleza quintaesenciada provee, pues, el escenario ideal e idílico que recorren los pastores en actitudes plásticas de *ballet*, comparación apropiada, ya que este mundo está transido de ecos musicales. Pero cuando los pastores se alejan de su ambiente nativo, el escenario cambia de características. Así ocurre al comienzo del libro VI, que marca el paso del mundo natural de los pastores al fantástico de la sabia Felicia. El palacio de Felicia, templo de Diana u hospital de enamorados, es acabado y lujosísimo modelo de arquitectura renacentista, y su minuciosa descripción se encarga de deslindar con cuidado la materia pastoril de la no pastoril. Este palacio bien puede ser, en sus detalles, suma de las experiencias de Montemayor durante su vida cortesana, pero, si se le quitan los oropes del arte quinientista y se lo reduce a su función esencial, el palacio se transfigura en el castillo alegórico, típico de la literatura erótica medieval.

(J. B. AVALLE-ARCE, *La novela pastoril española*)

Al comienzo de la novela Sireno y Diana se aman mutuamente, mientras Silvano lamenta que la pastora lo desdigne. Sireno debe irse durante un largo

periodo y regresa al cabo de un año; para entonces Diana se ha desposado con Delio.

Acabando Silvano la amorosa canción de Diana, dixo a Sireno, que como fuera de sí estava oyendo los versos que después de su partida la pastora había cantado:

—Cuando esta canción cantava la hermosa Diana, en mis lágrimas pudiera ver si yo sentía las que ella por tu causa derramava. Pues no queriendo yo dalle a entender que la había entendido, disimulando lo mejor que pude, que no fue poco podello hazer, lleguéme adonde estava...

Sireno entonces le atajó diziendo:

—Ten punto, Silvano. ¿Que un corazón que tales cosas sentía pudo mudar-se? ¿Oh constancia, oh firmeza! ¡Y cuán pocas vezes hazéis asiento sobre corazón de hembra, que cuanto más sujeta está a quereros, tanto más pronta está para olvidaros! Y bien creí yo que en todas las mugeres había esta falta, mas en mi señora Diana jamás pensé que naturaleza había dexado cosa buena por hazer.

Prosiguiendo, pues, Silvano por su historia adelante le dixo:

—Como yo me llegasse más a donde Diana estava, vi que ponía los ojos en la clara fuente, adonde, prosiguiendo su acostumbrado oficio, comenzó a dezir: “Ay, ojos, y cuánto más presto se os acabarán las lágrimas que la ocasión de derramallas! ¡Ay mi Sireno! Plega a Dios que antes que el desabrido invierno desnude el verde prado de frescas y olorosas flores, y el valle ameno de la menuda yerva, y los árboles sombríos de su verde hoja, vean estos ojos tu presencia tan deseada de mi ánima, como de la tuya devo ser aborrescida.” A este punto alzó el divino rostro y me vido; trabajó por disimular el triste llanto, mas no lo pudo hazer de manera que las lágrimas no atajassen el passo a su disimulación. Levantóse a mí diziendo: “Siéntate aquí, Silvano, que assaz vengado estás y a costa mía. Bien paga esta desdichada lo que dizes que a su causa sientes, si es verdad que es ella la causa.” “¿Es posible, Diana”, le respondí, “que esso me quedava por oír? En fin, no me engaño en dezir que nascí para cada día descubrir nuevos géneros de tormentos, y tú para hazerme más sinrazones de las que en tu pensamiento pueden caber. ¿Ahora dudas ser tú la causa de mi mal? Si tú no eres la causa de él, ¿quién sospechas que mereciese tan gran amor? ¿O qué corazón habría en el mundo, si no fuesse el tuyo, a quien mis lágrimas no huviessen ablandado?” Y a esto añadí otras muchas cosas de que ya no tengo memoria; mas la cruel, enemiga de mi descanso, atajó mis razones diziendo: —“Mira, Silvano, si otra vez tu lengua se atreve a tratar de cosa tuya y a dexar de hablarme en el mi Sireno, a tu plazer te dexaré gozar de la clara fuente donde estamos sentados. ¿Y tú no sabes que toda cosa que de mi pastor no tratare me es aborrecible y enojosa; y que a la persona que quiere bien, todo el tiempo que gasta en oír cosa fuera de sus amores le parece mal empleado?” Yo entonces, de miedo que mis palabras no fuessen causa de perder el descanso que su vista me ofrescía, puse silencio en ellas y estuve allí un gran rato, gozando de ver aquella hermosura sobrehumana, hasta que la noche se dexó venir con mayor presteza de lo que yo quisiera; y de allí nos fuimos los dos con nuestros ganados al aldea.

Sireno sospirando le dixo:

—Grandes cosas me has contado, Silvano; y todas en daño mío. ¡Desdichado de mí! ¡Cuán presto vine a experimentar la poca constancia que en las mugeres hay! Por lo que les devo, me pesa. No quisiera yo, pastor, que en algún tiempo se oyera decir que en un vaso donde tan gran hermosura y discreción juntó naturaleza, huviera tan mala mixtura como es la inconstancia que conmigo ha usado. Y lo que más me llega al alma es que el tiempo le ha de dar a entender lo mal que conmigo lo ha hecho, lo cual no puede ser sino a costa de su descanso. ¿Cómo le va de contentamiento después de casada?

Silvano respondió:

—Dízenme algunos que le va mal; y no me espanto, porque, como sabes, Delio, su esposo, aunque es rico de los bienes de Fortuna, no lo es de los de naturaleza, que en esto de la disposición ya ves cuán mal mal le va; pues de otras cosas de que los pastores nos preciamos, como son tañer, cantar, luchar, jugar al cayado, bailar con las moças el domingo, parece que Delio no ha nascido para más que mirallo.

—Ahora, pastor —dixo Sireno—, toma tu rabel y yo tomaré mi çampoña, que no hay mal que con la música no se passe, ni tristeza que con ella no se acreciente.

(Los siete libros de Diana)

El valenciano Gaspar Gil Polo, de quien apenas se tienen noticias biográficas, escribió la continuación más meritoria de la *Diana* de Montemayor. Como sucedió con la obra de éste, el éxito de la *Diana enamorada* fue también inmediato.

Gil Polo se propone explícitamente, desde el comienzo mismo de la obra, dotar a su novela de una intención moralizadora de la que carecía el libro de Montemayor.

El propósito de que de la *Diana enamorada* se saque una lección pertenece a la Poética de la obra, como Polo dejó claro en la “Epístola a los lectores”. Además de ser una “satisfacción del gusto delicado” (recíproca del autor y los oyentes, el primero por montar el artificio literario, y los segundos, por percibirlo), el libro sirve para “aprovechar a los que, con ejemplo de vidas ajenas, quisieran asegurar la suya”. Para cumplir este fin, Gaspar Gil establece en el curso de la obra un plano expositivo desde el cual pueda dirigirse al lector y comentar el efecto de los sucesos que cuenta. Este plano suele estar en la cabeza de los “libros” (o partes de la obra), y allí avisa de la enseñanza más ostensible en cada uno de ellos. Esto ocurre con los efectos perturbadores de la pasión en el amor, los riesgos de fortuna en los casos de amor y los peligros de las malas mujeres [...].

(F. LÓPEZ ESTRADA, Introducción a su ed. de *Diana enamorada*)

Gil Polo retoma la historia de Montemayor haciendo lamentar a la protagonista su matrimonio con Delio, habiéndose dado cuenta de que en rea-

lidad ama a Sireno, que la rechaza. Nuevos personajes entran en acción, como la pastora Alcida, confidente de Diana y amada infructuosamente por

Jacopo Carucci,
llamado Il Pontormo:
Luneto con *Vetunno* y *Pomona*
(fresco, 1519-1521,
montaje de dos fragmentos).
Villa Médici, Poggio a Caiano



Delio, y Marcelio, prometido de Alcida, quien, desenamorada y arrepentida de su promesa, le huye. Tan infortunadas

relaciones amorosas tratan de resolverse de nuevo acudiendo todos al palacio de Felicia.

❧ Pero ya que el Amor y Fortuna trataron tan mal a Marcelio, una cosa tuvo que agradecerles, y fue que el amor hirió el corazón de Diana, y Fortuna hizo que Marcelio en la fuente la hallase para que entrambos fuesen a la casa de Felicia, y el triste pasase sus penas en agradable compañía.

Pues llegado el tiempo que la rubicunda aurora con su dorado gesto ahuyentaba las nocturnas estrellas, y las aves con suave canto anunciaban el cercano día, la enamorada Diana, fatigada ya de la prolija noche, se levantó para emprender el camino deseado. Y encargadas ya sus ovejas a la pastora Polintia, salió de su aldea, acompañada de su rústica zampoña, engañadora de trabajos; y proveído el zurrón de algunos mantenimientos, bajó por una cuesta que de la aldea a un espeso bosque descendía, y a la fin de ella se paró sentada debajo unos alisos, esperando que Marcelio su compañero viniese, según que con él la noche antes lo había concertado. Mas en tanto que no venía, se puso a tañer su zampoña y cantar esta canción:

Madruga un poco, luz del claro día,
con apacible y blanda mansedumbre
para engañar un alma entristecida.

Extiende, hermoso Apolo, aquella lumbre
que a los desiertos campos da alegría
y a las muy secas plantas fuerza y vida.

En esta amena silva que convida
a muy dulce reposo,
verás de un congojoso
dolor mi corazón atomentado,
por verse así olvidado
de quien mil quejas daba de mi olvido;
la culpa es de Cupido,
que a posta quita y da aborrecimiento
do vee que ha de causar mayor tormento.

¿Qué fiera no enternece un triste canto?
¿Y qué piedra no ablandan los gemidos
que suele dar un fatigado pecho?

Qué tigres o leones conducidos
no fueran a piedad, oyendo el llanto
que casi tiene mi ánimo deshecho?

Sólo a Sireno cuento sin provecho
mi triste desventura,
que de ella tanto cura
como el furioso viento en mar insano,

las lágrimas que en vano
derrama el congojado marinero,
pues cuanto más le ruega, más es fiero.

No ha sido fino Amor, Sireno mío,
el que por estos campos me mostrabas,
pues un descuido mío así lo ofende.

¿Acuërdaste traidor lo que jurabas,
sentado en este bosque y junto al río?
Pues tu dureza agora ¿qué pretiende?

¿No bastará que el simple olvido enmiende
con un amor sobrado?
Y tal, que si al pasado
olvido no aventaja de gran parte,
pues más no puedo amarte,
ni con mayor ardor satisfacerte;
por remedio tomar quiero la muerte.

Mas viva yo en tal pena, pues la siento
por ti que haces menor toda tristura,
aunque más dañe el ánima mezquina.

Porque tener presente tu figura
da gusto aventajado al pensamiento
de quien por ti penando en ti imagina.

Mas tú a mi ruego ardiente un poco inclina
el corazón altivo,
pues vees que en penas vivo,
con un solo deseo sostenida,
de oír de ti en mi vida
siquiera un no en aquello que más quiero.
Mas ¿qué se ha de esperar de hombre tan fiero?

¿Cómo agradeces, dime, los favores
de aquel tiempo pasado que tenías
más blando el corazón, duro Sireno,
cuando, traidor, por causa mía hacías
morir de pura envidia mil pastores?

¡Ay, tiempo de alegría; ay, tiempo bueno!
Será testigo el valle y prado ameno,
a do de blancas rosas
y flores olorosas,
[g]uirnaldas a tu cabeza componía,
do a veces añadía
por sólo contentarte algún cabello,
que muero de dolor pensando en ello.

Agora andas exento aborreciendo
la que por ti en tal pena se consume,
pues guarte⁴⁸ de las mañas de Cupido.

Que el corazón soberbio que presume
del bravo Amor estarse defendiendo,
cuánto más armas hace, es más vencido.
Yo ruego que tan preso y tan herido
estés como me veo.

Mas siempre a mi deseo
no desear el bien le es buen aviso,
pues cuantas cosas quiso,
por más que tierra y cielos importuna,
se las negó el Amor y la Fortuna.

Canción, en algún pino o dura encina
no quise señalarte,
mas antes entregarte
al sordo campo y al mudable viento,
porque de mi tormento
se pierda la noticia y la memoria,
pues ya perdida está mi vida y gloria.

La delicada voz y gentil gracia de la hermosa Diana hacía muy clara ventaja a las habilidades de su tiempo, pero más espanto daba ver las agudezas con que matizaba sus cantares, porque eran tales que parecían salidas de la avisada corte. Mas esto no ha de maravillar tanto los hombres que lo tengan por imposible, pues está claro que es bastante el amor para hacer hablar a los más simples pastores avisos más encumbrados, mayormente si halla aparejo de entendimiento vivo e ingenio despierto que en las pastoriles cabañas nunca faltan.

(Diana enamorada)

Merece la pena anotar que en 1585 se publicó en Alcalá de Henares *Primera parte de la Galatea, dividida en seis libros*, la novela más temprana de Miguel de Cervantes (1547-1615), que

dejó incompleta, por más que prometió redactar una segunda parte, y en 1598 *La Arcadia* de Lope de Vega (1562-1635).⁴⁹

⁴⁸ Guarte: guárdate.

⁴⁹ En el volumen dedicado al siglo XVII se antologan y comentan las obras de Cervantes y de Lope de Vega.

Gines Pérez de Hita:
*Historia de los vandos
de los zegríes y abencerrajes
caballeros moros de Granada.*
Edic. S. Matevad y L. Deu,
Barcelona, 1610 (portada).

HISTORIA DE LOS VANDOS

DE LOS ZEGRIES Y ABEN-
CERRAJES CAVALIEROS MOROS
de Granada, de las Civiles guerras que vuo en ella, y ba-
tallas particulares que vuo en la Vega entre Mosos
y Chriftianos, hafta que el Rey Don Fer-
nando Quinto la gano.

AGORA NUEVAMENTE SACADA
de un libro Arago, cuyo Autor de villa fue en Mo viliana
de Aben Hamu, natural de Granada. Tratado
de la fundacion.

Traduzido en Castellano por Ginea Perez. Corregida y
emendada en ella vltima Imprefion.



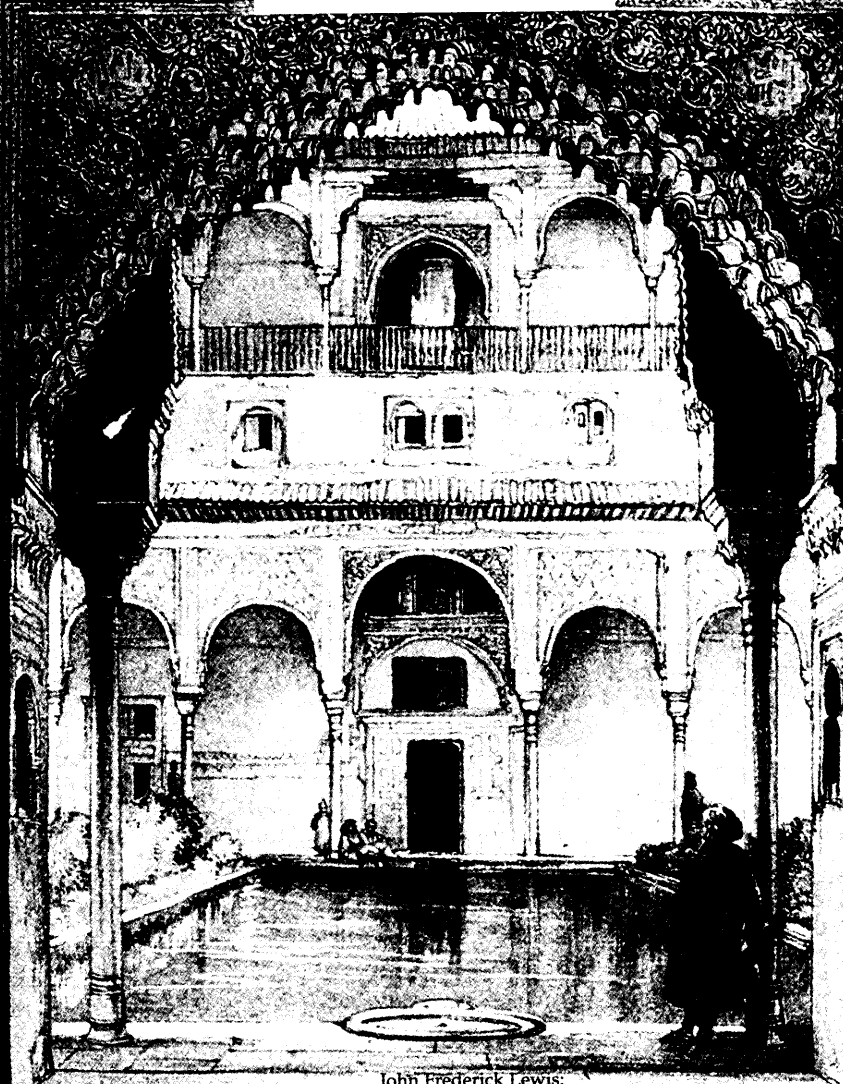
Año

M.DC.X.

EN BARCELONA.

En la Empronta de Sebastian Matevad, y Loterengo Deu.

A cargo de Miguel Manjuel, Morador de Libros.



John Frederick Lewis:

Entrada al Salón de los Abencerrajes (La Alhambra de Granada).
Hodgson, Boys & Graves, Londres, 1835.

La novela morisca

Aunque el orientalismo es una temática recurrente en la literatura occidental desde la Antigüedad, en un intento de imaginar o describir lo foráneo, lo desconocido y lo exótico, en la península Ibérica desde la Edad Media se dan circunstancias muy especiales que apenas conocen otros países de

nuestro entorno. Estas circunstancias fueron motivadas por la invasión musulmana del siglo VIII y la convivencia durante siete siglos de culturas diversas, que integran tradiciones de muy distinta procedencia: Oriente Medio, el norte de África y, desde luego, Europa occidental.

Los siete siglos largos, ya de lucha, ya de convivencia, entre la cultura oriental y la española y sus respectivas costumbres, sin perder de vista los contactos norteafricanos, facilitaron el brote y el auge de una novelística, de una poesía y de un teatro enraizados en el doble mundo hispánico y musulmán. España llegó a ser, de este modo, el crisol y el fermento de un género artístico restallante de novedad y que, por sus caracteres, su colorismo y su sabor extraño, se adaptaba muy bien a nuestra idiosincrasia y temperamento.

(L. MORALES OLIVER, *La novela morisca de tema granadino*)

Sin embargo, la afición orientalista tan arraigada en la cultura hispánica no se asentó como tema literario hasta el siglo XV, en que comenzaron a difundirse los denominados romances fronterizos. Los castellanos, admirados sin duda por el despliegue de lujo y refinamiento que ofrecía el reino granadino, comienzan a

sentir una emoción estética que fue fraguándose en los mencionados romances, los cuales tenían un carácter noticioso, porque relataban incidentes y escaramuzas en la frontera, idealizados en el encuentro entre un caballero moro y otro cristiano.

A lo largo de la poesía de la frontera vemos surgir la visión poética de las formas de vida de los moros granadinos [...]. Sin que el relato poético pierda su ritmo rápido, habrá lugar para una pincelada descriptiva o una palabra de admiración ante las formas artísticas, los gestos, la música y el colorido que embellecen las acciones de los granadinos, bien se apresten a una batalla, lloren la pérdida de una villa o se preparen a abandonar una fortaleza. [...] Así el moro de Granada entra en la temática literaria española como el representante de una civilización brillante y refinada, pero decadente, que los cristianos admiran en sus aspectos externos sin dejar por eso de combatirla ni de creer firmemente en la superioridad de la propia fe. En tal exotismo español el moro aparece siempre al lado del cristiano, y ambos pisan el terreno común de la vida caballeresca, con sus dos ideales de heroísmo y amor cortés, patente ya el primero y sugerido el segundo en este primer brote del género morisco.

(CARRASCO URGOITI, *El moro de Granada en la literatura*)

El género se verá luego estilizado por el gusto renacentista en los romances moriscos, en los que, perdido el interés

noticioso, la anécdota queda al servicio de las descripciones ornamentales y de los sentimientos amorosos y cortesanos.

De igual manera que sucede en el género épico-lírico, sucederá en la narrativa en prosa, cuyo punto de partida es la aparición de la novelita de *El Abencerraje y la hermosa Jarifa* en el primer lustro de los años 60, intercalada en obras mayores de diferente argumento y género: una *Crónica* caballeresca de

1561, una reelaboración integrada en la *Diana* de Montemayor impresa en Valladolid en 1562 y otra en la miscelánea de Antonio de Villegas titulada *Inventario*, de 1565, que es la preferida por la crítica por ser la más completa, unitaria y cuidada. López Estrada no duda en considerarla *novela*:

El módulo estructural que se aplica al argumento es obviamente el que procede de la *novella* italiana. He aquí una relación de las características formales que lo prueban: a) la extensión del *Abencerraje*, relativamente corta y que no alcanza la condición de *libro* en la terminología de la Poética de la época; b) el partir de un hecho de apariencias históricas, atribuido a un hombre conocido por su fama, era propio de la *novella* italiana, con la diferencia de que la ciudad se sustituye por el lugar de la frontera, necesario para el desarrollo del *Abencerraje*, o por la Granada mora en otras obras; c) la objetividad narrativa del relato es el sistema dominante en la comunicación, de un orden impersonal, salvando las partes en que se usa la primera persona gramatical, y también las epístolas; d) la utilización de una prosa artística con los convenientes adornos (según indico en las notas), pero sin una tajante separación con el habla común dignificada, dentro del buen gusto que permite que la obra sea leída por un amplio sector de público; e) el encauzamiento anecdótico de un caos de amores que favorece la exposición de unos principios morales de condición civil, propios para el entrenamiento del lector profano, que así recibe una enseñanza ajena a una inmediata intención religiosa.

(LÓPEZ ESTRADA, Introducción a su ed. de *El Abencerraje*)

El tema central de la novela es la exaltación de las virtudes caballerescas, que se concretan en la lección de generosidad, de amor y de amistad que da la conducta de los personajes principales, Rodrigo de Narváez y Abinda-

rráez, uno cristiano y otro moro, que se enfrentan en una escaramuza fronteriza. El *Abencerraje* cae preso en manos del caballero cristiano, que lo libera después de escuchar el relato de sus amores con Jarifa.

☛ Aquí no hubo primeros movimientos que escusar, porque el principio de estos amores fue un gusto y deleite fundado sobre bien, mas después no vino el mal por principio, sino de golpe y todo junto: ya yo tenía mi contentamiento puesto en ella, y mi alma, hecha a medida de la suya. Todo lo que no veía en ella, me parecía feo, escusado y sin provecho en el mundo; todo mi pensamiento era en ella. Ya en ese tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido, ya tenía envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecía el corazón. Y de todo esto creo que no me debía nada porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento en la manera que oírás. El Rey de Granada, por mejorar en cargo al al-

caide de Cártama, envíele a mandar que luego dejase aquella fuerza y se fuese a Coín, que es aquel lugar frontero del vuestro, y que me dejase a mí en Cártama en poder del alcaide que a ella viniese. Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos, si algún tiempo fuisteis enamorado, lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto a llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba: "Señora mía, alma mía, solo bien mío", y otros dulces nombres que el amor me enseñaba. "Apartándose vuestra hermosura de mí, ¿ternéis alguna vez memoria de este vuestro captivo...?" Aquí las lágrimas y suspiros atajaban las palabras. Yo, esforzándome para decir, malparía algunas razones turbadas de que no me acuerdo porque mi señora llevó mi memoria consigo. Pues ¡quién os contase las lástimas que ella hacía, aunque a mí siempre me parecían pocas! Decíame mil dulces palabras que hasta ahora me suenan en las orejas; y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos dejando cada uno al otro por prenda un abrazado, con un suspiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vio en tanta necesidad y con señales de muerte, me dijo: "Abindarráez, a mí se me sale el alma en apartarme de ti; y porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte; tuyo es mi corazón, tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio de esto, llegada a Coín, donde ahora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte o por ausencia o indisposición suya, que ya deseo, yo te avisaré. Irás donde yo estuviere y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo, que de otra suerte ni tu lealtad ni mi ser lo consentirían, que todo lo demás muchos días ha que es tuyo." Con esta promesa mi corazón se sosegó algo y beséla las manos por la merced que me prometía. Ellos se partieron otro día; yo quedé como quien, caminando por unas fragosas y ásperas montañas, se le eclipsa el sol. Comencé a sentir su ausencia ásperamente buscando falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas do se solía poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que dormía, el jardín do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones, y en todas ellas hallaba representación de mi fatiga. Verdad es que la esperanza que me dio de llamarme me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos, aunque algunas veces de verla alargar tanto me causaba mayor pena y holgara que me dejara del todo desesperado, porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo. Quiso mi ventura que esta mañana mi señora me cumplió su palabra enviándome a llamar con una criada suya, de quien se fiaba, porque su padre era partido para Granada, llamado del Rey, para volver luego. Yo, resuscitado con esta buena nueva, apercíbime y dejando venir la noche por salir más secreto, púseme en el hábito que me encontrastes por mostrar a mi señora el alegría de mi corazón; y por cierto no creyera yo que bastaran cien caballeros juntos a tenerme campo porque traía mi señora conmigo, y si tú me venciste, no fue por esfuerzo, que no es posible, sino porque mi corta suerte o la determinación del cielo quisieron atajarme tanto bien. Así que considera tú ahora en el fin de mis palabras el bien que perdí y el mal que tengo. Yo iba de Cártama a Coín, breve jornada, aunque el deseo la alargaba mucho, el más ufano *Abencerraje* que nunca se vio: iba a llamado de mi señora, a ver a mi señora, a gozar de mi

señora y a casarme con mi señora. Véome ahora herido, captivo y vencido y lo que más siento, que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame, pues, cristiano, consolar entre mis suspiros, y no los juzgues a flaqueza, pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance.

(El Abencerraje y la hermosa Jarifa)

Abindarráez promete regresar a su prisión una vez casado con Jarifa, pero no sólo obtendrá el perdón de Narváez sino que además intercederá por él ante el padre de Jarifa, por haberse celebrado

la boda sin su aprobación. Al final de la novela las cartas de Narváez y del Abencerraje son un modelo de caballerosidad.



CARTA DE RODRIGO DE NARVÁEZ, ALCAIDE DE ÁLORA,
PARA EL REY DE GRANADA

Muy alto y muy poderoso
Rey de Granada:

Rodrigo de Narváez, alcaide de Álora, tu servidor, beso tus reales manos y digo así: que el Abencerraje Abindarráez el mozo, que nació en Granada y se crió en Cártama en poder del alcaide de ella, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija. Después tú, por hacer merced al alcaide, le pasaste a Coín. Los enamorados por asegurarse se desposaron entre sí. Y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo a su fortaleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero. Y contándome su caso, apiadándome de él, le hice libre por dos días; él se fue a ver a su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amigo.⁵⁰ Viendo ella que el Abencerraje volvía a mi prisión, se vino con él y así están ahora los dos en mi poder. Suplicote que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que este y su padre fueron sin culpa en la conjuración que contra tu real persona se hizo; y en testimonio de ello viven. Suplico a tu real alteza que el remedio de estos tristes se reparta entre ti y mí. Yo les perdonaré el rescate y les soltaré graciosamente; sólo harás tú que el padre de ella los perdone y resciba en su gracia. Y en esto cumplirás con tu grandeza y harás lo que de ella siempre esperé.

CARTA DEL ABENCERRAJE ABINDARRÁEZ
AL ALCAIDE DE ÁLORA

Si piensas, Rodrigo de Narváez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al mío, me dejaste libre, engañaste, que cuando libertaste mi cuerpo, prendiste mi corazón; las buenas obras, prisiones son de los nobles corazones. Y si tú por alcanzar honra y fama acostumbras hacer bien a los que podrías destruir, yo, por parecer a

⁵⁰ El amigo: uso arcaizante del artículo masculino.

aquellos donde vengo y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes, antes coger y meter en mis venas toda la que de ellos se vertió, estoy obligado a agradecerlo y servirlo. Rescibirás de ese breve presente la voluntad de quien le envía, que es muy grande, y de mi Jarifa, otra tan limpia y leal que me contento yo de ella.

(El Abencerraje y la hermosa Jarifa)

En 1595 publica Ginés Pérez de Hita (¿1544-1619?) su *Historia de los bandos de Zegrías y Abencerrajes*, más conocida como *Guerras civiles de Granada*, cuyo argumento se desarrolla en los últimos tiempos del reino de Granada hasta la conquista en 1492. En 1690 apareció una segunda parte que relata la rebelión de

los moriscos encabezada por Abén Humeya.

Llama la atención que esta tendencia orientalista coincida con el periodo en que se fraguan los conflictos moriscos que culminaron con la expulsión decretada en 1601, pero llevada a cabo entre 1609 y 1614.

En las *Guerras civiles de Granada* el moro pasa por primera vez a ocupar toda la acción novelesca principal, sirviendo de pretexto para la creación de cuadros hermosos, pintorescos, llenos de colorido. Esta obra da cumbre a la creación estética de un moro irreal precisamente en el momento en que se va endureciendo la actitud nacional ante los moriscos de carne y hueso. Y no hay que excluir —pensamos hoy— la posibilidad de que las dos cosas no sean sino aspectos distintos de un mismo fenómeno psíquico-social. La fuga hacia la ficción de los pseudo-moros entre 1580 y 1610 aumenta las distancias entre lo ideal y lo real, haciendo acaso más llevadera la intolerancia en la práctica. La exaltación del caballero moro, siempre noble, no es nada incompatible con el menosprecio del morisco, casi siempre plebeyo. El mito del moro de Granada, amigo leal del cristiano, en el fondo idéntico al cristiano, incluso, en la novela de Pérez de Hita, convertido de buena gana al cristianismo, tal vez contribuyese a subrayar la extrañeza o la impaciencia que se sentía ante los moriscos —díscolos, tercos, incorregiblemente distintos— y a facilitar la decisión de expulsarlos.

(C. GUILLÉN, "Individuo y ejemplaridad en el Abencerraje")

Pérez de Hita atribuye el texto, que dice traducir del árabe, a un autor apócrifo llamado Abén Hamín. Mucho más extensa que *El Abencerraje*, *Guerras civiles de Granada* abunda en descripciones de fiestas, intrigas galantes y encuentros caballerescos entre moros y cristianos,

cuyos motivos están tomados y amplificados de los romances moriscos, a menudo intercalados en el texto. La novela de Pérez de Hita se tradujo muy pronto al francés (1608) y dio lugar a una moda morisca que alcanzó tanto al romanticismo francés como al anglosajón.

El rey, como vio los caballeros apartados y que aguardaban señal de batalla, mandó tocar los clarines y dulzainas, a las cuales respondieron las trompetas del Maestre. Siendo la señal hecha, los dos valientes caballeros arremetieron sus caballos el uno para el otro, con grande furia y braveza, con la cual pasaron el uno por el otro, dándose muy grandes encuentros, mas ninguno

perdió la silla, ni hizo desdén ni mudanza que mal pareciese. Las lanzas quedaron sanas, el adarga de Muza fue falsada, y el hierro de la lanza tocó en la fina coraza y rompió parte de ella, y paró en la jacerina sin hacerle otro mal. El encuentro que dio Muza, también pasó el escudo del Maestre, y el hierro de la lanza tocó en el fuerte peto, que a no serlo tan bueno, fuera por el duro hierro falsado, por ser muy fino y hecho en Damasco.

Los caballeros sacaron las lanzas muy ligeramente, y con gran destreza comenzaron a escaramuzar, rodeándose el uno al otro, procurando de se herir. Mas el caballo del Maestre aunque era de gran bondad, no era tan ligero como el que llevaba Muza, a cuya causa el Maestre no podía hacer golpe a su gusto, por andar Muza tan ligero con el suyo. Y así Muza entraba y salía cuando quería con grandísima ligereza, dándole algunos golpes al Maestre. El cual, como viese que el caballo de Muza era tan revuelto y ligero, no sabiendo qué se hacer, acordó, muy confiado en la fortaleza de su brazo, de tirarle la lanza. Y así aguardando que Muza le entrase, como le viese venir contra él con tanta furia como un rayo, con gran presteza terció la lanza, y levantando sobre los estribos, con gran furia y fortaleza le arrojó la lanza. Muza, que venir lo vio, quiso con gran ligereza hurtarle el cuerpo, y así en un pensamiento volvió la rienda al caballo por apartarse del golpe. Mas no lo pudo hacer tan presto que primero la lanza del Maestre no llegase, la cual dio al caballo por la quijada un duro golpe, que lo pasó de una banda a otra.

[...]

De esta suerte, en pie, comenzaron a pelear los dos fuertes caballeros, dándose muy crecidos golpes, tanto que se deshacían los escudos y las armas. Mas el valeroso Maestre, que era más diestro en ellas que Muza, puesto que Muza fuese de bravo corazón y ánimo invencible, quiso mostrar do llegaba su valor, y así afirmando su espada sobre la cimitarra de Muza, hizo señal y muestra que le quería tirar por bajo el muslo. Y así dejando pasar la espada por bajo la cimitarra, apuntó y señaló aquel golpe; Muza con presteza fue al reparo, porque su muslo no fuese herido. El Maestre con una presteza increíble volvió de mandoble a la cabeza, de modo que el valiente Muza no pudo ir al reparo tan presto como fuera necesario, y así el golpe del Maestre hizo efecto de tal manera, que la mitad del verde bonete cortó, do el penacho vino al suelo, quedando el casco descubierto, que si tan fino no fuera y de tan extremado temple, Muza lo pasara muy mal. Mas con todo eso no dejó de quedar Muza medio aturrido de aquel pesado golpe. Y reconociendo el mal estado en que estaba, acudió con su cimitarra con gran presteza y fuerza, y descargó un desaforado golpe. El Maestre lo recibió en su escudo, el cual por la fuerza de aquel golpe vino, cortado el medio, al suelo, y siendo rota la manga de la loriga, el Maestre recibió una herida en el brazo, aunque pequeña, de a do le salía mucha sangre. Causa fue esta herida que el Maestre se encendiese en viva saña, y determinando vengar la herida, acometió un golpe a la cabeza de Muza, el cual con presteza fue al reparo, por no ser en ella herido. El Maestre viendo el reparo hecho, se dejó caer con la espada de revés por bajo, y le dio una herida en el muslo, que no le prestó la loriga que encima llevaba, para que la fina espada del

Maestre no hallase carne. Desta manera los dos caballeros andaban muy bravos y encarnizados, dándose grandes golpes.

Quien a esta hora mirara a la hermosa Fátima, bien claro conociera el amor que a Muza le tenía, porque así como vio aquel bravo golpe que el Maestre le diera y le derribara el bonete y penacho en el suelo, ella entendió y tuvo por cierto que Muza quedaba mal herido. Y más viendo el buen caballo ya tendido muerto en el suelo, no lo pudo sufrir más; de todo punto perdido su color, con desmayo cruel que le dio, se le cubrió el enamorado corazón y cayó sin ningún sentido en el suelo a los pies de la reina. La cual maravillada de tal acaecimiento, le mandó echar agua en el rostro, con cuyos fríos Fátima tornó en sí, y abriendo los ojos todos llenos de agua, dio un grande suspiro diciendo:

—¡O Mahoma! y ¿porqué no te dueles de mí? —Y tornándose a amortecer, estuvo así una gran pieza.

(Guerras civiles de Granada)

El género culminará con el relato morisco de Ozmín y Daraja, intercalado en la primera parte del *Guzmán de*

Alfarache (1599) de Mateo Alemán (1547-1615).

La novela bizantina

Los orígenes del género se remontan a dos novelas helenísticas que tuvieron gran repercusión en la literatura renacentista: las *Etiópicas* de Heliodoro de Emesa (siglo III d.C.), traducida a comienzos del XVI por el humanista Francisco de Vergara y luego en 1587 por Fernando de Mena con el título de *Historia de los leales amantes Teágenes y Claricea*, y *Leucipa y Clitofonte* de Aquiles Tacio (siglo II), conocida a través de la refundición parcial de Ludovico Dolce

(1546). Ambas obras proporcionan un modelo organizativo para esta clase de novela de aventuras, cuyo motivo central es el viaje que separa y reúne a los amantes de forma alternativa, según los diversos avatares a los que les somete la Fortuna; todo ello entremezclado con historias paralelas que contribuyen a reforzar la sensación del suspenso en que se queda episódicamente la trama principal. Los rasgos más importantes del género son:

— Preponderancia de aventuras sobre un paisaje cambiante, paisaje dentro del cual suele ocupar parte importante el mar. Con su secuela de naufragios, raptos, piratas, etc. Con separaciones, encuentros, reconocimientos equívocos...

— Eje amoroso, vinculado a los protagonistas, y puesto a prueba por esas separaciones y desencuentros.

— Abundancia de personajes episódicos; movimiento inusitado.

— Sueños y visiones (y presencia circunstancial de la magia).

— Toques de humor (menos quizás en el asunto que en la técnica narrativa).

— Relato *in media res*: vale decir, comienzo por un episodio avanzado, para ir descubriendo después la iniciación y el encadenamiento.

SELVA
DE AVENTURAS,
COMPUESTA POR
Hieronymo de Contreras Chro-
nista de su Magestad

Dirigida al Illustre seño Antonio Gracian
Dantisco, Secretario de su Magestad.

Va repartida en siete libros, los quales tratan
de vnos extremados amores, q vn Cauallero
de Seuilla llamado Luzman, tuuo con vna
hermosa dózella llamada Arbolea: y las gran-
des cosas que le sucedieron en diez años,
que andauo peregrinando por el mun-
do: y el fin que tuuieron
sus amores.



Con licencia

Impressa en Alca de Henares, por Sebastian
Martinez. Año de. 1576.

Esta tassado a real y quartillo.

Arriba:
Selva de aventuras, compuesta
por Hieronymo de Contreras.
Sebastian Martinez, Alcalá
de Henares, 1576 (portada).

A las cuales palabras ella le respondió:
"mi verdadero hermano, yo nunca
te desprecié ni agora te desprecio;
mas siempre te tuve aquel amor que
se pudo tener, limpio y casto como es
este que yo tengo á este mi esposo,
así que, has de creer que yo soy suya
y de otro jamás seré";

Selva de aventuras (pág. 463)

Derecha:
Francesco Mazzola,
Il Parmigianino:
Retrato de mujer joven,
llamada Antea
(1524-1527).
Museo di Capodimonte, Nápoles.



- Fondo moral, con respaldo de sentencias y discursos. Elementos religiosos.
- Verosimilitud.
- Final venturoso; paz, premio, como compensación a tantas peripecias ("trabajos") pasadas.

(E. CARILLA, "La novela bizantina en España")

No obstante, no es exacto decir que el género bizantino resurge con el Renacimiento, porque narraciones de esta índole pervivieron en la literatura medieval, como el *Libro de Apolonio*, el *Libro de Alexandre*, etc. Pero en el Renacimiento fue Alonso Núñez de Reinoso el primer autor español que escribió una novela bizantina, la *Historia de los amores de Clareo y Florisea*, y de los trabajos de Isea (Venecia, 1552), siguiendo de cerca el modelo de Aquiles Tacio, muy probablemente a través de la refundición de Dolce. Apenas se sabe nada de la vida de Núñez de Reinoso. Nació a fines del siglo xv en Guadalajara, probablemente

de familia judeo-conversa; en el segundo cuarto del siglo siguiente se trasladó a Portugal, tal vez exiliado, donde entró en relación con los marranos del país vecino y fue amparado por la familia Nasi. Allí trabó amistad con los literatos Bernardim de Ribeiro y Francisco Sá de Miranda. Siempre en el séquito de los Nasi, marchó a Italia, donde publicó su obra poética y narrativa, concretamente en Venecia en 1552.

Clareo y Florisea es un relato autobiográfico narrado por una mujer (Isea), como *Menina e moça* de Ribeiro y la *Fiammetta* de Boccaccio, y esta perspectiva femenina resultaba novedosa en la literatura española.

Si mis grandes tristezas, trabajos y desventuras por otra Isea fueren oídas, yo soy cierta que serán no menos lloradas que con razón sentidas; pero con todo, pienso que pues mis tristes lágrimas ablandaron y enternecieron con las duras piedras, que así hará a los blandos y tiernos corazones, so pena que no siendo así, confesarán que son más duros que las duras peñas. Esta mi obra, que solamente para mí escribo, es toda triste, como yo lo soy; es toda de llanto y de grandes tristezas, porque así conforme con todas mis cosas y tenga el hábito que yo tengo. Cuenta fortunas ajenas porque mejor se vea cuán grandes fueron las mías, y aún al presente son; no lleva estilo, ni orden, porque yo no quiero loor ni me conviene ninguno. De quien leyere esta obra que escribo, no pido remedio, sino piedad, si para mí hay alguna; pero yo soy cierta que en esta tierra no la hay, porque en otras ya podría ser que la hallase, y que muchos llorarían los trabajos de la sin ventura Isea que tan lejos agora de aquellas partes se halla, ausente de todas las cosas que placer dalle solían; y metida adonde sus males sentir solamente no puede, teniendo por cierto que, hallándose en tan triste tiempo, aún el que vendrá será peor, y todas mis cosas como las pasadas han sido; las cuales aquí contar quiero, comenzando la historia en los trabajos de quien fue causa de todos los míos.

Para lo cual, piadosas y generosas señoras, a quien mis palabras enderezo, es menester saber que en la ciudad de Bisanzo fue un caballero de noble sangre y honesta vida dotado, y cumplido de todas las partes que a un gen-

tilhombre convenían, el cual por nombre tenía Clareo, hijo de Helisandro, persona la más principal y rica de toda la ciudad. Este Helisandro tenía un hermano, que Heliseno se decía, el cual tenía una sola hija, que Florisea se llamaba, de la cual Clareo se enamoró, y tan extremadamente quiso que grandes penas y trabajos por ella sufrió.

Y avino así que, habiendo pasado muchos tiempos que estos amantes se querían, concertaron de salirse y irse donde su ventura llevarlos quisiese, porque adonde hay amor verdadero ningún peligro se teme, todo se intenta. Y así, amor les dio ingenio como lo pudiesen a su salvo hacer; porque hablando Clareo con un amigo suyo, tan grande que Peritoó⁵¹ con Teseo no lo fueron mayores, con toda la confianza que en él tenía, de su intención le dio cuenta.

Y así, después de diversos pareceres, acordaron de sacar a Florisea y llevarla en Alejandría; y juntando todo el más haber que pudieron lo pusieron por obra. Tenía Clareo otro hermano, que Florisindos se decía, y según lo quería y amaba no dejara de irse con él; pero no pudiendo por entonces, le juró que dentro en un año sería con él. En el cual tiempo Clareo prometió de no casarse con Florisea sino de tenella como su propia hermana; y con esto, con muchas lágrimas se despidieron, haciendo su camino con próspero viento a la ciudad de Alejandría de la manera que entre ellos estaba concertado, dejando a sus padres con su partida no menos espantados que tristes y descontentos.

(NÚÑEZ DE REINOSO, *Clareo y Florisea*)

Pocos años después Jerónimo de Contreras publicó la *Selva de aventuras* (Barcelona, 1565), reimpresa a fin de siglo en Alcalá (1588) y Zaragoza (1598). Relata Contreras la historia del caballero Luzmán, que, desdeñado por su amada Arbolea, viaja a Italia en busca de consuelo; tras una serie de peripecias, entre las cuales destaca su cautiverio en Argel, regresa desilusionado a España

y, como Arbolea ha ingresado en un monasterio de monjas, Luzmán construye junto a él una ermita, donde decide pasar austera y ascéticamente el resto de su vida. Cuando se halla cautivo en Argel como esclavo del rey Laudel, que le trata amablemente, fallece su amo y acude desde Constantinopla para hacerse cargo de la hacienda su único hijo, Calimán.

☛ Pues como hubiese ya tomado la posesión de su hacienda, y anduviese más descansado que antes, obró luego en él el amor otro nuevo pensamiento del que antes tenía, y fué que se enamoró de la hija del rey, llamada Arlaja; y tanto en extremo fué su amor, que no comía ni bebía, ni podía dormir, sino siempre andaba pensando cómo pudiese descubrirle su nueva herida. Pues como un día Arlaja saliese á caza á un hermoso soto, Calimán se llegó á ella, y le

descubrió su corazón y la causa de su tristeza, y que si no le remediaba tomándole por marido, que él no podía dejar de morir presto. Arlaja le desdeñó mucho, diciéndole que había tenido grande atrevimiento, y que supiese que el rey su padre ya la tenía en su voluntad casada, y por eso que no hablase más en aquel hecho. Pues con esta respuesta Calimán quedó muy triste; mas no por eso dejaba de hacerle mil servicios y andar ricamente vestido, haciendo cada día por ella muchas fiestas, donde ya claro se entendía cómo la amaba y el deseo que tenía. Pues en este tiempo Luzmán andaba en su huerta, regándola con muchas lágrimas, y una tarde, hallándose muy triste, se acostó debajo de un árbol, y como comenzase á dormir, luego comenzó á soñar que se hallaba en un deleitoso verjel, riberas del mar, y que estando así veía venir á su señora Arbolea, vestida toda de blanco, y que la traía de la mano un mancebo, el más hermoso que podía ser visto, el cual parecía que le decía: "ves aquí, Luzmán, á Arbolea, la cual conmigo está desposada, porque soy más hermoso que tú y tengo más riquezas; y por eso despídete de casar con ella, y el tal pensamiento salga de tu memoria."

A Luzmán le parecía arrancársele el alma con estas nuevas, y que decía llorando á su señora: "¿es verdad, hermoso Arbolea, lo que este mancebo dice, y que tú me despreciaste á mí por otro ninguno?" A las cuales palabras ella le respondió: "mi verdadero hermano, yo nunca te desprecié ni agora te desprecio; mas siempre te tuve aquel amor que se pudo tener, limpio y casto como es este que yo tengo á este mi esposo, así que, has de creer que yo soy suya y de otro jamás seré"; y diciendo esto desapareció ella y el mancebo delante de sus ojos. Luzmán con gran sobresalto recordó, y considerando las palabras de la sabia Cuma, que sobre aquel hecho soñado, y lo que ahora durmiendo había visto, creyó que verdad fuese, como aquel que verdadero amo le hacia estar siempre pensando en ella. Pues con esta imaginación y gran tristeza comenzó a verter muchas lágrimas y á decir: "grande y poderoso debe de ser el humano sufrimiento que puede resistir á los golpes de la mudable fortuna, y de liviano peso los dolores que pueden estar mucho tiempo encubiertos; mudanzas tiene la vida, prestados son sus placeres, y de grande merecimiento el ánimo que resistiendo á sus persecuciones se conforma con la voluntad de aquel por quien se reciben: por cierto yo no puedo creer que tú, mi señora Arbolea, me hubieses olvidado, ni que por otro me dejases, siendo tan verdadero mi amor." Fué tanta la congoja que á Luzmán vino desde este día, que no bastando su discreción ni sufrimiento, enfermó y estuvo muchos días á punto de muerte; más como nuestro Señor no permitiese que allí acabase sus días, comenzó á convalecer, y así andaba por la huerta muy flaco; y una tarde, estando debajo de unos rosales aderezándolos, por tomar algún consuelo comenzó á cantar por quitar parte de su cuidado, y lo que cantaba era lo siguiente:

No puedo mi dolor más encubrirlo,
Que á tí, señora, va que lo causaste,
Que yo quedo contento con decillo.

⁵¹ Pirítoo, modelo de fidelidad en la amistad, bajó a los infiernos con Teseo para ayudarle a raptar a Perséfone, pero, engañado por Hades, quedó eternamente sentado en la Silla del Olvido, pese a sus vanos esfuerzos por levantarse.

Pues ya que el corazon su tiempo gaste
 En darte de mi mal estrecha cuenta
 En solo ser por tí, señora, baste.
 Baste por galardón de mi tormenta,
 Tormenta desigual de mi tormento;
 Salida de la mar que causa afrenta.
 Pues cuando pensé ser libre y exento
 Del mal que causa amor buscando ausencia
 Me hallo con mayor afligimiento.
 Aquello fué vivir, cuando en presencia
 Estaba yo, señora, ante tus ojos,
 Que no pude hallar en ti clemencia.
 Aquellos que yo tuve por enojos,
 Si bien los conociera, me eran gloria,
 Y mio el vencimiento y sus despojos.
 Ausencia me quitó de la victoria,
 Ausencia me robó mi buena suerte,
 Dejándome herida la memoria.
 Ausencia es dolor mayor que muerte;
 Ausencia es un fin que poco dura,
 Derribando de presto lo mas fuerte.
 Y la ausencia en sí es una figura
 De pesar, quitador del bien ajeno,
 Y cárcel del dolor, horrible, oscura.
 Ausencia me quitó mi tiempo bueno,
 Dejándome mortal, pobre y sin vida,
 Cubierto el corazon de su veneno.
 Señora, bien verás por despedida
 Morir quien te sirvió desconsolado
 En tierra de dolor no conocida.
 Yo soy una marmota, descuidado,
 Perdido tengo el ser que poseia,
 Y soy como animal bruto tornado.
 Yo llorando andaré de noche y día
 Por ver si acabarán mis tristes daños,
 Salteados por tí los dulces años
 En los cuales busqué la muerte mía.

(J. DE CONTRERAS, *Selva de aventuras*)

Las novelas de Núñez de Reinoso y de Contreras se consideran precedentes de las dos obras maestras del género, *El peregrino en su patria* (1604) de Lope de Vega y *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1616) de Cervantes.

La narración breve. La literatura paremiológica

Con el Renacimiento cambian los criterios de composición de la narrativa breve, tan arraigada en la literatura medieval castellana. La influencia de

los *novellieri* italianos (Bandello, Boccaccio, Giovanni Fiorentino, Giraldi, etc.) ofrece un modelo y un sentido nuevos al género, que desarrollaría de manera temprana el valenciano Juan de Timoneda, a menudo a base de versiones y adaptaciones que se alejan poco

del original. La enseñanza moral que caracterizaba el relato medieval pierde importancia a favor del objetivo principal del nuevo género: el entretenimiento, no carente de carga satírica o, cuando menos, jocosa.

España es un mundo distinto, con otras circunstancias sociales y políticas, otras costumbres y otras tradiciones estético-literarias, pero sobre todo con otros hombres. Y las novelas cortas reflejan la existencia individual concreta, la criatura aislada y personal en el entorno más próximo. Una narración auténticamente española, ya se presentase como *ejemplo*, como *patraña*, como *novela* o de cualquier otra manera, tenía un aspecto muy distinto al de una *novella* italiana. En España no había objeto alguno, ni concepto o idea, ni tampoco tradición, que correspondiesen exactamente a una *novella*. Pero había la larga tradición del ejemplo; la tradición de la historia producto de la libre invención, hija de la imaginación (de la *patraña*) en las novelas de caballerías; la tradición del *cuento*, que ofrecía enseñanzas provechosas tomadas del mundo de lo inverosímil; la tradición del diálogo situado entre la pantomima y la narración, de la *tragicomedia* o *comedia*, no destinadas a la representación escénica. Terrenos todos éstos vecinos de las novelas italianas, pero nunca un equivalente exacto de éstas.

(W. PABST, *La novela corta en la teoría y en la creación literaria*)

Timoneda nació entre 1518 y 1520 y falleció a fines de 1583. Fue librero y editor singular de Valencia; publicó las obras de Lope de Rueda, a quien admiraba e imitó como dramaturgo y con quien mantuvo cierta amistad. Escribió también poesía, pero se le conoce sobre

todo por su obra narrativa, recogida en *El sobremesa y alivio de caminantes* (Zaragoza, 1563), *Buen aviso y portacuentos* (Valencia, 1564) y *El patrañuelo* (Valencia, 1565). Refiriéndose a las dos primeras, escriben M.^a Pilar Cuartero y Maxime Chevalier:

Los textos reunidos en estas colecciones son relatos breves que califica Timoneda de *cuentos* o *dichos*, reconociéndose en estas denominaciones la terminología que maneja Juan Boscán en su traducción de *El cortesano* de Baltasar de Castiglione.

Más concretamente anuncia Timoneda en la "Epístola al lector" que encabeza *El sobremesa* que el contenido del librito procede de lo que ha "oído, visto y leído". Sin inconveniente se puede tachar la palabra *visto*, puesto que las escenas callejeras que aparecen en *El sobremesa y alivio de caminantes*, lo mismo que en el *Buen aviso y portacuentos*, son en realidad cuentos familiares o arreglos de apotegmas antiguos. Quedan, pues, los términos *oído* y *leído*, que remiten a las fuentes orales y escritas de Timoneda.

(CUARTERO Y CHEVALIER, Introducción a su ed. de *El sobremesa y el Portacuentos*)

La mayoría de los cuentecillos que forman ambas colecciones, de origen familiar o erudito, son festivos o sentenciosos:



El Sobremesa y Alivio
de caminantes, de Joan Timoneda. En
el qual se contienen afables, y gracia
los dichos, cuentos heroycos, y de
mucha sentença, y doctrina. Es
goza de nuevo añadido por el
mismo autor, así en los cues-
tos, como en las memos-
tas de España, y Ca-
lencia.



Impreso con Licencia.
Se vende en casa de Joan Timoneda.

"A esto díjole el dotor.
—Mira, hermano, dejaos dar esta ayuda, si queréis que se os
quite el dolor de la cabeza."
Buen aviso y portacuentos (pág. 467)

Arriba:
Ilustración en la portada de Alfonso Chirino:
Tractado llamado menor daño de medicina.
Jacobo Cromberger, Sevilla, 1506.

Izquierda:
Juan de Timoneda:
El Sobremesa y Alivio de caminantes.
Juan Navarro, Valencia, 1569.

- Estando malo un vizcaíno de mal de cabeza, ordenó un dotor que le diesen una ayuda para que vacuase⁵² el cuerpo, y viniéndosela a dar, dijo el vizcaíno: Tate, ¿para qué es eso, señora, no dices?
Respondió:
—Hermano, es una ayuda que os ha ordenado aquí el señor dotor para vuestra salud.
—¿Ayuda?, ¿y para dónde has de poner ese estrumento?
—Por el culo, hermano.
—A juro que juras a bueno, ¿por mi culo virgen? Antes morirás que tal sufras.
A esto díjole el dotor.
—Mira, hermano, dejaos dar esta ayuda, si queréis que se os quite el dolor de la cabeza.
Respondió el vizcaíno:

—No quieras poner
esa mala pieza.
Anda deprender,
¿qué tienes que ver
culo con cabeza?

(TIMONEDA, *Buen aviso y portacuentos*)

- Estando en Salamanca muchos estudiantes en chacota, el uno de ellos tiróse un pedo callado, o de quistión,⁵³ como suelen decir. Excusándose todos de lo hecho, dijo el más resabido:
—Hulano lo hizo: yo lo sé cierto, sin falta.
Respondió el acusado:
—Dice verdad, porque él ya tiene gustados mis pedos.

(TIMONEDA, *El sobremesa y alivio de caminantes*)

El patrañuelo está compuesto de veintidós novelas o *patrañas*. El propio autor justifica el título en la "Epístola al amantísimo lector" que abre la obra, definiendo

el vocablo *patraña* como "una fingida traza, tan lindamente amplificadas y compuestas que parece que trae alguna apariencia de verdad".

- A un muy honrado abad sin doblez, sabio, sincero, le sacó su cocinero de una gran necesidad.

⁵² Es decir, una especie de laxante para evacuar.

⁵³ *Quistión*: pendencia.

Queriendo cierto Rey quitar el abadiado a un muy honrado Abad y dar a otro, por ciertos revolvedores, llámole y díjole:

—Reverendo padre, porque soy informado que no sois tan docto cual conviene y el estado vuestro requiere, por pacificación de mi reino y descargo de mi consciencia, os quiero preguntar tres preguntas, las cuales, si por vos me son declaradas, haréis dos cosas: la una hacer que queden mentirosas las personas que tal os han levantado; la otra, que os confirmaré para toda vuestra vida el abadiado; y si no, habréis que perdonar.

A lo cual respondió el Abad:

—Diga Vuestra Alteza, que yo haré toda mi posibilidad de habellas de declarar.

—Pues ¡sus! —dijo el Rey—; la primera que quiero que me declaréis es que me digáis, yo cuánto valgo; y la segunda, que a dónde está el medio del mundo; y la tercera, qué lo que yo pienso. Y porque no penséis que os quiero apremiar que me las declaréis de improviso, andad, que un mes os doy de tiempo para pensar en ello.

Vuelto el Abad a su monesterio, por bien que miró sus libros y diversos autores, por jamás halló para las tres preguntas respuesta que suficiente fuese. Con esta imaginación, como fuese por el monesterio argumentando entre sí mismo muy elevado, díjole un día su cocinero:

—¿Qué lo que tiene su paternidad?

Celándose el Abad tornó a replicar el cocinero, diciendo:

—No deje de decírmelo, señor, porque a veces debajo de ruin capa yace buen bebedor; y las chicas piedras suelen mover las grandes carretas.

Tanto se lo importunó que se lo hubo de decir. Dicho, dijo el cocinero:

—Vuestra paternidad haga una cosa; y es que me preste sus ropas, y raparme esta barba, y como le semejo algún tanto, y vaya de par de noche en la presencia del Rey, no se dará acato del engaño; así que, teniéndome por su paternidad, yo le prometo de sacalle de trabajo, a fe de quien soy.

Concediéndoselo el Abad, vistióse vuestro cocinero de sus ropas, y con su criado detrás, con toda aquella cerimonia que convenía, vino en presencia del Rey. El Rey, como le vido, hízole asentar cabe sí, diciendo:

—Pues ¿qué hay de nuevo, Abad?

Respondió el cocinero:

—Vengo delante de Vuestra Alteza para satisfacer por mi honra.

—¿Así? —dijo el Rey—; veamos qué respuestas traéis a mis tres preguntas.

Respondió el cocinero:

—Primeramente, a lo que me preguntó Vuestra Alteza que cuánto valía, digo que vale veinte y nueve dineros, porque Cristo valió treinta. Lo segundo, que dónde está el medio del mundo, es a do tiene su Alteza los pies; la causa que como sea redondo como bola, adonde pusieren el pie es el medio dél, y esto no se puede negar. Lo tercero, que dice Vuestra Alteza es que diga qué lo que piensa, es que cree hablar con el Abad, y está hablando con su cocinero.

Admirado el Rey desto, dijo:

—¿Qué eso pasa en verdad?

Respondió:

—Sí, señor, que soy su cocinero, que para semejantes preguntas era yo suficiente, y no mi señor el Abad.

Viendo el Rey la osadía y viveza del cocinero, no sólo le confirmó el abadía al Abad para todos los días de su vida, pero hízole infinitísimas mercedes al cocinero.

(TIMONEDA, *El patrañuelo*)

Entre los narradores de la época debemos contar a Joan Aragonés, cuyos cuentos se publicaron con algunas ediciones de las obras de Timoneda; al guipuzcoano Esteban de Garibay (1525-1599), al humanista leonés Antonio de Torquemada, autor de los *Coloquios satíricos* (1553) y de la miscelánea *Jardín de flores curiosas* (Salamanca, 1570), y por último a Luis Pinedo, que escribió una

curiosa colección de cuentecillos en castellano, pero reunidos bajo un título latino: *Liber facetiarum et similitudinum, Ludovico di Pinedo et amicorum*. Menéndez Pelayo comentaba, en sus *Orígenes de la novela*, que sus *facetiae* "parecen, en efecto, compuestas no por una sola persona, sino por una tertulia o reunión de amigos de buen humor".



Dijo el Emperador a una dama en Valencia, yendo hecho máscara:

—Señora, ¿cómo os fue con el duque?

Respondió la dama:

—Como a vos con la duquesa.

* * *

En Monzón de Campos estaba un hidalgo que había venido de las Indias, y un día, contando cosas de aquellas partes a otros vecinos, dijo:

—Yo vi una berza en las Indias tan grande, que a la sombra de ella podían estar trescientos de a caballo sin que les diese ningún sol.

Dijo otro, criado del marqués de Poza:

—No lo tengo en mucho, porque yo vi en un lugar de Vizcaya que hacían una caldera en la cual martillaban doscientos hombres, y había tanta distancia del uno al otro, que las martilladas del uno no oía el otro.

Maravillándose mucho el indiano, dijo:

—Señor, ¿y para qué era esa caldera?

Respondió el otro:

—Señor, para cocer esa berza que acabáis de decir.

* * *

Hernán Cortés me dijo que una beata, hermana de su abuelo, hizo cavar en una ermita cabo Medellín y hallaron una estatua de piedra con letras:

"Vuélveme y verás qué hallarás". Y vuelta estaba escrito: "Por volverme desta otra parte lo hacía".

(PINEDO, *Liber facetiarum*)

En parentesco íntimo con los cuentecillos y chistes de Timoneda, Pinedo y Garibay, vinculado al acervo folclórico y a la transmisión oral, está la literatura paremiológica, los refranes, muy en boga en la época entre los humanistas, no sólo por la popularidad que alcanzaron los

Adagios de Erasmo, sino por el interés que les suscitaban la cultura popular y el estudio de las lenguas vulgares. Tal corriente contaba ya con el ilustre precedente de los *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*, recopilados por el marqués de Santillana un siglo antes.

Los eruditos españoles que formaron colecciones paremiológicas en el Siglo de Oro se interesaron constantemente por los refranes y las frases proverbiales vulgares. Su conducta fue radicalmente distinta de la de Erasmo recopilador de los *Adagios*. La innegable influencia del humanista holandés sobre el Prólogo de la *Filosofía vulgar* de Juan de Mal Lara, influencia acerca de la cual llamó la atención hace tiempo Américo Castro, no ha de ocultarnos fenómeno de tan importantes consecuencias. Existe en efecto una diferencia básica entre los *Adagios* y las colecciones que forman los paremiólogos españoles: Erasmo va espigando adagios en los textos de la antigüedad clásica, mientras que Hernán Núñez, lo mismo que sus antecesores y discípulos españoles, va recogiendo refranes de la tradición oral. Los eruditos españoles del siglo XVI advirtieron con perfecta claridad la distancia que mediaba entre las colecciones formadas en la Península y la que había reunido Erasmo.

(M. CHEVALIER, *Folklore y literatura*)

En 1541 el racionero de la catedral de Toledo Blasco de Garay compuso dos artificiosas cartas a base de refranes y sentencias. Poco después apareció el *Libro de refranes* (Zaragoza, 1549) de Pedro Vallés, la primera recopilación del siglo XVI, a la que siguió inmediatamente la de *Refranes o proverbios en romance*, preparada por el Comendador Griego, Hernán Núñez (h. 1478-1553), catedrático de Retórica y de griego en la universidad de Salamanca. Esta obra iba precedida de un prólogo de su colega Luis de Castro, donde explicaba la tarea realizada por Núñez y sus propó-

sitos de recopilación y comentarios eruditos: "traer las razones de ellos (de los refranes) de autores griegos y latinos". No obstante, como emprendiera el trabajo a edad ya muy avanzada, "cuando llegó a tener cogidos los refranes, que era la primera jornada, y quiso poner mano en la segunda, faltáronle las fuerzas y cargáronle enfermedades grandes; y con eso, viendo que en cosa de doctrina ya no podía aprovechar, quiso dar el fruto que podía, y los refranes que tenía allegados limolos y enmendolos para aprovechar siquiera al pueblo".

Abad avariento, por un bodigo pierde ciento.

En las aldeas se ve esto, que riñe el cura con el que no le ofrece, y después aquél no le ofrece más.

A buen entendedor, breve hablador.

A Dios rogando y del mazo dando.

A do las dan, ahí las toman.

Agua de mayo, pan para todo el año.

A la vejez, viruelas.

Al enemigo, si vuelve la espalda, la puente de plata.

Amor loco, yo por vos y vos por otro.

Bien se lava el gato después de harto.

Bostezo luengo, hambre o sueño.

Añaden algunos: o ruindad que tiene en el cuerpo su dueño.

Cerca le anda el humo tras la llama.

Cuando uno no quiere, dos no barajan.

De gran subida, gran caída: por su mal nacen alas a la hormiga.

Donde una puerta se cierra, otra se abre.

Duero tiene la fama y Pisuerga lleva el agua.

Ebro traidor, naces en Castilla y riegas a Aragón.

El comer y el rascar, todo es comenzar.

El deseo hace hermoso lo feo.

El hombre es el fuego, la mujer la estopa, viene el diablo y sopla.

El que no duda no sabe cosa alguna.

Gota a gota, la mar se apoca.

Guerra y caza y amores: por un placer, mil dolores.

Otros dicen este refrán más largamente: Hijo, sigue la Iglesia y arrímate a la reja. No sigas la plaza ni menos la caza: que guerra, caza y amores, por un pasatiempo, mil dolores.

Haz lo que bien digo y no lo que mal hago.

Judíos en pascuas, moros en bodas y cristianos en pleitos, gastan sus dineros.

La cruz en los pechos y el diablo en los hechos.

Libro cerrado no saca letrado.

Más apaga buena palabra que caldera de agua.

No basta ser bueno, sino parecerlo.

No hace el hábito al monje.

Poco a poco hila la vieja el copo.

Pues no va Mahoma al otero, vaya el otero a Mahoma.

Quiebra la sogá por lo más delgado.

Quien bien ama, tarde olvida.

Quien canta, sus males espanta.

Quien pregunta no yerra.

Añade: si la pregunta no es necia.

Soñó el ciego que veía y soñaba lo que quería.

Todo el monte, orégano.

Yo me soy el rey Palomo: yo me lo guiso y yo me lo como.

(H. NÚÑEZ, Comendador Griego, *Refranes o proverbios en romance*)

La labor inacabada del Comendador Griego la emprendió su discípulo el sevillano Juan de Mal Lara (h. 1478-1553). Mal Lara, que fuera amigo del también humanista Francisco Sánchez

de las Brozas, el Brocense, compuso la *Philosophía vulgar*, el tratado paremiológico más importante antes del célebre *Vocabulario de refranes* de Gonzalo Correa (1571-1631).

Aunque no hay duda de que el refranero de Hernán Núñez es el punto de partida de la *Philosophía vulgar*, Mal Lara no se limita a la materia que el Comendador "había dejado dispuesta" y enriquece considerablemente su colecta paremiológica con las aportaciones procedentes del refranero del marqués de Santillana, sin duda conocido de antemano por el humanista sevillano y que había sido objeto de recientes ediciones, y, sobre todo, gracias al encuentro, probablemente fortuito, con el *Libro de refranes* de Pedro Vallés. A todo ello viene a sumarse la aportación, cuantitativamente reducida pero no menos significativa, de los refranes recogidos por Mal Lara directamente de la boca del pueblo. Con estas aportaciones consigue la, para su tiempo, formidable colección de "casi diez mil refranes que pude aver".

(M. BERNAL RODRÍGUEZ, Introducción a su ed. de *Philosophía vulgar*)

El propósito de Mal Lara al glosar los refranes no sólo era explicar su sig-

nificado, sino también su valor doctrinal y filosófico.

A LA HIJA MALA, DINEROS Y CASALLA

Licurgo ponía cuidado a las moças de ser virtuosas, quitándoles la dote, y que por sus virtudes fuesen escogidas; porque de otra manera, si por manos de peccados viene a ser la hija mala, es menester pesalla a oro, y dalle marido, porque se ataje el cáncer comenzado. Y de aquí dezía el otro que mala mercaduría son hijas, que aun son menester dineros para echarlas de casa.

Aplíquese a los negocios, que de necesidad se deven remediar, y a nuestra costa, y que no se deve tardar en ello, principalmente con donzella infamada, o que comiença a disfamarse, que se le ponga cobro.

EL QUE ES ENEMIGO DE LA NOVIA. ¿CÓMO DIRÁ BIEN DE LA BODA?

Para que uno alabe las obras de otro, requiérese entre los hombres que quiera bien al que las haze, porque muchas vezes las buenas obras no son loadas, o a lo menos no reciben aquel premio de los hombres, sino es por la afición que los mueve, lo qual es camino ruin, pues soy obligado a loar la buena obra en qualquiera que la haga. Porque dessotra manera, todo quanto haze un amigo me ha de parecer bien, lo qual es gran simplicidad. Y por esso dize que quien no quiere bien la novia ¿cómo dirá bien de la boda? Como si una madrastra no se contentasse de la boda de su antenada, viénele de no querer

Arriba:
Gonzalo Correas:
Vocabulario de refranes
y frases proverbiales
(manuscrito, pág. 130).
Biblioteca Nacional, Madrid.

Derecha:
Pieter Brueghel:
Refranes holandeses
(1559, detalle).
Staatliche Museum, Berlín.

bien a la novia. Así, no fundando bien el amor en la persona, sus cosas son aborrescidas. Aplícase a los que dicen mal de lo que otros hazen, porque son enemigos de sus autores.

MOÇA QUE CON VIEJO CASA,
TRÁTESE COMO ANCIANA

Aviendo de ser la muger espejo del marido, y viéndolo que se agrada ya de trages de viejo (porque lo es) y también a cada uno traer hábito conforme a la hedad, la moça que con el viejo está casada, ya que tiene el coraçón galano, tráyase en el cuerpo como anciana para contentar a su marido. Y así es consejo a la que se quería traer muy galana, estando casada con viejo. Aunque el que hizo este refrán no entendió que, en estos tiempos, ay viejos que mandan a sus mugeres que se aderecen y compongan como niñas. Pero el refrán habla al buen tiempo, no como agora, que a cada uno le pesa la edad que tiene, y no ay mayor pesar que dezírsela, quanto más dezir que la moça se trate como anciana. También se puede entender en el gobierno de casa que se trata sabiamente, o porque carga de hijos. Y esto me parece que quiso sentir el Comendador.

“La lozana andaluza”

El éxito de *La Celestina* produjo una serie de imitaciones y derivaciones que llega hasta nuestros días. Así originó, con especial cultivo en los siglos XVI y XVII, lo que se ha denominado el *ciclo celestinesco*, un grupo de obras que tomaron el texto de Rojas como modelo estilístico y aun se valieron del personaje de Celestina como motivo temático y del asunto de la tragicomedia como punto de partida para distintos desarrollos argumentales. Tal es el caso de las comedias *Tebaida*, *Serafina* e *Hipólita* (Valencia, 1521), pero sobre todo de la *Segunda comedia de Celestina* (1534) de Feliciano de Silva, la *Tercera parte de la comedia Celestina* (1536) de Gaspar Gómez o la *Tragedia de Lisandro y Roselia*

En la lectura del retrato que Delicado escribió, saltan inmediatamente a la vista nombres y situaciones que se repetirán años después en el *Lazarillo de Tormes* y otras obras del género. El nombre de Lazarillo es mencionado por boca de un personaje de la *Lozana*, el cual exclama: “que yo no soy Lazarillo, el que cabalgó a su agüela” [...].

o *Cuarta Celestina* (1542) de Sancho Muñón.

La lozana andaluza (Venecia, 1528) ha sido emparentada con el ciclo celestinesco por sus afinidades en el tratamiento desenfadado del tema amoroso, en el género del diálogo como medio dramático de desarrollo de la acción y en el afán estilístico por reproducir el habla popular. *La lozana andaluza*, en cambio, no ofrece el contraste estilístico entre el mundo de los amantes y el celestinesco que presenta la obra de Rojas, ni adquiere tampoco el carácter trágico de ésta. Incluso ha sido considerada, en cierto modo, precedente de la literatura picaresca.

El mundo picaresco tenía ya vida mucho antes de la aparición del *Guzmán*, e incluso del *Lazarillo*, y lo encontramos en obras como *La Celestina* y la *Lozana* las cuales, aunque acarrean aspectos y nociones de épocas anteriores, presentan ya elementos básicos constitutivos de lo que más tarde sería la novela picaresca española. En la obra de Delicado, el Rampín que vimos como predecesor de Lazarillo, es instruido por Lozana en los razonamientos que llevan a la vida picaresca y ella misma expresa repetidas veces sus intenciones y conducta fraudulenta; proyectando sacar provecho de un fraile, comenta:

... no hay cosa tan sabrosa como comer de limosna.

y hablando con otro tipo apicarado, el judío Trigo, sostiene este diálogo:

JODÍO. Todo os dice bien, si no fuese por esa picadura de mosca. Gracias tenéis vos, que vale más que todo.

LOZANA. Yo haré de modo que cegaré a quien bien me quisiere, que los duelos con pan son buenos; nunca me mataré por nadie.

JODÍO. Procurá vos de no haber menester a ninguno, que, como dice el judío, no me veas mal pasar, que no me verás pelear.

Estas últimas palabras de Trigo pueden aplicarse a Lozana y su compinche; ella consume el bien ajeno y aunque ello le suponga trabajos, en sus planes para el futuro está el no matarse por nadie, mucho menos todavía trabaja Rampín quien lleva una vida perezosa e indolente; ambos pueden ser colocados en la nave de la vida pícara en la que navegan el engaño y la ociosidad.

(HERNÁNDEZ ORTIZ, *La génesis artística de “La lozana andaluza”*)

Nada se sabe con certeza del autor de *La lozana andaluza*, Francisco Delicado, salvo que asegura haber concluido la obra en Roma el 1 de diciembre de 1524 y la publicó anónima cuatro años más tarde en Venecia. También se tiene noticia de que escribió un tratado sobre la sífilis, titulado

El modo de adoperare el legno de India Occidentale, que tal vez padeciera la enfermedad y, desde luego, que fue testigo de la corrupción de costumbres que reinaba en Roma, así como del saqueo de la ciudad por las tropas imperiales de Carlos V.

La *Lozana* no es un simple desfile de escenas pornográficas, como sostiene Menéndez y Pelayo, sino una verdadera obra de arte, que posee, bajo su aparente aspecto licencioso, una tesis, un mensaje moral. Delicado crea su obra a través de un nuevo recurso artístico: el retrato literario. El propósito del autor es el de reproducir la figura de una mujer por él conocida o imaginada, y su ambiente, es decir, la Roma de los años anteriores al sacco. Fiel a su intento, Delicado nos presenta las andanzas de su heroína por el mundo alegre, corrompido y pecaminoso de la Roma renacentista; y una primera y superficial lectura de la obra podría, en efecto, extraviarnos sobre su verdadero significado.

(DAMIANI, Introducción a su ed. de *La lozana andaluza*)

El retrato de *La lozana andaluza* está compuesto por sesenta y seis mamotretos, divididos en tres partes y acompañados por un par de textos preliminares

y seis finales. El propio Delicado explicó en uno de los finales el sentido de *mamotreto* y las razones que le movieron a escogerlo en lugar de *capítulo*:

☛ Son por todas las personas que hablan en todos los mamotretos o capítulos ciento y veinte e cinco; va dividido en mamotretos sesenta e seis. Quiere decir mamotreto libro que contiene diversas razones o copilaciones ayuntadas. Ansimismo porque en semejantes obras seculares no se debe poner nombre ni palabra que se apertenga a los libros de sana y santa doctina, por tanto, en todo este retrato no hay cosa ninguna que hable de religiosos, ni de santidad, ni con iglesias, ni eclesiásticos, ni otras cosas que se hacen que no son de decir. Item, ¿por qué más se fue la Lozana a vivir a la ínsula de Lípari que a otra parte?: porque antiguamente aquella ínsula fue poblada de personas que no había sus pares, d'adonde se dijeron li pari: los pares, y dicen en italiano: li pari loro non si trovano, que quiere decir: no se hallan sus pares. Y era que, cuando un hombre hacía un insigne delito, no le daban la muerte, mas condenábanlo a la ínsula de Lipari. Item, ¿por qué más la llamé Lozana que otro nombre? Porque Lozana es nombre más común y comprehende su nombre primero Aldonza, o Alaroza en lengua arábica, y Vellida lo mismo, de manera que Lozana significa lo que cada un nombre d'estos otros significan. Ansí que Vellida y Alaroza y Aldonza particularmente demuestran cosa garrida o hermosa, y Lozana generalmente lozanía, hermosura, lindeza, fresqueza y belleza. Por tanto, digo que para gozar d'este retrato y para murmurar del autor, que primero lo deben bien leer y entender, *sed non legatur in escolis*.⁵⁴ No metí la tabla, aunque estaba hecha, porque esto basta por tabla.

(*La lozana andaluza*)

Ya al comienzo de la primera parte advertía: "y como había de ser partido en capítulos, va por mamotretos, porque en semejante obra mejor conviene".

El interés lingüístico de Delicado se observa desde el comienzo mismo de la obra, y su afición por jugar con los vocablos.

Por la virtud (si cabe aquí la palabra) de los juegos lingüísticos, las categorías morales y filosóficas se enmarañan a más no poder, hasta disolverse, bajo la acción del hiperludismo que engendran los malabarismos con los significados, o mejor dicho las acrobacias dentro de las polisemias, entre las cuales, por abundantes que sean, sobresalen los contenidos semánticos de "mamotreto", "retrato", "natural", "obra", de los nombres de la protagonista (Aldonza, Alaroza, Lozana, Vellida), y de otros muchos personajes, de "bueno" y "buena", de "remedio" y de "sanidad", amén de una enorme cantidad de vocablos a los que dedicó especial atención tan notable erudito como es, mejorando lo presente, M. Criado de Val.

(C. ALLAIGRE, Introducción a su ed. de *La lozana andaluza*)

⁵⁴ Pero que no se lea en la escuela.

La obra de Delicado relata los avatares en Roma como prostituta de la gordobesa Aldonza, hasta que se retira a la isla de Lípari, cambiando su nombre por el de Vellida. En la primera parte se

produce la iniciación de la Lozana en su profesión; uno de sus primeros clientes es "el valijero de Su Señoría", que le explica la variedad de prostitutas que hay en la ciudad:

☛ Mirá, hay putas graciosas más que hermosas, y putas que son putas antes que mochachas. Hay putas apasionadas, putas estregadas, afeitadas, putas esclarecidas, putas reputadas, reprobadas. Hay putas mozárabes de Zocodover, putas carcaveras. Hay putas de cabo de ronda, putas ursinas, putas güelfas, gibelinas, putas injuínas, putas de Rapalo⁵⁵ rapaínas. Hay putas de simiente, putas de botón griñimón, nocturnas, diurnas, putas de cintura y de marca mayor. Hay putas orilladas, bigarradas, putas combatidas, vencidas y no acabadas, putas devotas y reprochadas de Oriente a Poniente y Stentrion; putas convertidas, repentidas, putas viejas, lavanderas porfiadas, que siempre han quince años como Elena; putas meridianas, occidentales, putas máscaras enmascaradas, putas trincadas, putas calladas, putas antes de su madre y después de su tía, putas de subientes e decendientes, putas con virgo, putas sin virgo, putas el día de domingo, putas que guardan el sábado hasta que han jabonado, putas feriales, putas a la candela, putas reformadas, putas jaqueadas, travestidas, formadas, estrionas de Tesalia. Putas abispadas, putas terceronas, aseadas, apuradas, gloriosas, putas buenas y putas malas, y malas putas. Putas enteresales, putas secretas y públicas, putas jubiladas, putas casadas, reputadas, putas beatas, y beatas putas, putas mozas, putas viejas, y viejas putas de trintín y botín.⁵⁶ Putas alcagüetas, y alcahuetas putas, putas modernas, machuchas, inmortales, y otras que se retraen a buen vivir en burdeles secretos y públiques honestos que tornan de principio a su menester.

[...]

LOZANA. Decíme, señor, esas putas, o cortesanas, o como las llamáis, ¿son todas d'esta tierra?

VALIJERO. Señora, no, hay de todas naciones: hay españolas castellanas, vizcaínas, montañesas, galicianas, asturianas, toledanas, andaluzas, granadinas, portuguesas, navarras, catalanas y valencianas, aragonesas, mayorquinas, sardas, corsas, secilianas, napolitanas, bruzesas, pullesas, calabresas, romanescas, aquilanas, senesas, florentinas, pisanas, luquesas, boloñesas, venecianas, milanesas, lombardas, ferraresas, modonesas, breccianas, mantuanas, raveñanas, pesauranas, urbinesas, paduanas, vernoesas, vicentinas, perusinas, novaresas, cremonesas, alejandrinas, vercelesas, bergamascas, trevisanas, piedemontesas, savoyanas, provenzanas, bretonas,

⁵⁵ Rapallo es una población cercana a Génova.

⁵⁶ Evocación onomatopéyica del sonido de las monedas.

RETRATO DE la Loçana: andaluza: en lengua española: muy clarissima. Écopuesto en Roma.



El qual Retrato demuestra loque en Ro-
ma passaua y contiene munchas mas
cosas que la Celestina.

Francisco Delicado:
Retrato de la Loçana Andaluza.
Venecia, 1528 (primera edición).
Österreichische Nationalbibliothek,
Viena.

Arriba, izquierda:
Portada.
El resto,
grabados en páginas interiores.



gasconas, francesas, borgoñonas, inglesas, flamencas, tudescas, esclavonas y albanesas, candiotas, bohemias, húngaras, polacas, tramontanas y griegas.

En un mamotreto muy posterior dos caballeros "travestidos" se encuentran con Aldonza; el uno trata de convencer al otro, que es embajador de Nápoles, de las excelencias de esta mujer.

—Monseñor, ¿ve vuestra señoría aquella mujer que llama allí?

EMBAJADOR. Sí.

CABALLERO. Corramos y tomémosla en medio, y gozará vuestra señoría de la más excelente mujer que jamás vido, para que tenga vuestra señoría qué contar; si la goza por entero y si toma conociencia con ella, no habrá menester otro solacio, ni quien le diga mejor cuántas hermosas hay, y cada una en qué es hermosa. Que tiene el mejor ver y judicar que jamás se vido, porque bebió y pasó el río de Nilo,⁵⁷ y conoce sin espejo, porque ella lo es, y como las tiene en plática, sabe cada una en qué puede ser loada. Y es muy universal en todas las otras cosas que para esto de amores se requiere, y mírela en tal ojo que para la condición de vuestra señoría es una perla. D' ésta se puede muy bien decir: "*Mulier que fuit in urbe habens septem mecánicas artes*".⁵⁸ Pues, a las liberales jamás le faltó retórica ni lógica para responder a quien las estudió. El mirable ingenio que tiene da que hacer a los que la oyen. Monseñor, vamos d' esta parte. Esperemos a ver si me conoce.

EMBAJADOR. ¡Al cuerpo de mí, esta dona yo la vi en Bancos que parlaba, muy dulce y con audacia, que parecía un Séneca!

CABALLERO. Es parienta del Ropero,⁵⁹ conterránea de Séneca, Lucano Marcial y Avicena. La tierra lo lleva, está *in agibilibus*,⁶⁰ no hay su par, y tiene otra excelencia, que *lustravit provincias*.⁶¹

EMBAJADOR. ¿Es posible? ¿Cómo riguarda in qua?⁶²

LOZANA. ¡Ya, ya conocido es vuestra merced, por mi vida, que, aunque se cubra, que no aprovecha, que ya sé que es mi señor! ¡Por mi vida, tantico la cara, que ya sé que es de ver y de gozar! Ese señor no lo conozco, mas bien veo que debe ser gran señor. ¡A seguridad le suplico que me perdone, que yo lo quiero forzar, por mi vida, que son matadores esos ojos! ¿Quién es este señor? ¡Que lo sirva yo, por vida de vuestra merced, y de su tío y mi señor!

CABALLERO. Señora Lozana, este señor os suplica que le metáis debajo de vuestra caparela, y entrará a ver la señora Angélica porque vea si tengo razón en decir que es la más acabada dama que hay en esta tierra.

⁵⁷ Tal vez alude a los gitanos, proverbialmente originarios de Egipto.

⁵⁸ Mujer que estuvo en la ciudad teniendo las siete artes mecánicas.

⁵⁹ Por su estilo agudo y satírico, como el del poeta cordobés Antón de Montoro, el Ropero (1404-1480).

⁶⁰ *In agibilibus*: en tretas, en marrullerías.

⁶¹ *Lustravit provincias*: ha lustrado las provincias, es decir, ha dado fama a su tierra natal.

⁶² En italiano, "mira hacia acá".

LOZANA. A vuestra señoría metelle he yo encima, no debajo, mas yo lo trabajaré. Esperen aquí, que si su merced está sola, yo la haré poner a la ventana, y si más mandaren, yo verné abajo. Bien estará media hora, paséense un poco, porque le tengo de rogar primero que haga un poco por mí, que estoy en gran necesidad, que me echan de la casa, y no tengo de qué pagar, que el borracho del patrón no quiere menos de seis meses pagados antes.

CABALLERO. Pues no os detengáis en nada d'eso, que la casa se pagará. Envíame vos a vuestro criado a mi posada, que yo le daré con qué pague la casa, porque su señoría no es persona que debe esperar.

LOZANA. ¿Quién es, por mi vida?

CABALLERO. ¡Andá, señora Lozana, que persona es que no perderéis nada con su señoría!

LOZANA. Sin eso y con eso sirvo yo a los buenos. Esperen.

CABALLERO. Monseñor, ¿qué le parece de la señora Lozana? Sus injertos siempre toman.⁶³

EMBAJADOR. Me parece que es astuta, que cierto "ha de la sierpe e de la paloma". Esta mujer sin lágrimas parará más insidias que todas las mujeres con lágrimas. ¡Por vida del visorey, que mañana coma conmigo, que yo le quiero dar un brial!

CABALLERO. ¡Mírela vuestra señoría a la ventana; no hay tal Lozana en el mundo! Ya abre, veamos qué dice. Cabecea que entremos donde ni fierro ni fuego a la virtud empece.

EMBAJADOR. ¡Qua'più bella la matre que la filla!⁶⁴

CABALLERO. Monseñor, ésta es Cárcel de Amor; aquí idolatró Calisto, aquí no se estima Melibea, aquí poco vale Celestina.

Abundan en la obra las descripciones de Roma y son muy significativas los *vaticinios* del saco de la ciudad, supuestamente escritas con anterioridad al suceso, según indica el autor en un tono que no deja dudas, como en el mamotreto XV, cuando van Rampín y la Lozana buscando casa, pregunta ella con curiosidad: "¿Qué predica aquel? Vamos allá", y responde Rampín: "Predica cómo se tiene de perder Roma y destruirse el año del XXVII, mas dícelo burlando". El "predicador" está en

Campo de Flor, como explica Rampín, donde se hallan "charlatanes, sacamuelas y gastapotras,⁶⁵ que engañan a los villanos y a los que son nuevamente venidos, que aquí los llaman bisoños".

En el mamotreto XXIV, al comienzo de la segunda parte, cuando el *Autor* conoce a la Lozana, se establece un diálogo entre varios personajes y, al final, uno de ellos comenta festivamente la situación de la ciudad, mientras el *Autor* le advierte de que el "castigo" está próximo.

⁶³ Quiere decir que sus tretas siempre tienen éxito.

⁶⁴ En italiano, "cuánto más bella la madre que la hija".

⁶⁵ *Gastapotras*: el que dice curar hernias.

SILVIO. Pues por eso es libre Roma, que cada uno hace lo que se le antoja, agora sea bueno o malo, y mirá cuánto que, si uno quiere ir vestido de oro o de seda o desnudo o calzado o comiendo o riendo o cantando, siempre vale por testigo, y no hay quien os diga "mal hacéis" ni "bien hacéis", y esta libertad encubre muchos males. ¿Pensáis vos que se dice en balde, por Roma, Babilón sino por la muncha confusión que causa la libertad? ¿No miráis que se dice Roma meretrice siendo capa de pecadores? Aquí, a decir la verdad, los forasteros son muncha causa, y los naturales tienen poco del antiguo natural, y de aquí nace que Roma sea meretrice y concubina de forasteros y, si se dice, guay quien lo dice. Haz tú y haré yo, y mal para quien lo descubrió. Hermano, ya es tarde, vámonos, y haga y diga cada uno lo que quisiere.

AUTOR. Pues año de veinte e siete, deja a Roma y vete.

COMPAÑERO. ¿Por qué?

AUTOR. Porque será confusión y castigo de lo pasado.

COMPAÑERO. ¡A huir quien más pudiere!

AUTOR. Pensá que llorarán los barbudos y mendicarán los ricos y paderán los susurrones y quemarán los públicos y aprobados o canonizados ladrones.

COMPAÑERO. ¿Cuáles son?

AUTOR. Los registros del jure cevil.⁶⁶

El "Lazarillo de Tormes"

En 1554 apareció *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* simultáneamente impreso en Burgos, Medina del Campo, Alcalá de Henares y Amberes. Apenas transcurrió un año cuando se publicó otra vez en Amberes, pero ya no conocemos ninguna otra impresión hasta 1573, aunque se cree que hubo ediciones clandestinas, porque la obra fue incluida en el *Catálogo de libros prohibidos* de 1559.

Su carácter anónimo ha dado pie a numerosas conjeturas. Desde muy temprano, en 1605, fue atribuido al fraile jerónimo Juan de Ortega, que llegaría a ser general de la Orden, y en 1607 se atribuyó a Diego Hurtado de Mendoza, pero hace un siglo se creyó que su autor había sido Lope de Rueda, el dramaturgo u otro escritor homónimo; Sebastián de Horozco o quizás un erasmista, tal vez uno de los hermanos Valdés, y si no, en opinión de Américo Castro, un converso.

Éste debía de ser hombre de corte y desempeñar un cargo de alto nivel en la misma, tan alto como para poderse permitir el lanzamiento de sus dardos satíricos a los principales colaboradores, "servidores y amigos" de Carlos V, y casi seguramente, al mismo "victorioso Emperador" comprometiendo a sus amigos más íntimos como, por

⁶⁶ Los *ladrones* "públicos y aprobados o canonizados" son los abogados y leguleyos, mientras que con el "jure cevil" parece aludir simultáneamente al derecho civil, al estado civil y a la renta. De ahí su relación con lo anterior, porque satiriza el estado de corrupción.

ejemplo, Garcilaso de la Vega, el "primero de la escala" en el desastroso ataque a la torre de Muy, cerca de Fréjus. Algo más que probable su pertenencia al mundo de los eclesiásticos (de hecho, son bastante numerosos los indicios de un anticlericalismo faccioso común procedente del interior más que del exterior de la Institución, así como desde el interior del mundo de los conversos Antón de Montoro escribía sus poemas satíricos en contra de otros conversos); e igualmente probable su conexión estrecha con la ciudad de Toledo, de la cual demuestra conocer no simplemente la topografía sino también sus rasgos lingüísticos (como se percibe claramente en la edición de Medina del Campo).

Ideológicamente ajeno a los fáciles entusiasmos relacionados con las grandes corrientes de pensamiento (erasmismo) o de religiosidad (iluminismo), pero, al mismo tiempo, buen conocedor de las mismas, manifiesta a través de su cinismo aparente una adhesión concreta a los equilibrios que garantizaban la estructura rígidamente jerárquica de la sociedad de su tiempo.

(A. RUFFINATTO, *Las dos caras del "Lazarillo"*)

El *Lazarillo* es una narración autobiográfica, que se vale de una serie de motivos folclóricos para encadenarlos como episodios sucesivos en la vida de un protagonista humilde. El *Lazarillo* es, además, una novela de aprendizaje: el protagonista adquiere —a base de golpes, eso sí— una experiencia y un cono-

cimiento de la vida que le permiten alcanzar una situación social que él define como "la cumbre de toda buena fortuna". Pero lo que narra el *Lazarillo* es la historia de un antihéroe, cuya apreciación de lo que es prosperidad está imbuida de un inevitable cinismo.

Lázaro [...] no recompone su vida tras un accidente, sino que va forjándola en conflicto con un mundo hostil; al final, el lector, en desacuerdo con el personaje, observará que el resultado de aquel conflicto es desolador.

(F. LÁZARO CARRETER, *"Lazarillo de Tormes" en la picaresca*)

El esquema narrativo del *Lazarillo* es la base sobre la que se desarrolla la novela picaresca. Esta tesis ha sido muy discutida. Bataillon se quejaba de que

"valdría más dejar de representar al *Lazarillo* como la primera de las novelas picarescas", e inmediatamente puntualizaba:

Lo que sí es cierto es que *Lazarillo*, iniciando la vía de la novela autobiográfica, ha abierto camino a la novela picaresca. La historia de un pobre hombre, contada por él mismo, fue aquí la forma que había de adoptar la novela picaresca decididamente.

(M. BATAILLON, *Novedad y fecundidad del "Lazarillo de Tormes"*)

Y es que la picaresca no nace ya como un modelo preestablecido sino, en palabras de Lázaro Carreter, "como un proceso dinámico, con su dialéctica pro-

pia, en el que cada obra supuso una toma de posición distinta ante una misma poética". Por eso afirma Lázaro Carreter a continuación:

La novela picaresca surge como género literario, no con el *Lazarillo*, no con el *Guzmán*, sino cuando éste incorpora deliberadamente rasgos visibles del primero, y Mateo Alemán aprovecha las posibilidades de una obra anónima para su particular proyecto de escritor.

Los hallazgos constructivos del *Lazarillo*, de los que se benefició Alemán para escribir el *Guzmán de Alfarache*, fueron, siempre según Lázaro Carreter:

- la autobiografía de un desventurado sin escrúpulos, narrada como una sucesión de peripecias, es decir, con fórmula radicalmente diversa de lo que caracteriza a la *novella*;
- la articulación de la autobiografía mediante el servicio del protagonista a varios amos, como pretexto para la crítica; y
- el relato como explicación de un estado final de deshonor.

La propia autobiografía aparece justilocutor anónimo, al que apela varias veces bajo el tratamiento de "Vuestra Merced":

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea, halle algo que le agrade y a los que no ahondaren tanto los deleite. Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena. Mayormente que los gustos no son todos unos; mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto, para que ninguna cosa se debería romper ni echar a mal, si muy detestable no fuese; sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar de ella algún fruto.

Porque, si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas conque vean y lean sus obras y, si hay de qué, se las alaben. Y a este propósito dice Tulio:⁶⁷ La honra cría las artes.

¿Quién piensa que el soldado, que es primero del escala, tiene más aborrecido el vivir? No por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro y así en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado⁶⁸ y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: "¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia!". Justó muy ruinmente el señor don fulano y dio el sayete⁶⁹ de armas al truhán, porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad?

⁶⁷ Se refiere al célebre senador romano Marco Tulio Cicerón; la cita pertenece a las *Tusculanas*.

⁶⁸ El *presentado*: en algunas órdenes religiosas, el teólogo que estaba a punto de ser maestro.

⁶⁹ *Sayete*: especie de cota defensiva.



Arriba: Grabado en Pedro de Medina: *Libro de grandezas y cosas memorables de España* (Dominico Robertis, Sevilla, 1549).



Izquierda: Grabado en Juan de Capua: *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo* (Pablo Hurus, Zaragoza, 1493).

E todo va desta manera: que confesando yo no ser más santo que mis vecinos, desta nonada, que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades.

Suplico a V. M. reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico, si su poder y deseo se conformaran. Y pues V. M. escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parecióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona. Y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto.

(Lazarillo de Tormes)

Como se ve, la carta justifica que Lázaro cuente su vida para explicar el caso:

El caso es, pues, el pretexto de *La vida de Lazarillo de Tormes*. Pero no sólo eso: es, también, el asunto último de la novela. Importa no perder de vista la capital advertencia del *Prólogo*: si tenemos "entera noticia" del protagonista, agradecámoslo a que Lázaro ha decidido no tomar "el caso... por el medio, sino del principio". La autobiografía, así, depende del *caso* y a la vez lo justifica; o (para aplicar los términos familiares de Ferdinand de Saussure) se nos presenta entendida como la dimensión "diacrónica" del *caso*, como su trayectoria a lo largo de un "eje de sucesiones" de entre los varios que componen la entera existencia de Lázaro. Lázaro, el individuo, asume el pasado en función de su presente de pregonero satisfecho con las "mil mercedes" (145) que Dios le envía a través de su mujer y el Arcipreste; y el *Lazarillo*, la carta, se organiza en la convergencia de los diversos episodios anteriores hacia *el caso* del capítulo final.

(F. RICO, *La novela picaresca y el punto de vista*)

Pero, si el propósito de Lázaro es acallar los rumores sobre su situación matrimonial y su condición de cornudo

paciente y aun rufián, cabe interrogarse: ¿qué necesidad tiene de explicar el *caso* a "Vuestra Merced"?

En una construcción del marco de la novela, coherente con la lógica interna del relato y con su inserción en el contexto literario de la época, cabe suponer que dentro de ese último capítulo de mecenazgo se inscribe un concreto favor que ha dado pie a la redacción de la carta-novela: el señor arcipreste ha debido de hablar a un señor amigo de la "habilidad y buen vivir" de Lázaro, anticipándole, a grandes rasgos, alguna noticia de su persona. "Vuestra Merced" quiere, entonces, conocer "el caso muy por extenso" saber más en detalle —es un decir— cómo Lázaro González Pérez ha llegado a ser Lázaro de Tormes, cómo de tan abajo ha podido alcanzar la prosperidad y la cumbre de toda fortuna. Escribe, pues, a Lázaro recabando información. Nos encontramos de este modo ante la concreta situación fingida en el coloquio erasmiano y

recomendada como medio eficaz *ad ementitam nobilitatem*: un personaje importante —en esta ocasión, un amigo cercano y no muy superior al arcipreste— escribe una carta a Lázaro de Tormes, pretendiente de honra, rogándole amplia noticia.

(V. GARCÍA DE LA CONCHA, *Nueva lectura del "Lazarillo"*)

Con su primer amo, el ciego, Lázaro inicia su aprendizaje por vía de la astucia.

Salimos de Salamanca y, llegando a la puente, está a la entrada della un animal de piedra que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal e, allí puesto, me dijo:

—Lázaro, llega el oído a este toro e oirás gran ruido dentro dél.

Yo simplemente llegué, creyendo ser así. Y, como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada y díjome:

—Necio, aprende: que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rió mucho la burla.

Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba.

Dije entre mí: "Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer".

Comenzamos nuestro camino y en muy pocos días me mostró jerigonza.⁷⁰ Y, como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decía:

—Yo oro ni plata no te lo puedo dar; mas avisos para vivir, muchos te mostraré.

Y fue así, que, después de Dios, éste me dio la vida y, siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir.

Huelgo de contar a V. M. estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos y dejarse bajar siendo altos, cuánto vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, V. M. sepa que, desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabía de coro. Un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba, un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer.

Allende desto, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran malcasadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos a las preñadas, si traía hijo o hija.

⁷⁰ *Me mostró jerigonza*: me enseñó el habla de germanías, la jerga de los delincuentes.

Pues en caso de medicina, decía que Galeno no supo la mitad que él para muela, desmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión, que luego no le decía:

—Haced esto, haréis estoto, coged tal yerba, tomad tal raíz.

Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decía creían. Déstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo y ganaba más en un mes, que cien ciegos en un año.

Mas también quiero que sepa V. M. que, con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi, tanto que me mataba a mí de hambre y así no me demediaba⁷¹ de lo necesario. Digo verdad: si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte, que siempre o las más veces me cabía lo más y mejor. Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo.

Un anécdota célebre del episodio del ciego es la del jarro de vino:

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos, e yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale a su lugar. Mas turóme⁷² poco. Que en los tragos conocía la falta y por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino lo dejaba a buenas noches. Mas, como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió y dende en adelante mudó propósito y asentaba su jarro entre las piernas, y atapábale con la mano y así bebía seguro.

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él y, viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo, y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor della, luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada.

Espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

—No diréis, tío, que os lo bebo yo —decía—, pues no le quitáis de la mano.

⁷¹ *Demediarse*: quedarse a medias. Pero en la frase parece querer decir que no le procuraba o le escatimaba lo necesario.

⁷² *Turóme*: durome, me duró.

Tantas vueltas y tientos dio al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido.

Y luego otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima.

Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego y, aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose decía:

—¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud.

Y otros donaires, que a mi gusto no lo eran.

Su segundo amo es un clérigo avarento, con quien el muchacho pasará un hambre enorme.

☛ Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo; mas por dos cosas no lo dejaba. La primera, por no me atrever a mis piernas, por temer de la flaqueza que de pura hambre me venía. Y la otra consideraba y decía:

“Yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre, y dejándome topé con estotro que me tiene ya con ella en la sepultura: pues si deste desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será, sino fenecer?”

Con esto no me osaba menear, porque tenía por fe que todos los grados había de hallar más ruines. Y a abajar otro punto, no sonara Lázaro ni se oyerá en el mundo.

Pues estando en tal aflicción, cual plega al Señor librar della a todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor, un día que el cuitado ruin y lacerado de mi amo había ido fuera del lugar, llegóse acaso a mi puerta un calderero, el cual yo creo que fue ángel enviado a mí por la mano de Dios en aquel hábito. Preguntóme si tenía algo que adobar.⁷³

—En mí teniades bien que hacer y no haríades poco, si me remediásedes —dije paso, que no me oyó.

Mas, como no era tiempo de gastarlo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu Santo, le dije:

⁷³ Adobar: arreglar.

—Tío, una llave de este arte he perdido y temo mi señor me azote. Por vuestra vida, veáis si en esas que traéis hay alguna que le haga, que yo os lo pagaré.

Comenzó a probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que dellas traía, e yo ayudalle con mis flacas oraciones. Cuando no me cato, veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arca. Y abierto, díjele:

Yo no tengo dineros que os dar por la llave; mas tomad de ahí el pago.

Él tomó un bodigo de aquéllos, el que mejor le pareció, y dándome mi llave, se fue muy contento, dejándome más a mí.

Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida, y aun porque me vi de tanto bien señor, parecióme que la hambre no se me osaba allegar. Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada⁷⁴ que el ángel había llevado.

Y otro día, en saliendo de casa, abro mi paraíso panal y tomo entre las manos y dientes un bodigo y en dos credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta. Y comienzo a barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la triste vida. Y así estuve con ello aquel día y otro gozoso. Mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero día me vino la terciána derecha.

Y fue que veo a deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arca, volviendo y revolviendo, contando y tornando a contar los panes. Yo disimulaba y en mi secreta oración y devociones y plegarias decía:

—¡Sant Juan y ciégale!

Después que estuvo un gran rato echando la cuenta, por días y dedos contando, dijo:

—Si no tuviera a tan buen recado esta arca, yo dijera que me habían tomado della panes; pero de hoy más, sólo por cerrar la puerta a la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos. Nueve quedan y un pedazo.

—¡Nuevas malas te dé Dios! —dije yo entre mí.

Parecióme con lo que dijo pasarme el corazón con saeta de montero y comencóme el estómago a escarbar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada. Fue fuera de casa. Yo por consolarme abro el arca y, como vi el pan, comencélo de adorar, no osando recebillo. Contélos, si a dicha el lacerado se errara y hallé su cuenta más verdadera que yo quisiera. Lo más que yo pude hacer fue dar en ellos mil besos y lo más delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que le estaba y con aquél pasé aquel día, no tan alegre como el pasado.

Mas, como la hambre creciese, mayormente que tenía el estómago hecho a más pan aquellos dos o tres días ya dichos, moría mala muerte, tanto que otra cosa no hacía en viéndome solo, sino abrir y cerrar el arca y contemplar en aquella cara de Dios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios que

⁷⁴ Oblada: pan de ofrendas, bodigo.



“—Vivirás más y más sano —me respondió—. Porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho, que comer poco.”

Vida de Lazarillo de Tormes... (pág. 493)

Grabado de la portada de
Ruperto de Nola: *Llibre de doctrina para ben Servir: de Tallar y del Art. de Coch.*
(Barcelona, h. 1518).

socorre a los afligidos, viéndome en tal estrecho, trujo a mi memoria un pequeño remedio. Que, considerando entre mí, dije:

“Este arquetón es viejo y grande y roto por algunas partes; aunque pequeños agujeros. Puédese pensar que ratones entrando en él hacen daño a este pan. Sacarlo entero no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir. Esto bien se sufre.”

Y comienzo a desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dejo otro, de manera que en cada cual de tres o cuatro desmigajé su poco. Después, como quien toma gragea, lo comí y algo me consolé. Mas él, como viniese a comer y abriese el arca, vio el mal pesar y sin duda creyó ser ratones los que el daño habían hecho. Porque estaba muy al propio contrahecho⁷⁵ de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el arcaz de un cabo a otro y vio ciertos agujeros por do sospechaba habían entrado. Llamóme diciendo:

—¡Lázaro!, ¡mira!, ¡mira qué persecución ha venido aquesta noche por nuestro pan!

Yo híceme muy maravillado, preguntándole qué sería.

—¡Qué ha de ser! —dijo él—. Ratones, que no dejan cosa a vida.

Pusímonos a comer y quiso Dios que aun en esto me fue bien. Que me cupo más pan que la laceria que me solía dar. Porque ralló con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado diciendo:

—Cómete eso, que ratón cosa limpia es.

Y así aquel día, añadiendo la ración del trabajo de mis manos, o de mis uñas por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba.

Con su tercer amo, el hidalgo, se agudiza todavía más su miseria.

En este tiempo dio el reloj la una después de mediodía y llegamos a una casa, ante la cual mi amo se paró y yo con él, y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta y entramos en casa. La cual tenía la entrada oscura y lóbrega de tal manera, que parecía que ponía temor a los que en ella entraban; aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras.

Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa y, preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos y, muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en él. Y hecho esto, sentóse cabo della, preguntándome muy por extenso de dónde era y cómo había venido a aquella ciudad.

Y yo le di más larga cuenta que quisiera, porque me parecía más conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedía. Con todo eso, yo le satisfacé de mi persona lo mejor que mentir supe,

⁷⁵ *Contrahecho*: imitado.

diciendo mis bienes y callando lo demás, porque me parecía no ser para en cámara. Esto hecho, estuvo ansí un poco y yo luego vi mala señal, por ser ya casi las dos y no le ver más aliento de comer que a un muerto. Después desto, consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave sin sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que yo había visto eran paredes, sin ver en ellas silleta ni tajo⁷⁶ ni banco ni mesa ni aun tal arcaz como el de marras. Finalmente, ella parecía casa encantada. Estando así, díjome:

—Tú, mozo, ¿has comido?

—No, señor —dije yo—, que aún no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced encontré.

—Pues, aunque de mañana, yo había almorzado y, cuando ansí como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy ansí. Por eso, pásate como pudieres, que después cenaremos.

Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas y torné a llorar mis trabajos. Allí se me vino a la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que, aunque aquél era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor. Finalmente, allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera.

Y con todo, disimulando lo mejor que pude, dije:

—Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. Deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta y ansí fui yo loado della hasta hoy día de los amos que yo he tenido.

—Virtud es ésa —dijo él—, y por eso te querré yo más. Porque el hartar es de los puercos y el comer regladamente es de los hombres de bien.

“¡Bien te he entendido! —dije yo entre mí—. ¡Maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en la hambre!”

Púseme a un cabo del portal y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios. El que vio esto, díjome:

—Ven acá, mozo. ¿Qué comes?

Yo lleguéme a él y mostréle el pan. Tomóme él un pedazo, de tres que eran: el mejor y más grande. Y díjome:

—Por mi vida, que parece éste buen pan.

—¡Y cómo! ¿Agora —dije yo—, señor, es bueno?

—Sí, a fé —dijo él—. ¿Adónde lo hubiste? ¿Si es amasado de manos limpias?

—No sé yo eso —le dije—, mas a mí no me pone asco el sabor dello.

—Así plega a Dios —dijo el pobre de mi amo.

Y llevándolo a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados, como yo en lo otro.

—Sabrosísimo pan está —dijo—, por Dios.

Y como le sentí de qué pie cojeaba, dime priesa. Porque le vi en disposición, si acababa antes que yo, se comediría a ayudarme a lo que me quedase.

⁷⁶ Tajo: mesita o banquetta pequeña de tres patas.

Y con esto, acabamos casi a una. Y mi amo comenzó a sacudir con las manos unas pocas de migajas, y bien menudas, que en los pechos se le habían quedado, y entró en una camareta que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo y, desque hubo bebido, convidóme con él. Yo, por hacer del continente, dije:

—Señor, no bebo vino.

—Agua es —me respondió—. Bien puedes beber.

Entonces tomé el jarro y bebí. No mucho, porque de sed no era mi congoja.

Ansí estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, a las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos, y díjome:

—Mozo, párate allí y verás cómo hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante.

Púseme de un cabo y él del otro y hecimos la negra cama. En la cual no había mucho que hacer. Porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa encima de un negro colchón. Que, por no estar muy continuada a lavarse, no parecía colchón; aunque servía dél, con harta menos lana que era menester. Aquél tendimos, haciendo cuenta de ablandalle. Lo cual era imposible, porque de lo duro, mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma⁷⁷ maldita la cosa tenía dentro de sí. Que puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban, y parecían a lo proprio entrecuesto⁷⁸ de flaquísimo puerco. Y sobre aquel hambriento colchón un alfamar⁷⁹ del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida, díjome:

—Lázaro, ya es tarde y de aquí a la plaza hay gran trecho. También en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean.⁸⁰ Pasemos como podamos y mañana, venido el día, Dios hará merced. Porque yo por estar solo no estoy proveído; antes he comido estos días por allá fuera. Mas agora hacerlo hemos de otra manera.

—Señor, de mí —dije yo— ninguna pena tenga vuestra merced, que sé pasar una noche y aún más, si es menester, sin comer.

—Vivirás más y más sano —me respondió—. Porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho, que comer poco.

“Si por esa vía es —dije entre mí—, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza y aun espero en mi desdicha tenella toda mi vida.

⁷⁷ Enjalma: aparejo de bestia de carga que sirve para aliviar el apoyo del peso sobre el lomo. Aquí usado metafóricamente, porque la enjalma sirve para almohadillar, pero el contenido del colchón era casi nulo y, por tanto, nada mullido.

⁷⁸ Entrecuesto: espinazo.

⁷⁹ Alfamar: manta.

⁸⁰ Capear: robar las capas de los transeúntes; por lo general, se hacía de noche y con violencia.

Sus siguientes amos son un fraile de la Merced, un buldero, un capellán y un alguacil, hasta que obtiene el empleo de pregonero.

☛ Y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa. Y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré. Que fue un oficio real, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen.

En el cual el día de hoy vivo y resido a servicio de Dios y de vuestra merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar los que padecen persecuciones por justicia⁸¹ y declarar a voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance.

En el cual oficio un día que ahorcábamos un apañador⁸² en Toledo y llevaba una buena soga de esparto, conocí y caí en la cuenta de la sentencia que aquel mi ciego amo había dicho en Escalona, y me arrepentí del mal pago que le di, por lo mucho que me enseñó. Que, después de Dios, él me dio industria para llegar al estado que ahora está.

Hame sucedido tan bien, yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano. Tanto, que en toda la ciudad el que ha de echar vino a vender o algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona, el señor arcipreste de Sant Salvador, mi señor, y servidor y amigo de V. M., porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer. Y así me casé con ella y hasta agora no estoy arrepentido.

Porque, allende de ser buena hija, y diligente, servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda. Y siempre en el año le da en veces al pie de una carga de trigo, por las pascuas su carne y cuándo el par de los bodigos, las calzas viejas que deja. E hízonos alquilar una casilla par de la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa.

Mas malas lenguas que nunca faltaron ni faltarán no nos dejan vivir, diciendo no sé qué y sí sé qué, de que ven a mi mujer irle a hacer la cama y guisalle de comer. Y mejor les ayude Dios, que ellos dicen la verdad. *Aunque en este tiempo siempre he tenido alguna sospechuela y habido algunas malas cenas por esperalla algunas noches hasta las laudes⁸³ y aún más y se me ha venido a la memoria lo que mi amo el ciego me dijo en Escalona, estando asido del cuerno. Aunque de verdad siempre pienso que el diablo me lo trae a la memoria por hacerme malcasado,*

⁸¹ El pregonero acompañaba a los penados anunciando el delito por el que había sido condenado.

⁸² Apañador: ladrón.

⁸³ Hasta el amanecer, porque el oficio de laudes se rezaba después de maitines.

y no le aprovecha. Porque, allende de no ser ella mujer que se pague destas bur-las, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá. Que él me habló un día muy largo delante della y me dijo:

—Lázaro de Tormes, quien ha de mirar a dichos de malas lenguas, nunca medrará. Digo esto porque no me maravillaría alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir della... Ella entra muy a tu honra y suya. Y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que pueden decir; sino a lo que te toca, digo a tu provecho.

—Señor —le dije—, yo determiné de arrimarme a los buenos. Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo deso y aun por más de tres veces me han certificado que, antes que conmigo casase, había parido tres veces, hablando con reverencia de V. M., porque está ella delante.

Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros. Y después tomóse a llorar y a echar maldiciones sobre quien conmigo la había casado. En tal manera que quisiera ser muerto antes que se me hobiera soltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo, y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que le hice de nunca más en mi vida mentalle nada de aquello y que yo holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese, de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes.

Hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso; antes, cuando alguno siento que quiere decir algo della, le atajo y le digo:

—Mira, si sois amigo, no me digáis cosa con que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar. Mayormente, si me quieren meter mal con mi mujer. Que es la cosa del mundo que yo más quiero y la amo más que a mí. Y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco. Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo. Quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él.

Desta manera no me dicen nada y yo tengo paz en mi casa.

Esto fue el mismo año que nuestro victorioso emperador de esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella cortes⁸⁴ y se hicieron grandes regocijos, como V. M. habrá oído.

Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.

De lo que de aquí adelante me sucediere avisaré a Vuestra Merced.

⁸⁴ Probablemente se refiera a las cortes celebradas en 1538.